



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR, PROPIETARIO Y DIRECTOR. — D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feliu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Ollzaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauromá, Serrano Alcázar, Sellés, Sanmartín, Trueba, Torres Mena, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por D. Mariano Calavia.—Los partidos políticos ante la Historia, por don José Torres Mena.—El valle de Arán, por D. J. Jordana.—Ministerio de Ultramar.—Suelto.—Las mujeres españolas, por don Antonio Cánovas del Castillo.—Congreso agrícola en Valencia.—Manifiesto.—Las Batuecas, carta de M. Antonio de Latour a Jorge Sand, traducida por Luis Coloma.—Primer carta del doctor Livingstone.—Bibliografía. Bosquejos. Poesías de D. Juan María San Juan, por X.—Las bodas de un solteron (cuento bufo), por D. José María Prellezo.—Los tiranos. Neron, por D. Emilio Castelar.—La bola de jabon (poesía).—El padre (poesía), por D. German Salinas.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE AGOSTO DE 1872.

REVISTA GENERAL.

¡Cuán cierto es que las ideas abren simas insondables y destruyen procedimientos y preocupaciones y sistemas que á sus sostenedores parecieran inagotables! A medida que se reflexiona más profundamente en la obra que ha comenzado á realizar en España la revolución de Setiembre, se ve lo gigantesco, lo colosal, lo titánico, lo indestructible que va siendo en lo que edifica y levanta, y lo inapelable que es en lo que demuele y anonada.

Ha condenado á muerte todo nuestro pasado político, administrativo, jurídico, social y económico, y es inútil que los hombres viejos y los viejos partidos pretendan darle vueltas; no encontrarán una postura adecuada, ni hallarán por ningún lado camino hábil para la recomposición de lo antiguo que pretenden.

Sus esfuerzos de estos últimos días han acabado de poner de relieve su impotencia. No les ha bastado á los conservadores su enfriamiento dinástico, consecuencia lógica del inesperado descalabro que han sufrido; no les ha bastado tampoco su aparente recrudescencia alfonsina, reducida á una amenaza sin efecto, ni mucho menos su postiza y obligada apariencia de fe monárquica, de que tanto alarde hicieron en días no lejanos, era necesario para ver á todo trance de hacer efecto y de echar un memorial al poder, su apremiante necesidad, que tomaran cierto aspecto republicano, inaugurador de un nuevo período constituyente, en el cual, á título de conciliados y de revolucionarios de refresco, volvieran á compartir el poder, que de otro modo, ni ahora es viable ni fácil, para estos avaros de carteras.

El *Diario Español*, reforzado hasta cierto punto por *La Epoca*, ha sido el encar-

gado de confeccionar el imbroglío y de redactar los primeros párrafos del utilitario propósito. El colega en cuestion comienza por entonar un *de profundis* á la monarquía, en vista de que, segun dice, la restauracion es inmediatamente imposible. La dinastía creada por la revolucion, en el mero hecho de haber desahuciado á los conservadores, no tiene, segun ellos, condiciones de estabilidad, ni presenta síntomas de afianzamiento. El carlismo sigue siendo tan obcecado como intranigente, al no querer compadrazgos de ninguna especie con los volterrianos de la monarquía doctrinaria, ni con los socialistas que se aprovecharon en otros tiempos de los amortizados bienes de la Iglesia para convertirse despues en los más circunspectos ex-demagogos, y en los más acérrimos defensores de la propiedad y del orden y de la autoridad. Todos estos petroleros de los frailes, y todos estos comuneros de 1834 y 35, por más que ahora sean los más fervientes y místicos embalsamadores del catolicismo que demolieron, y de la monarquía tradicional que condenaron sin apelacion, no están, no pueden estar en buen olor de santidad á los ojos del carlismo recalcitrante.

Por otra parte, el alfonsismo puro y sin mezcla, que hasta cierto punto quiere representar *La Epoca*, tiene tambien sus inconvenientes. Ese monarquismo es, en realidad, completamente platónico, y no hay en él más que unos cuantos jefes sin soldados, que es, como si dijéramos, actores sin público, ó cómicos sin espectadores.

Los alfonsino-montpensieristas, que son los más, padecen de la misma enfermedad, y tambien están reducidos á cuatro soldados y un cabo. ¿Qué hacer en este caso?

El *Diario Español* se da trazas para todo, y procura ya entre bastidores hacer el ensayo de una república, segun él inevitable, y sin que fuerzas humanas puedan impedirlo. Pero quiere, y aquí está lo grave, una república relativamente conservadora, con lo cual descubre la hilaza, y hace que todos, comenzando por los republicanos mismos, se rian de esa república con relativos, que quiere, para su uso y conveniencia particular, fabricarnos el diario neo-alfonsino.

Traducido todo esto al lenguaje liso y llano de la verdad, los conservadores, todos los conservadores sin excepcion, quieren decir con esto, que el alejamiento del poder los mata, que necesitan mandar á todo trance, que lo mismo les dá llamarse fas que nefas, que su desasosiego consiste en vivir sin esperanzas, que eso de quedar condenados á larga penitencia los desespera, y que, en fin, es indispensable hacer algo, disfrazarse de algo, tomar una postura que á lo menos parezca patriótica, popular, simpática, para de este modo volver á las anda-

das, y reconquistar lo perdido y seguir viviendo.

Y lo más trascendental caso es que todos esos recursos están conocidos, y que ni el país ha de moverse por que ellos lo deseen, ni ha de hacer su obra por servir las ambiciones particulares de unos cuantos despechados, ni precipitar la marcha natural y ordenada de los sucesos porque los unionistas lo codicien y los fronterizos lo pretendan.

Esto es, pues, lo que predominantemente viene agitando á los conservadores en la presente quincena. Todos estos propósitos de partido, tan mezquinos como raquíticos, no hacen más que evidenciar de un modo tan ostensible como elocuente, la descomposicion profunda de los partidos, sectas, fracciones y fraccioncitas conservadoras. Este ha sido el hecho demoledor y sin réplica, que por de pronto ha producido en España la revolución de Setiembre. Pensamientos, sofismas, procedimientos, artes, ficciones conservadoras, todo se ha venido abajo con estrépito, y se está disgregando rápidamente, y se va dispersando para siempre, para no volver más. Su viejo constitucionalismo, aquellos grupos improvisados de ambiciosos que sabian fácilmente colocarse alrededor de una explotación comun, y que se daban á sí mismos el nombre de partido y de partido compacto, con mayorías hechas de encargo para votarlo todo, hasta su propia degradación, se van haciendo ya historia antigua; aquellos doctrinarios inmorales, aquellas medias tintas acomodaticias, aquellos sofistas que servian lo mismo para un fregado que para un barrido, están saliendo ya de la escena.

Hoy es otro el resorte que mueve las cosas, que organiza los partidos y que los prepara para el poder. Ya *El Diario Español* afirma y confiesa, que no es posible hacer un pisto de carlistas y de alfonsinos, de unionistas y de sagastinos, de ultramontanos y de regalistas; pero cree todavía, y lo ha venido á mostrar en su intento de correr una calaverada republicana, que se puede hacer la profesion aparente de principios que no se profesan, con el objeto de zurcir voluntades y aparear sentimientos, y mezclar intereses que sirvan al caso de organizarles un partido, y prepararlo para el poder, á gusto de los consumidores.

Tambien han pasado esos tiempos; tambien han pasado para no volver los tiempos de las apariencias y de las fantasmagorías, y mediante Dios y la revolución de Setiembre, hemos aprendido á conocer todas las ambiciones que sin ideas ni principios, son capaces de aceptarlo todo, á título de corromperlo todo y de prostituirlo todo.

Una de las cosas que principalmente, entre otras, contribuyeron más en Espa-

ña á desprestigiar sin viabilidad posible la candidatura de Montpensier, fué precisamente este fondo de corruptor doctrinarismo que en él y en sus tradiciones políticas se entreveía. Tal vez aquel candidato, desahuciado por la opinion, creía aun posible en este país el entronizamiento de un sistema político mistificador, con solo tomarse el trabajo de envenenar en su germen mismo las aspiraciones nobles y los rectos propósitos de los partidos sinceramente revolucionarios, atrayéndoselos por el goce indefinido de un poder enervador y bizantino. Aquel pretendiente, en su astucia y sus cálculos, habia creído, sin duda, que el partido radical, sobre todo, estaba en sus elementos personales más vigorosos, compuesto de hombres antiguos en su vida y solo aparentemente nuevos por sus simpatías platónicas hácia los principios proclamados por la revolucion. Pensaba evidentemente que el partido radical era en sus vicios, en sus preocupaciones, en sus prejuicios, en su manera habitual de concebir el poder, tan doctrinario como los mismos unionistas; pensaba que los radicales eran en sus individualidades tan propensos como los mismos conservadores al culto de sus respectivos cortesanos, y tan aficionados á que se les considerase como providencias humanas; pensaba que los radicales eran tan sobornables interiormente por la adulacion, tan débiles ante las influencias bastardas, tan fáciles de corromper por el servilismo de los subordinados como lo son los reaccionarios de todos los matices; pensaba, en fin, que los radicales, una vez en el poder, que, sin duda se hubiera apresurado á otorgarles con hábil facilidad el hijo y discípulo de Luis Felipe; no hubieran tardado en caer en cualquiera de los infinitos lazos que en las regiones oficiales pueden aprisionar adormeciendo, y poner de manifiesto entre voluptuosidades de aparente omnipotencia, la transaccion cada vez más acentuada que en su camino de conveniencias, hubieran podido los radicales ir haciendo con el doctrinarismo, hasta convertirse en la imagen fiel y acabada de los conservadores mismos, á los cuales entonces hubiera venido el poder como de molde y sin violencia de ninguna especie; antes por contrario, como consecuencia lógica é inevitable del estado y movimiento natural de las cosas y de los intereses.

Felizmente se equivocó de medio á medio, y ante la energía y ante la fuerza viva de la opinion y de la experiencia recibida, los partidos revolucionarios se han convertido en algo muy distinto de lo que Montpensier habia imaginado, aun dado caso que hubieran podido ser en otros días, y antes del espurgo sagastino, lo que él en su malicia sospechaba. Hoy los partidos revolucionarios, y

principalmente el partido radical, no son ni pueden ser aquella masa dispuesta a la fermentación; hoy el partido radical sabe demasiado como hay que ser revolucionario bajo todos, absolutamente todos los puntos de vista. Hoy el partido radical sabe muy bien que no se es meramente innovador y reformista por que se planteen reformas exteriores y se hagan modificaciones en la superficie, sino que se debe ser también reformador interiormente; que si han cambiado las ideas, tienen también que cambiar en algún modo y en lo fundamental los hombres que hayan de servirlos, y que el poder, las influencias, los medios de acción no deben entregarse a la recomendación hecha a la antigua usanza, sino al valor probado, a la convicción identificada de los hombres que por sus antecedentes y sus méritos sean dignos de la confianza, no ya solo de los demás hombres, sino de las ideas, de los principios, del espíritu de la situación que van a servir y afianzar en cuanto esté de su parte. Hoy el partido radical sabe demasiado que en la esfera y campo del personal, se tiene obligación de ser tan revolucionario, tan demócrata, tan profundamente innovador, como en la esfera exterior de la política, de la administración y de la Hacienda, y que no es posible seguir aquel desacreditado sistema de los conservadores, que hacían de cada destino un campo de agramante y de cada protección un pugilato indigno, en el que luchaban los que venían apuntalados por contrapuestas influencias, y por contrarios poderosos, independientemente de sus convicciones y de sus méritos personalísimos.

No; el partido radical no cree ya que el porvenir de la obra que trae entre manos pueda confiarse al que más recomendaciones busca y al que mejor armado viene con las firmas más autorizadas, sino que tiene la convicción profunda de que por encima de todo eso, está la recomendación personal del sujeto, y principalmente la historia, los antecedentes, la lealtad, la inteligencia y la probidad del que solicita.

Precisamente suele suceder en este orden de cuestiones y de hechos, que el más audaz y el más inepto son los que mejor sorprenden la buena fe y la rectitud de sentimientos, ó á veces la predisposición de los poderosos á dejarse vencer por la compasión ó tal vez en algún caso por el incienso á todo pasto prodigado. Nunca sobre este punto tendrán bastante prevision los partidos revolucionarios.

Por lo demás, y acerca de las intrigas y posturas que los conservadores ensayan, no debemos tener ningún cuidado. Ora pretendan hacer excesos convencionales de republicanismo, ora sueñen con fusiones imposibles y con alianzas contraproducentes, ora abulten los hechos insignificantes, el resultado será siempre tan nulo como estéril.

Los diarios carlistas han venido en estos últimos días á evidenciar lo pueril de las pretensiones de los alfonsinos, que han querido atraer á su causa, ya microscópica, las fuerzas y los elementos de las huestes tradicionalistas.

¡Inútil empeño!

Entre carlistas y alfonsinos media un abismo, hay toda una revolución que los separa, hay un conjunto de intereses contrapuestos que los han dividido para siempre, y que no tienen soldadura fácil, ni componenda viable. Los alfonsinos, católicos semi-liberales y volterrianos semi-realistas, tienen de su lado toda una revolución económica, contraria á los intereses de la Iglesia, y condenada por esta con la tenacidad y la intransigencia invencibles en quien defiende sus pasados lucros y sus antiguos monopolios. Los alfonsinos, al haber pretendido hacer con hipócrita devoción al Papa árbitro de esta cuestión añeja y de estas legitimidades encandiladas, han sido soberanamente cándidos. No han querido acordarse del *Syllabus*, ni del *Non possumus*, ni de todas las demás muletillas que sirven al Papado de escudo contra las insinuantes seducciones de estos demagogos de la víspera, que hoy se mojan el dedo en agua bendita.

Para el Vaticano será siempre lo más viejo lo mejor aceptado, y lo que más arrugas tenga lo más simpático á su temperamento gotoso y á su caducidad inevitable. Es completamente inútil pedir otra naturaleza á esa institución de-

crépita. La misma razón egoísta que impide á los alfonsinos fundirse en el carlismo, es la que hace al tradicionalismo imposible transigir con el moderantismo.

El carlismo neo-católico es el monopolio teocrático, la conversión de todos los intereses, y de todos los poderes, y de todas las manifestaciones de la vida al sacerdocio, como regulador perpetuo y especulador incesante, y á nombre del cielo, de todos los bienes de la tierra: el moderantismo es el monopolio burocrático, el agío de unos cuantos capitalistas improvisados, erigido en tutela leonina de las viejas instituciones, á las cuales ha desportillado con su institucionalismo positivista, el reinado exclusivo, en fin, de la mesocracia, que solo tiene el tanto por ciento como norte de sus aspiraciones, y la utilidad como término único de todos sus propósitos y de todas sus miras. ¿Cómo han de poder entenderse?

Si tienen comunidad de pensamientos en el fin, no la tienen ni en los medios ni en la clase. Los primeros lo quieren todo para los frailes, para los jesuitas, para los sacerdotes, para el clero, para la Iglesia; los segundos lo solicitan todo para la banca, para el capital, para el afortunado, para el banquero, para los corazones metalizados y para los espíritus enfangados en el oro: los primeros son los materialistas de la religión; los segundos los defraudadores de la materia; los primeros tienen la codicia del poder y quieren apoderarse de los intereses aletargando las conciencias; los segundos no están menos ávidos de influencia política; pero quieren concentrar los intereses por medio de los *buenos negocios* y *conservarlos*, haciendo de las conciencias una mercancía; aquellos anulan el derecho á nombre de la divinidad; estos la prestigian convirtiéndose en monederos falsos de la libertad, de la justicia, de la autoridad y de las leyes, según convenga á la seguridad de sus especulaciones.

En las declaraciones de los unos y de los otros, no se descubre más que pequeñez, miseria, egoísmo, mezquindad, pobreza. ¿Qué cuidado pueden, por consiguiente, darnos sus trabajos y sus intrigas? Después de todo, ¿no sabemos que al cabo todas las cosas han de concluir por colocarse en su legítimo centro de razón y de justicia?

Por de pronto, es inútil que los alfonsinos, que son los más interesados en la fusión, se hagan ilusiones electorales, y cuenten anticipadamente con los votos de los carlistas, que ya han recibido terminantes órdenes de su amo para que adopten el retraimiento, y que, á la verdad, no han de quebrantar porque las sirenas alfonsinas entonen alabanzas á favor de lo que en otros días atacaron; por este lado no hay avenencia posible. Si de aquí pasamos á considerar el estado de los unionistas de raza y de los neo-unionistas-sagastinos, hallaremos, si no igual desavenencia, por lo menos, inevitables síntomas de incertidumbre, de descomposición y de abatimiento, por más que alardeen de temerarios, y por más que con ridículas amenazas sueñen con *sublevar regimientos*, y finjan una fuerza que no tienen y una influencia de que carecen.

Pronto en la contienda electoral han de mostrar su falta de prestigio en el país, del mismo modo que en elevadas regiones perdieron sin apelación el efímero crédito que en fuerza de supercherías conquistaron, y como en otro terreno, si á él apelasen, habían de sufrir irremediable descalabro.

Ninguna otra cosa de verdadera importancia se ha realizado en nuestra política interior durante la presente quincena. En cuanto á Francia, el colosal resultado de su empréstito ha sido el acontecimiento verdaderamente gigantesco de estos últimos días. Es inútil que los conservadores y reaccionarios de todos los matices, pretendan zaherir esta operación en algunos de sus pequeños detalles. La significación económica, y sobre todo la significación política de este suceso financiero es de tal magnitud, que á nadie ha podido ocultarse, ni aun á los mismos conservadores, interesados siempre en atenuar el valor de toda situación y de todo hecho, que con más ó menos facilidad pueda servir al afianzamiento de un orden de cosas contrario á sus mezquindades y egoísmos.

El resultado del empréstito, más de

doce veces cubierto en su valor, y sobre todo la suscripción extranjera que se eleva á la cifra de 1.426.779 millones, encierra en su fondo una protesta elocuentísima contra hechos consumados que no deben ser para el reciente César germánico de mucho agrado.

El triunfo de la hábil y sensata política de M. Thiers, es incontrovertible; así lo ha comprendido el ministro de Hacienda, M. Goulard, cuando al dar cuenta en la Cámara del resultado de la suscripción dijo entre otras cosas:

«Una nación como la nuestra, que demuestra la fe que tiene en sí misma, está justificada para contar con el porvenir. Tiene derecho á considerar la severa lección que ha sufrido como una expiación de sus faltas y una sorpresa de la suerte; pero gracias al cielo, Francia no está condenada á ver en ella una señal de decadencia.»

Y más adelante añadió:

«A despecho de nuestros errores y desgracias, el mundo no ha dejado de tener fe en nosotros, no duda del destino que nos está reservado por la Providencia. No lo dudemos nosotros mismos, pero merezcámoslo por la unión, la sabiduría y la paciencia.»

Y efectivamente; la Francia dando estabilidad á su interioridad actual, reconstituyendo y reorganizando sus fuerzas bajo los principios redentores de la democracia que como M. Goulard dice son *la base eterna de la sociedad civilizada*, mirando como perspectiva y regla de conducta al porvenir, sin dejar de recordar el pasado como enseñanza provechosa, no dudamos que volverá á recuperar su antiguo prestigio é influencia; pero sin los desvarios de otros días, y sin las alucinaciones y las ilusiones ópticas que tan mal parada la han dejado.

Por lo demás, el imperio germánico, apenas nacido, se encuentra ya con obstáculos inmensos ante la opinión pública de Europa, que ve en él la restauración de cesarismos incompatibles con las aspiraciones del siglo, y con las necesidades eminentemente liberales de nuestros tiempos. La mejor venganza que Francia puede tomar en su día de Alemania, será la de mostrarle con los hechos, que el espíritu de conquista y las ambiciones de extensión de territorio que se apoderan de los pueblos en unas cuantas horas de fortuna militar, son las ambiciones más groseras, más desatentadas, más impías, y al cabo más contraproducentes é ineficaces para el prestigio que se busca, y para el poderío que se solicita.

Alemania no necesita cebarse con Francia, ni pactar tiranías con Rusia, ni aliarse con el César austriaco, para ser influyente en Europa, y constituirse en árbitra de la paz y en garantía de su bienestar y tranquilidad; su cultura intelectual, su profundo movimiento científico, su alto sentido crítico, su actual literatura, su novísima poesía, su amor á las grandes especulaciones metafísicas á la vez que el sentido social práctico y humano, de que va dando relevantes muestras, la ponen á la cabeza de Europa y del mundo, y valen más, muchísimo más que su brillante ejército y la política anticuada de su César.

A nosotros nos admira y nos encanta con permanente admiración y encanto, la Alemania de Kant, la Alemania de Hegel, de Goethe, de Strauss, cuando apenas si logra asombrarnos momentáneamente la Alemania de Moltke, y sobre todo la del maquiavélico Bismark y la de los feudales abuelengos de la casa de Brandeburgo. Bismark y Guillermo son nubes de verano; los grandes filósofos Fichte, Krause; los grandes críticos Schleiermacher, Herder; los grandes poetas Klopstock, Schiller, Goethe, son constelaciones; su brillo será eterno, su influencia permanente; su poder ante el mundo, imperecedero. ¿Qué valen esas cuantas hectáreas de tierra, que se llaman la Alsacia y la Lorena, forzosamente adheridas al postizo imperio por un abuso de su victoria? ¿Qué fuerza mayor han venido á darle? Por el contrario, ¿no revelarán siempre un resto de la barbarie tradicional de los pueblos germanos, que todavía no han podido acabar de borrarle aquellos génius, sus compatriotas, creadores de su sábia civilización?

M. CALAVIA.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS ANTE LA HISTORIA.

LXIII.

Sin iniciación siquiera por entonces en la política; no habiendo tenido parte, por fortuna, en los sucesos lamentables

á que nos referimos, podemos ocuparnos de ellos sin entonar alabanzas ni lanzar vituperios. Jamás hemos dudado de la sinceridad y patriotismo de unos y otros contendientes; porque si «harto sabidos son en Madrid, como afirma (1) el señor Borrego, los nombres de los caudillos progresistas que recibieron gruesas sumas de manos de los amigos de la Reina madre para ayudar al levantamiento de 1843,» no es ménos cierto, que ese fué el precio de la deserción de su antiguo partido, con la cláusula de abanderamiento en el contrario; accesible siempre este á los felónes, á los corrompidos y á los reaccionarios, tanto como refractario aquel á deslealtades é impurezas.

Exagerando *ayacuchos* y *pronunciados* la rigidez de los principios constitucionales que les eran comunes, unos y otros contribuyeron, con ceguera funesta, á entregarlos al escarnio de los moderados; y cuando todos se apercibieron del peligro que les amenazaba, no pudiendo ya resistir la fatídica atracción del abismo, juntos cayeron en él y juntos espiraron la común falta. ¡Terrible fué el escarmiento! pero aun besáramos la inexorable mano que lo impuso, si el partido progresista hubiera aprendido, con ocasión de él, á dirimir en consejo de familia sus diferencias, y á rechazar la interesada mediación de pérfidios compendiosos.

En medio de los postreros vértigos de aquella gran crisis; cuando Barcelona, Gerona, Figueras, Zaragoza, Leon y Vigo hacían las últimas peligrosas protestas en favor de la libertad; cuando el ministerio López, restaurado con el carácter de Gobierno provisional, se agitaba en el fondo de un constitucionalismo, en el cual producía á toda prisa el vacío la prepotente influencia moderada, se convocaron Cortes, con la misión extraordinaria de anticipar la declaración de mayoría de edad de la Reina; para evitar, se decía los disturbios que en un estado tal de cosas hubiera producido el nombramiento de una nueva regencia.

Al proclamar las Cortes, en 8 de Noviembre de 1843, la mayoría de la Reina, pudieron aplicarse á la tierna Isabel las palabras de Cromwell sobre el cadáver de Stuardo, «¡pobre cabeza sin corona! ¡pobre corona sin cabeza!» porque, efectivamente, aquella fórmula parlamentaria ni cambió las condiciones de la política ni mucho ménos las de la naturaleza. La Reina, después de obtener prematuramente la patente de mujer, se quedó niña con sus muñecas, y la acción de reinar y gobernar se compartió entre los ministerios y las camarillas.

Como uno de los disfraces que había revestido la revolución fué el del respeto á las prácticas parlamentarias, creyese procedente el relevo del ministerio Lopez, por otro sacado del seno de las Cortes; procedimiento que elevó á Olózaga, como presidente que era de la Cámara popular, al poder en 20 de Noviembre. Aun cuando las Cortes eran moderadas en su mayoría, creyeron deber rendir á Olózaga el tributo de su presidencia, por el papel especial que había desempeñado en los anteriores sucesos, y con la esperanza tal vez de engancharlo bajo la bandera de su partido.

LXIV.

Pero Olózaga, que no era de esos caudillos venales á que ha aludido el señor Borrego, emprendió atrevido una política progresista y de desagravio, revalidando los últimos grados militares concedidos por Espartero en calidad de Regente, y procurándose, *ad ulteriora*, un decreto para poder disolver las Cortes con la oportunidad que aconsejase la marcha de los sucesos. Los moderados, en vista de esto, tocan á rebato, y queriendo deshacerse por completo de tan temible adversario, prefieren para ello á una natural y fácil maniobra parlamentaria, una trama infernal, que ni el mismo Machiavello la hubiera sancionado en su táctica. Acúsasele de haber arrancado con escándalo y violencia la firma de la Reina, puesta en el decreto de disolución á que antes se ha hecho referencia; se formula la querrela el 1.º de Diciembre; la lee ante el Congreso, con aire de reconvencción y de amenaza, el Sr. Gonzalez Brabo, el republicano de la víspera y grosero difamador de la real familia, nombrado en el mismo día mi-

(1) Id. página 83.

nistro de Estado en propiedad y *notario mayor interino* de reinos; hay diputados tan celosamente justicieros, que piden se le aplique desde luego de plano la pena de presidio y aun la de horca. Sobre este vértigo político prevalecen, sin embargo, los fueros sacrosantos de la defensa; se levanta Olózaga, escudado por la minoría progresista, después de celebrar una cordial alianza con esta en que se borraron los reñidos mores, emblemas de la pasada disidencia, é inspirándose en el civismo más enérgico y en la más levantada elocuencia, acabó por apostrofar á los jueces desde el banquillo de los acusados, en un movimiento oratorio digno de Cicerón. La razón absuelve á Olózaga, pero la conveniencia política le condena á destierro, tratando de exonerarle antes por decreto de 29 del mismo Noviembre; y para llenar el vacío que deja en el gobierno, se da, en 5 de Diciembre, la investidura de primer ministro, ó sea de presidente del Consejo al Sr. Gonzalez Brabo. Situación que con tal intriga y tal personaje se inaugura, está juzgada por todas las conciencias honradas; sirviendo el *pasillo* como de loa al funestísimo drama desarrollado por la compañía moderada durante diez años.

Gonzalez Brabo representa el tributo pagado á la baja política en su última saturnal. Es el nuevo alumno de esa pléyade de desleales y apóstatas de la libertad, que *ilustraron* antes que él, si bien con menor arrogancia y menor éxito, los Martínez de la Rosa, Toreno, Istúriz, Galiano. Y como si no fuera prueba bastante para darle entrada en el orden de los moderados, su acusación capital contra los liberales todos, fulminada sobre la cabeza de Olózaga, se le obliga á cantar las glorias de Cristina, y á servirle de heraldo en su regreso á España, y á que amordace la prensa, y á que desnaturalice la virtud popular de los ayuntamientos y diputaciones provinciales, y á que complete la iniciada disolución de la Milicia Nacional. Consumados todos estos atrevidos trastornos por el incipiente ministro, la situación se formaliza despidiendo al aprovechado neófito para dar lugar al gobierno de Narvaez, en puerta de antemano, puesto que á su entrada triunfal en Madrid desde Torrejon de Ardoz, se había reservado la capitania general del distrito.

LXV.

El moderantismo se reconstruye bajo el impetuoso blandir del general Narvaez, con el légame recogido en el revuelto fondo de todos los partidos; y rompiendo compromisos, borrando miramientos y faltando á todo género de consideraciones, se entrega á la más desatentada reacción. Este aserto tiene en abono de su certeza una serie infinita de hechos lamentables, escritos con sangre y lágrimas, que fatalmente lo comprueban; pero aun así, creemos conducente aducir el testimonio de mayor excepción que nos suministra el Sr. Borrego. Dice (1) á este objeto: «Por parte de los moderados, la coalición, que principalmente redundaba en su beneficio, les imponía la obligación de honor de no romperla sin dejar al partido progresista en la misma posición en que éste había colocado á los moderados; esto es, en las condiciones de libertad y de influencia que legítimamente le pertenecían. Pero la coalición terminó, no por la separación natural de las opiniones y de los hombres que la habían formado, sino por el *encarcelamiento y proscripción de los jefes progresistas, por la persecución del partido en masa y por una reacción tan marcada, que salvo las venganzas personales, que por fortuna no contristaron aquella época, podría compararse á la reacción de 1823.*» El señor Pastor Diaz se contenta con decir (2) que: «Entonces empezó esta situación anómala, que no pertenece á los partidos, por que no pertenece á los principios; pero mistificando los hechos, para inculpar siempre á sus adversarios, añade que «Entonces el partido progresista se retiró á sus antiguos atrincheramientos, abandonando de nuevo sus proyectos de gobierno por sus planes de revolución.» No, el partido progresista no se retiró del palenque legal, sino que fué lanzado de él por la más alevosa de las traiciones; limitándose á protestar, cuándo y cómo podía, contra una usurpación tiránica,

(1) Id. página 84.
(2) Id. página 38.

para no dar lugar, con su aquiescencia, á legitimar un derecho vicioso, que ni reconocía buena fe ni justo título. «El partido moderado—dijémos á nuestra vez con D. Joaquín María Lopez (1), testigo también de mayor acepción en esta causa—al romper la coalición, y al volver injusticias, persecuciones, confinamientos y cadalsos á sus adversarios, por toda recompensa á su *indiscreta generosidad*, se ha calificado á sí mismo á la vista del mundo, que apenas podía creer tanta ingratitude y tanto olvido.» El mismo publicista explica más adelante (2) el hecho que le asombra, en los siguientes términos: «Estos son, dice, los tristes resultados de una reacción, que hasta la índole del partido que la ensaya viene á hacer más sangrienta. Un escritor célebre, añade, lo ha dicho con la exactitud que era de esperar de su talento y de su experiencia. A proporción que un partido es más cobarde, es más temible cuando ejerce la reacción. Sus motivos de obrar están dominados por el miedo. Su barbarie no es un transporte de pasión, sino de cálculo. No asesinan porque sufren, sino porque tiemblan; y como sus temores son sin término, sus crímenes tampoco pueden tenerlo.» Tales son los diagnósticos de la grave dolencia que amenazaba á España y que la aquejó por espacio de diez años, bajo la dirección de empiricos desalmados.

El partido liberal, que era el órgano principalmente afectado, tuvo períodos de violenta exacerbación, que se manifestaron alterna y enérgicamente en varios puntos, como Alicante, Cartagena, Rioja, Cataluña, Galicia, Madrid y Zaragoza, los cuales fueron amortiguados con los remedios más heróicos, propinados por Narvaez, el flamante doctor de este ensangrentado anfiteatro.

LXVI.

Venido al mundo político este personaje en la segunda época constitucional, recibió el bautismo de sangre en la memorable fiesta consagrada á la libertad por el pueblo de Madrid el 7 de Julio de 1822, y después el sacramento de la confirmación, combatiendo por la misma causa bajo las órdenes de Mina. Al comenzar el tercer presente período constitucional, Narvaez, obedeciendo más al acicate de la ambición que al culto de la libertad, se entregó á una conducta levantisca é indisciplinada, como la más á propósito para causar efecto y atraerse las miradas del público, harto sobreexcitado por los episodios de una empeñada lucha fratricida; y esto explica la celebridad de sus lúgubres triunfos en la Mancha sobre las fracciones de Palillos; sus amotinamientos en Andalucía, sus perturbadoras elucubraciones en Madrid, con los misteriosos *jovellanistas*, y sus calaverescas mal encubiertas provocaciones á Espartero, cuya esplendente gloria militar le abrasaba en celos, sin iluminarle en el camino de las hazañas. Pero llegó por de pronto á su objeto, consiguiendo verse desterrado á fines de 1838, en San Lúcar de Barrameda, desde donde se fugó al extranjero para no servir de blanco á las iras de sus émulos; como diciendo, con cómica gravedad: «valemus mucho, por más que digan.» Asociado en París á la fugitiva corte de Cristina, allí acabó de consolidar su fama é importancia.

Preparado por tales medios, y con tan sólido aprendizaje para los altos destinos de la Milicia y del Estado, cuando sonó la hora fatal de 1843, desembarcó de improviso en Valencia el 27 de Junio, á la cabeza de varios generales y oficiales, dirigiéndose todos á la Junta salvadora de aquella capital con una estudiada exposición, de entre cuyos párrafos tomamos el siguiente: «A esta ciudad, decían, venimos, lo primero, por que se ha dicho que el destructor de Barcelona se dirigía á destruir á Valencia; y con la pena de no haber podido entonces contribuir á la salvación de la una, ahora nos presentamos á la otra, y no sucumbirá mientras nos dure la existencia. Para eso os ofrecemos nuestros servicios, libres de envidia, ajenos de ambición, obedientes, sumisos, si fuere necesario, entre los grupos del pueblo, entre las filas del soldado.» Jamás pudo aplicarse con más propiedad que á estos mercaderes políticos aquel histórico recuerdo de «El comercio afectado,

(1) Colección de sus producciones políticas, forenses y literarias, tomo 6.º pág. 363.
(2) Id. folio 368.

tando, entrar vendiendo por salir mandando», dirigido por el P. Duchesne á los cartagineses á su llegada á España. Esos púnicos servidores, mintiendo humildad, desinterés, obediencia, espíritu fraternal para con el paisano y de igualdad para con el soldado, venían inflamados por la pasión á tiranizar al pueblo y explotar al ejército.

LXVII.

Seducidas las juntas populares por estos falaces halagos, se apresuraron á encomendar los cargos y destinos más importantes á los antiguos moderados; recibiendo Narvaez de la de Valencia el mando de aquel ejército, á cuyo frente marchó por Torrejon de Ardoz á Madrid, donde sentó ya su planta, destinada á hollar fueros y libertades. Describe el Sr. Lopez en los siguientes auténticos é ingenuos términos, el modo con que el fatídico personaje comenzó á imponerse al Gobierno provisional, del cual formabaparte aquel: «Apenas, dice, pasaba día, en que no fuera á buscarnos en el local en que se reunía el Consejo de ministros, el general Narvaez, entonces capitán general de este distrito, y en que no nos ocupase largo rato con la relación de peligros y tentativas de conspiraciones, que nosotros no veíamos como él, y que por fortuna no tuvieron la realidad que se temía, ni debieron tener nunca, aun creyéndolos ciertos, la importancia que se les daba. Mostrábanos porción de anónimos y de avisos, todos dirigidos á advertirle las tramas puestas en juego y los proyectos de asesinato, así contra su persona como contra las del gobierno. En su modo de ver las cosas, era tan indispensable como urgente asegurar á los sospechosos, proceder por aquellos indicios, allanar y reconocer el domicilio, y adoptar otras medidas que la ley fundamental ponía muy fuera de nuestro alcance. Jamás nos impuso la triste pintura que se nos hacía: jamás avanzamos ninguna resolución que no estuviera dentro del círculo de las leyes y de nuestras facultades.»

Preocupada por mucho tiempo la opinión liberal con el éxito funesto de los acontecimientos de 1843, mostró cierto receloso desvío hacia los hombres que formaron el ministerio Lopez, después Gobierno provisional; pero restablecida la calma, no ha podido menos de hacerse justicia á sus patrióticas intenciones, á su abnegación y desinterés. Ellos llevaban el pronunciamiento por un rumbo bien distinto al que le imprimieron los solapados agentes del moderantismo, y por eso cuando se apercibieron de estád torcimiento trataron de enderezarlo hacia los fines verdaderamente liberales. Por eso resistieron las extraviadas sugestiones y aun las amenazas de Narvaez y sus secuaces en sentido de una suspicaz política reaccionaria; procurando, por el contrario, volver á las corrientes constitucionales las aguas desbordadas. Merecen notarse á este propósito las reales órdenes de 4 y 29 de Agosto y 14 de Octubre, favorables al libérrimo ejercicio de la imprenta periódica; así como también las de 10 y 27 de Agosto, 24 de Setiembre y 10 de Noviembre, para garantizar la salvadora institución de la Milicia nacional, premiar sus servicios y sacarla de la tutela militar; y esto después de haber acordado por otra de 24 de Julio la reorganización de la de Madrid, disuelta dos días antes por los vencedores de Ardoz.

Los hombres del Gobierno provisional, por último, la única gracia que pidieron á S. M. al abandonar voluntariamente el poder, después de haber rehusado recompensas, honores y consideraciones personales, fué la de que lo depositase en otros que profesasen los principios progresistas; como así sucedió, aun cuando para la breve fatal transición del gabinete Olózaga. Y si algo faltaba para la rehabilitación de esos hombres ante su antiguo partido, el raso de la reacción igualando á todos en la desgracia (1) cicatrizó la solución de continuidad producida en el cuerpo progresista, por la que comenzando familiar reyerta, acabó en contienda fratricida.

J. TORRES MENA.

(1) Mayor fué, si cabe, el ensañamiento de la reacción contra los progresistas de la antigua coalición que contra los esparteristas, y el más señalado de los hombres del gobierno provisional, el Sr. Caballero, víctima fué de una torpe delación criminal.

EL VALLE DE ARÁN.

Bosost 31 de Julio de 1872.

Sr.....

Mi estimado amigo: No por seguir las corrientes de la moda en la presente época, sino con el fin de estudiar bajo diversos aspectos las condiciones naturales y económicas de este valle, me trasladé hace algunos días á este hermoso país, paseando mi pequeño equipo científico por las imponentes montañas que erizan su territorio, y tropezando tal cual vez con alguna caravana de *touristes* extrajeros que vienen desde Bagnères de Luchon, córte soberana de todos los establecimientos balnearios que posee Francia en los Pirineos, á pisar el territorio español, satisfaciendo con ello los impulsos de su natural curiosidad.

El valle de Arán, único de la cordillera pirenaica que perteneciendo á España vierte sus aguas á Francia, es tal vez el más pintoresco de los que poseemos en aquel coloso orográfico, y el más amado y culto, no solo de la provincia de Lérida, á la cual pertenece, sino también de todos los de las provincias colindantes de Barcelona y Huesca.

La naturaleza ha desplegado en él todo el lujo de la vegetación propia de las regiones semi-alpinas.

Verdean en las cumbres más altas grandes extensiones de pastos naturales, en donde pacen durante el verano numerosos rebaños de ganado lanar y cabrío, y no pocas reses de vacuno, que constituyen la base de la riqueza del valle.

Un poco más abajo tienen asiento magníficos bosques maderables de pino, abeto, haya y roble, que se extienden por las faldas de las montañas hasta muy cerca de su base, y entra luego la zona propiamente agrícola, de corta extensión respecto de la anterior, en la que descuellan los cultivos del centeno, fajol, maíz, cáñamo, patatas y algunas hortalizas, alternando, con suculentos prados artificiales que se mezclan en algunos puntos con la zona de los árboles silvestres, interrumpiendo á trechos la monotonía del color del follaje de las masas leñosas.

A los que estamos acostumbrados al espectáculo de los agostaderos castellanos y á la aridez y sequedad canicular de las estepas españolas, nos produce una agradable é indescriptible impresión el riente panorama que ofrece este valle en mitad del verano, ostentando los matices más variados del hermoso color verde de su superficie, cubierta toda de vegetación, y los caprichosos y abundantes riachuelos que bullen por todas partes, saltando en copos de nevada espuma sobre las rocas que les sirven de márgenes y cauce.

El mágico pincel de Haes encontraría aquí paisajes nunca soñados por la mente creadora del artista.

El río Garona, que divide longitudinalmente el valle en dos mitades, recoge las aguas de los numerosos afluentes que le envían los manantiales de las vertientes de su áspera cuenca, y corre con ruidosa velocidad hacia Francia, saliendo de nuestro territorio por términos del pueblo de Beauseu. Mirado desde las cumbres, aseméjase á una larga y ondulada cinta de plata, á la que festona la verde guirnalda de los prados y campos que por entrambas márgenes lo ciñen.

De trecho en trecho se destacan algunos pueblos, cuyas casas, blanqueadas al exterior y cubiertas de pizarras azuladas, parecen otras tantas bandadas de garzas reposando á orillas de aquel caprichoso río.

Los contrastes de los sitios bañados por el sol, y los que cubre la sombra perpétua de ciertas umbrías, las diferencias cromográficas entre la serena atmósfera de los llanos y el nebuloso cielo de las cumbres, vienen á dar al país un aspecto tan risueño, que parece creado para morada perpétua de poetas, pintores y todo linaje de artistas.

Y si pasando del conjunto al detalle, penetra el viajero en los senos recónditos de estos montes y observa con atención los fenómenos que á cada paso le presenta la naturaleza, cómo expresar el efecto que en su ánimo produce la hermosura, la gala y la belleza que por doquier se ofrece á su vista?

Las titánicas moles graníticas de la Maladetta, ó *montañas malditas*, y, sobre

todo, el famoso pico de *Nethou* que, como todos saben, es el más alto de los Pirineos y tiene una altura sobre el nivel del mar de 3.404 metros, puede escalar por el Sur del valle, ora remontando el puerto de Viella, ora subiendo por el de Benasque, tardándose muy poco en pisar aquellos grandes depósitos de nieves y hielos seculares; irisados por el tiempo y perpétuos como el mundo, que cubren las faldas y cima de aquellas asperezas, las cuales se nivelan con algunos picachos de los Alpes suizos.

A medida que se asciende por aquellas rocas y sábanas de hielo, apágase la vida animal, se enrarece la atmósfera, la respiración se hace más difícil, y se acaba por la desaparición de todo vestigio orgánico. La materia inanimada se enseñaorea del suelo. La vida inorgánica reina en absoluto. El espíritu del observador se eleva á otras regiones, y el alma parece impelida por una fuerza misteriosa á abandonar la cárcel humana en que está aprisionada, para volver á los puros espacios etéreos, de donde sin duda alguna procede.

No por carecer de nieves perpétuas predisponen menos á la contemplación los picos de las sierras de *Monteliu* y *Escarhada*, que cierran el valle por la parte del Norte. En sus cumbres no aparecen más que grandes bancos de pizarras talcosas y enormes lanchas desprendidas de los mismos, amontonadas en desordenada confusión por los aludes, *lises*, según el lenguaje del país, que se desprenden de lo alto durante el invierno.

Desde los picos ó *tuchs* de *Grabere* y *Montludé* se dominan las feraces llanuras de Toulouse, que distan más de cien kilómetros del punto de observación.

Marchando hacia el Este se llega al puerto de *Oyla*, por donde se comunican los españoles con los habitantes del fértil y bien cultivado valle de Birós, notable además por haber nacido en una aldea miserable del mismo, de la que que apenas existe hoy tal cual casa, «el tristemente célebre conde de España, aventurero francés, dice un escritor de su país, que reinó como soberano en la más bella mitad de España, y cuyo poder se desvaneció como la casa de sus padres.»

Por los altos collados de *Montgarri* y la *Bonaigua* y por los más escabrosos de *Caldas*, *Rius*, *Viella* y *Benasque*, los araneses bajan á los demás pueblos de su provincia y á la de Huesca; pero la abundancia de nieves en el invierno es tanta, que pasan semanas y meses en completa incomunicación.

Casi se puede decir que el único camino que posee el valle es el que, corriendo paralelamente al río Garona junto á su orilla, va hasta la frontera francesa en el punto llamado *Puente de Rey*, en donde se une á la carretera provincial ó departamental que se dirige desde aquel punto á *Mourejean*, estación de la línea férrea de Bayona á Toulouse, en el departamento de la Haute Garonne.

De aquí que los araneses tengan un trato continuo con Francia, y apenas mantengan relaciones de ninguna clase con los naturales de Cataluña y Aragón.

Esta circunstancia, que depende tan solo de las condiciones orográficas del país, y que, por lo tanto, es tan antigua como la historia de los dominios de la corona de Aragón, ha producido sin duda alguna el mayor grado de cultura de estos montañeses sobre los demás de la Península, á pesar del abandono con que siempre han sido tratados por el gobierno, así en el orden de las mejoras materiales como en el de la instrucción y perfección moral.

Se resenten algo de la facultad de conocimientos escolares, porque la enseñanza pública ha estado siempre muy desatendida; pero el roce ha subsanado gran parte del mal, haciéndoles adquirir muchos conocimientos de que hubieran carecido sin el contacto íntimo con los franceses.

Seduca la agradable cortesía de los araneses al que no ha salido de las montañas de otras regiones de España.

Modales, trato, conversación y atenciones, todo tiene aquí el sello de la selecta urbanidad, que tanto distingue á los cultos descendientes de Clodoveo.

Los araneses, cosa que no sucede en ningún pueblo de España, hablan, sin previo estudio, el *patois*, dialecto pecu-

liar del país, el francés, el español y el catalán.

Personas ilustradas hay que se avergüenzan de la inferioridad en que se encuentran, respecto de estos montañeses, en materia de idiomas ó dialectos.

Aun cuando los sistemas de pesos y medidas del país son bien distintos por cierto del métrico-decimal, conocen éste con tanta perfección, que desean se acabe de una vez con el antiguo, reducido hoy á cortas transacciones. La moneda francesa es moneda corriente, mucho más que la española por cierto, por cuanto las mayores compras y ventas se hacen con los comerciantes de Francia.

En contraposición á estos contagios de propagación lenta, pero eficaz, apenas si la moral se ha resentido en lo más mínimo, conservando en este punto los araneses la misma sencillez y pureza de costumbres de sus antepasados, sin que hayan llegado al seno de las familias la desprecupación y la relajación de los vínculos morales, que tantos males produce en la nación vecina.

Hay, pues, en este rincón de España el germen más fecundo de la verdadera y provechosa civilización.

Por esta razón, tal vez, es el punto predilecto de las excursiones que los viajeros y bañistas hacen á España, al visitar los Pirineos por la vertiente francesa.

He corrido esta cordillera desde el Ampurdán hasta los Aldudes; pero en ninguno de sus numerosos valles he encontrado pueblos que tuviesen hospederías montadas con la comodidad, limpieza y buen servicio que se encuentra en las de este valle.

Convengamos en que solo en este excepcional país puede ofrecerse al aristócrata *touriste* una fonda con todas las comodidades apetecibles, servida con cocina francesa y cobijada bajo un humilde techo de pizarra, al cual dan sombra las agrestes y arboladas eminencias de las montañas más pintorescas que pueden imaginarse.

Solo en este especial valle, y en la fachada de una de las casas del pueblo en que esto escribo, se puede leer con cierto regocijo de orgullo patrio el siguiente cartel, trazado con las formas caligráficas más elegantes:

«HOTEL DE ESPAGNE
tenú par M. Masses.»

No hay que decir que este Masses es español por sus cuatro costados, y tan emprendedor y entendido como el primero de sus convecinos internacionales.

Concluyo aquí, porque esta carta rebasa los límites de los escritos de su clase.

Espero poder hacer en otras sucesivas algunas indicaciones acerca de la historia, riqueza, presente y porvenir de este valle.

Para ello cuenta con su acostumbrada benevolencia su afectísimo amigo y su seguro servidor Q. B. S. M.,

J. JORDANA.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Con fecha 9 del corriente se ha expedido el siguiente real decreto:

«Artículo 1.º Se autoriza al Tesoro de la isla de Cuba para emitir al tipo de 6 sobre la par *Deuda del Tesoro de Cuba* por cantidad de 60 millones de pesos en dos emisiones. La primera emisión será de 30 millones, y tendrá lugar el 1.º de Enero de 1873. Las sucesivas por los 30 millones restantes tendrán lugar cuando el gobierno lo acuerde en vista de las necesidades de aquel Tesoro. La emisión se hará simultáneamente en la Habana, Madrid, París y Londres por suscripción pública, la cual se abrirá para la primera emisión el día que señale la Junta de la Deuda que se crea por este decreto.

Art. 2.º Esta Deuda estará representada por títulos al portador de 500 pesos cada uno, con doble talon, numeración cor elativa y 34 cupones vencederos el 30 de Junio y 31 de Diciembre de los años respectivos. Los títulos devengarán el interés anual de 8 por 100, y serán amortizados semestralmente por sorteo.

Art. 3.º Para el pago de intereses y amortización de esta Deuda se destina especialmente: 1.º El producto íntegro del subsidio extraordinario de guerra, calculado en 5 millones de pesos anuales. Si el subsidio actual no llegara á esta suma, se aumentará lo necesario para que en ningún caso deje de producirse.

2.º Todos los sobrantes de los presupuestos ordinario y extraordinario de Cuba.

Art. 4.º Esta Deuda será admitida en pago de todos los derechos del Estado en la isla de Cuba por los ejercicios anteriores al de 1872 á 73. Igualmente será admitida en toda clase de fianzas á favor del Estado en la isla de Cuba.

Art. 5.º Los intereses y amortización de esta Deuda se pagarán en la Habana, Madrid, París y Londres, á cuyo efecto se considerarán domiciliados en cada una de dichas plazas los títulos que resulten admitidos respectivamente en la suscripción de cada una de ellas. En todas las operaciones con moneda extranjera servirá de tipo el que tenga á la par con el peso fuerte.

Art. 6.º El producto de la primera emisión se aplicará:

1.º A satisfacer al Banco Español de la Habana, previa liquidación de su cuenta con el Tesoro, la Deuda que este contrato en favor de aquel establecimiento para atender á los gastos de la expedición á Méjico y de la campaña de Santo Domingo. Esta operación, sin embargo, no tendrá lugar sino á condición de que el Banco tome los títulos á un tipo que compense la diferencia de interés entre los mismos y el que devenga sus créditos contra el Tesoro.

2.º A recoger 8 millones de pesos en billetes del mismo Banco, emitidos por cuenta del Tesoro en cantidad suficiente á reducir los que queden en circulación á la de 30 millones. La recogida de billetes se hará precisamente á metálico y de modo que la circulación de aquellos se sustituya con la de moneda acuñada.

3.º Al Tesoro de Cuba con aplicación al presupuesto extraordinario de Guerra y al del próximo ejercicio económico.

Art. 7.º Desde la publicación de este decreto terminará la emisión de billetes del Banco Español de la Habana por cuenta del Tesoro, y se procederá á la amortización de los 30 millones de pesos á que debe quedar reducida la circulación de dichos billetes con arreglo á lo dispuesto en el artículo 6.º

Art. 8.º Para la amortización de los billetes que quedan en circulación se destina:

1.º El producto de los bienes de propios del Estado en la isla de Cuba.

2.º Los débitos al Tesoro por contribuciones é impuestos, así como los créditos y derechos que por cualquier concepto tenga en la actualidad ó en adelante adquiera el Estado en aquella isla.

3.º Los productos de los bienes que hayan sido ó sean embargados á insurrectos é infidentes por providencia de los tribunales competentes.

Art. 9.º Para la ejecución de este decreto se crea una Junta de la Deuda del Tesoro de Cuba, la cual tendrá á su cargo:

1.º La emisión y amortización de la Deuda que se crea en virtud de este decreto.

2.º La amortización de 8 millones de pesos en billetes del Banco Español que han de cambiarse á metálico con el producto de la emisión de Deuda.

3.º La amortización sucesiva de los 30 millones en billetes del Banco emitidos por cuenta del Tesoro que quedará en circulación.

4.º La intervención y recaudación del subsidio de guerra.

5.º La administración de los bienes embargados en Cuba, así como la intervención y recaudación de los demás recursos afectos á la amortización de los billetes á que hace referencia el núm. 2.º de este artículo.

6.º La liquidación de los créditos y débitos entre el Banco Español de la Habana y el Tesoro de Cuba.

Art. 10.º Esta Junta se compondrá de 15 individuos, cuyas condiciones y forma de elección serán las siguientes:

Tres tenedores de la Deuda del Tesoro elegidos por los demás de entre los residentes en Cuba.

Dos comerciantes y dos industriales nombrados por la Junta de Comercio de la Habana.

Cinco propietarios, dos de ellos letrados, elegidos por el ayuntamiento de la Habana.

Un accionista del Banco Español de la Habana, elegido por la junta de gobierno del mismo.

Dos funcionarios de la administración, elegidos por el gobernador superior civil.

La presidencia y la vicepresidencia, sin voto, de la Junta corresponderán respectivamente al gobernador superior civil y al intendente de Hacienda de Cuba.

Art. 11.º La Junta quedará constituida y funcionará legalmente antes de la emisión de la Deuda. Cuando esta tenga lugar, sus tenedores elegirán los tres individuos que deban formar parte de la Junta. Si no lo hicieren en el plazo de seis meses, á contar desde el día en que se cierre la suscripción, el gobierno podrá sustituir á dichos tres individuos con otros de elección suya; pero esta elección no podrá recaer en funcionarios públicos.

Art. 12.º El gobernador superior civil procederá á la instalación de la Junta en cuanto hayan sido nombrados y aceptado el nombramiento los individuos de que debe componerse, á excepción de los tres tenedores de la Deuda. Tanto los nombramientos como la aceptación deberán comunicarse inmediatamente al gobernador superior civil.

Los nombramientos se harán en el término de 15 días, á contar desde el de la publicación de este decreto en la *Gaceta de la Habana*; y si dentro de este plazo no se hicieran por quien corresponda, los hará el gobierno. La aceptación de los nombrados deberá tener lugar en los ocho días siguientes á su nombramiento, entendiéndose que renuncian los interesados que dentro de los ocho días no comunicen su aceptación al gobernador superior civil. Cuando esto sucediere, se procederá por quien corresponda á hacer nuevo nombramiento; y si no se hiciera ó los nombrados no aceptaren dentro de los plazos antes fijados, el gobierno los hará, recayendo precisamente los nombramientos en indivi-

duos de las clases que deben estar representadas en la junta.

Art. 13.º La Junta, una vez hecha la primera emisión de la Deuda del Tesoro de Cuba é ingresados en su poder los productos de la misma, procederá:

1.º A saldar la cuenta del Tesoro con el Banco en la forma prevenida en el art. 6.º

2.º A recoger los billetes del Banco emitidos por cuenta del Tesoro en la proporción y forma que prescriben el número 2.º y 3.º del art. 9.º

3.º A ingresar el resto en las Cajas del Tesoro.

Art. 14.º La Junta procederá además, en cuanto se halle instalada, á encargarse de la intervención y recaudación de los recursos y arbitrios afectos á la amortización de la Deuda y de los billetes, así como á la administración de los bienes embargados. A este efecto el gobernador superior civil dispondrá que por las autoridades y oficinas correspondientes se haga entrega á la Junta de los documentos, libros y demás que fuera necesario. El gobernador superior civil adoptará todas las disposiciones necesarias para la más fácil y eficaz intervención de la Junta en la recaudación del subsidio de guerra y de los recursos afectos á la Deuda y á la amortización de billetes.

Art. 15.º La administración de los bienes embargados se llevará por la Junta con arreglo á las bases siguientes:

1.º Formación de inventarios parciales de las fincas en el plazo improrrogable de seis meses, á contar desde la instalación de la Junta.

2.º Arriendo de las fincas hecho en subasta pública, que se anunciará con tres meses de antelación en la *Gaceta de la Habana*, por un término medio que no podrá pasar de seis años y al tipo correspondiente según el avalúo que se haga en el inventario.

3.º Apreciación pericial para la fijación del tipo del arriendo cuando haya proposición respecto á fincas cuyo inventario no esté concluido.

Art. 16.º Los individuos de la Junta se renovarán por mitad todos los años. Para la primera renovación se sortearán los individuos de cada clase, siendo renovable la minoría en las que están representadas por número impar. Los individuos que constituyen esta Junta no podrán ser reelegidos sin que haya transcurrido un período en que hayan dejado de formar parte de ella.

Art. 17.º Los empleados serán nombrados por el gobierno á propuesta de la Junta, y deberán ser funcionarios de la administración con tres años de servicio en la Península.

Los subalternos serán nombrados por la Junta, sujetándose á la plantilla que apruebe el gobierno.

Art. 18.º Los gastos del personal y material de la Junta, así como los de emisión de la Deuda, se abonarán con cargo al capítulo *Deuda del Tesoro de Cuba*, que se incluirá en el presupuesto de la isla.

Art. 19.º La Junta formará el reglamento para su régimen y las instrucciones necesarias para la ejecución de los servicios que se ponen á su cargo, y los elevará á la aprobación del gobierno por conducto del gobernador superior civil. El reglamento y las instrucciones que forme la Junta registrarán desde luego con carácter de interino hasta que sean aprobados ó reformados por el gobierno.

Art. 20.º El gobernador superior civil podrá suspender todo acuerdo de la Junta, dando cuenta inmediata al ministerio de Ultramar, por el cual se acordará lo que proceda sobre la suspensión.

Art. 21.º El ministro de Ultramar dictará todas las disposiciones necesarias para la cumplida ejecución de este decreto.»

A pesar de la oscuridad que envuelve todo lo que se refiere al proceso de M. Bazaine, un periódico francés cree saber que los oficiales instructores llevan á cabo su tarea con la mayor actividad.

El punto capital del proceso se reduce á saber si era verdad que el acusado había sido informado á tiempo de la marcha del mariscal Mac-Mahon hacia el Norte. Hoy se ha adquirido la prueba manifiesta de que en el momento que se verificó la conferencia entre los jefes de cuerpos del ejército del Rhin, es decir, el 16 de Agosto, el mariscal Bazaine tenía en sus manos el despacho de Mac-Mahon, cuya existencia fingía ignorar.

Mas de siete correos fueron enviados por Mac-Mahon á Bazaine. Tres lograron atravesar las líneas prusianas y llegar hasta el general del ejército de Metz. Uno de estos ha informado de todo al general Seré de Riviere, encargado de la sumaria. El individuo en cuestión será llamado á la barra del consejo de guerra cuando tengan lugar los debates públicos.

Otro punto importante, que ya consta en el proceso, es el relativo á las inteligencias que ha mantenido el mariscal Bazaine con el enemigo. Se ha encontrado un testigo que ha servido de intérprete al mariscal en sus entrevistas con el príncipe Federico Carlos. Algunas personas importantes de Metz habían indicado al general que instruye la sumaria la existencia de dicho intérprete,

LAS MUJERES ESPAÑOLAS.

(Conclusion.)

Mas ya que de callar trato, ¿hay tam-poco paciencia para oír pretender de continuo que es más frecuente la virtud del sigilo en los hombres que en las mujeres, ni españolas ni extranjeras? Por lo que hace á España singularmente, no sé lo que en esto de verdad habria allá por los tiempos en que los libros de geografia, propios y extraños, nos declaraban, como por juro de heredad, á todos los españoles, serios ó graves, católicos y sóbrios, mientras que, por notarnos de desdidosos, fingian rico y fértil todo el holgado espacio de tierra que habitamos; pero lo que es hoy por hoy, atrevome á afirmar sin miedo que, si queda acá secreto seguro, será porque le guarda alguna mujer. No hay ya, no, mal que nos pese, sino seres femeninos que merezcan (aunque sea algo relativamente, en verdad) tan honrados adjetivos como son esos de grave, sóbrio y católico, entre los picos de los Pirineos y los bajos y escollos del Estrecho de Gibraltar. Ni á los propios portugueses, con ser de suyo formalísimos, me determino á eximirlos de una regla, que tendrá á lo más sus excepciones cual todas. Y no sé si acontecerá otro tanto con los demás países; mas lo sospecho á tal punto, que se me figura haberlo dado ya por cierto.

Verdad es que muchas de estas ventajas sobre los hombres no las posee cualquiera mujer, ni en cualquier tiempo y ocasion, sino precisa, y aun podria decir exclusivamente, la mujer que está enamorada. No es, por ejemplo, un secreto de quien quiera el que se ha de pretender que una mujer guarde inflexible, sino aquel especial secreto de que pende el bien ó el mal de su amante. Y todo esto, en suma, nace de que esa singular enfermedad, llamada amor, que el hombre pasa, como suele decirse, levantado, á la manera de las simples constipaciones, casi siempre origina en la mujer una completa trasformacion.

Hasta tal punto cuanto digo es cierto, que en una propia mujer suelen residir á un tiempo las más opuestas y contradictorias cualidades, despertándose y ejercitándose alternativamente, las unas á la vista del hombre desdeñado, las otras á la vista del hombre preferido. Para aquel á quien de veras se ama, dicen que la mujer es más que un ser humano descendiente de pecadores, cual fueron al fin y al cabo Eva y Adán; y que es tanto por lo ménos como la mejor de las diosas paganas; y que es un puro, sublime y perfecto espíritu semejante al que juguetea y discreta en los diálogos platónicos; y que puede ser hasta un ángel cristiano; por manera que no se peca contra la propiedad del lenguaje lo más mínimo cuando de ángel trata cada uno á la que más quiere en prosa y verso.

Sabido es, por supuesto, y recuérdolo á mi pesar, que desde el principio del mundo hay tambien sus ángeles caídos. Mas de otra parte, y para el infeliz que sin ser amado ama, he oído asimismo decir que facilísimamente puede llegar á ser la mujer una Euménida, y que muy de ordinario se muestra igualmente soberbia que cualquier leon, no ménos artera que acostumbra ser los tigres, y tan implacable cuanto la hiena nocturna, que ni siquiera respeta las fosas de los muertos. Parece imposible que tan distantes límites alcance la extension del alma humana, y que quepan en sus ámbitos, físicamente estrechísimos, tan remotas cosas, no siendo para mí esta de las menores pruebas de su naturaleza infinita.

Aquel rostro mismo, de cuyos labios tantos suspiros y dulzuras y ruegos suelen salir, de cuyos ojos suelen manar tantas lágrimas, ó de ternura, ó de reconvenccion, ó de dolor, para retener á un amante algo ingrato, posee tambien á la cuenta torrentes de maligna risa, de burla, de desden, de sarcasmo; y dicen que es cosa de verlo, para ver cosa buena, delante del mortal desventurado que quizá por sobrada emocion no acierta al blanco. Aquella propia lengua discreta y muda, que acaso se dejara cortar primero que vender el secreto de su amante, ¡cuán gustosa y de balde suele otras veces revelar y entregar, con más ó ménos áticas formas, al público los misterios de un amor desgraciado, que la mala correspondencia y no más hace ridículo!

Cosa es esta última, que, por haberla presenciado alguna vez, casi todos sabemos, sin que nos la cuente nadie. Y ¡cómo negar, tras lo expuesto, que sean dos maneras de ser de todo punto distintas, la que la mujer tiene á quien el amor ilumina y guía, y la que tiene la mujer cuando apacienta con desdenes su espíritu?

Pues hay más todavía. Lo que á cualquier alma cristiana de todo punto debe ya horrorizarle, aunque sea alma femenil, si como Dios manda encierra amor al prójimo, es el ver cogido á un hombre en las hermosísimas garras de alguna mujer enamorada y mal correspondida de otro, y que tenga que vengar, por consiguiente, inmediatos desaires ó desengaños. En este caso si que pagan los justos por los pecadores, ó más bien, justos y pecadores á un tiempo, cuanto deben á la divina justicia. Y ¡quién dijera que la mujer orgullosa que se complace entonces, segun parece, en desgarrar, ya á lo largo, ya á lo ancho, el amor propio, y en mortificar los sentidos, y en burlar las esperanzas fáciles de cualquier hombre enamorado sinceramente, es aquella misma que al lado quizá de un amante hastiado, prodigaria poco antes todos sus encantos, las frases tiernísimas, los suspiros, las lágrimas; aquella humildísima poco antes, aquella poco antes tan desdichada tambien! ¡Oh, y cuán distinta será en uno que en otro caso la expresion de los hermosísimos ojos! ¡Cuán diversa apariencia la de los breves lábios! ¡Qué espectáculos deben de ser estos dos, tan diferentes y aun tan contrarios! Pero tiempo es ya de correr sobre ello un velo, aunque no sea más que para ahorrar tormento á los corazones sensibles.

No ha de ser, con todo, sin que diga una vez más, y será la tercera si mi memoria no miente, que el amor por completo altera la naturaleza y el ser de las mujeres.

De todas suertes, lo que es á mí, galantería aparte, y por más que, sabiendo lo que sé, aunque lo sea de oídas, se escandalicen muchos, todavía me sueñan á mejores que nosotros las mujeres, y las estimo más: lo primero, por el justo agradecimiento de que nos amen casi siempre más que nosotros á ellas; y lo segundo, porque, bien que este amor á su mitad masculina sea el primordial de los asuntos que traten en vida, intervienen además en otros, donde su ingénita hermosura de sentimientos se ostenta y resplandece, no diré sin lunares (que los lunares no son siempre cosa fea, ni mucho ménos), sino sin mancha alguna. Así como así, en el amor propiamente dicho, no deja de ser peligrosa una bondad excesiva, singularmente para las mujeres, las cuales ponen todo cuanto tienen á este juego del amor, hasta el punto de depender de lo que al azar en él ganan ó pierden, su dicha ó desdicha perpétua. Para formar recto juicio, hay que estudiar á las mujeres, no solo en el género del amor á que inclina el sexo, sino en todos los demás que cultivan.

Y sabido es que ellas aman siempre, si no con uno, con otro motivo, y de esta ó aquella suerte; de modo que para mí, supieron muy bien lo que se hacian los gramáticos, que atribuyeron género masculino, y no femenino, á la persona del diablo, sin haberle visto nunca probablemente. Porque, al decir de una santa insigne, el diablo no puede amar, y lo que es las hembras, ó cuando ménos las que los hombres tratamos, que son las mujeres, todas sin excepcion aman, y no sabrian dejar de amar aunque les costase tan grandes caídas como la del diablo mismo.

En vano condenamos á la mujer, á las veces, á vivir en las soledades de su propio espíritu; que ella sabe allí tambien regocijarse, amando á Dios con un amor que ni siquiera acertaríamos nosotros á comprender, á no andar por ahí las cartas místicas de Santa Teresa y de sor María de Agreda. Si, por el contrario, dejamos á la mujer entregada á la vida mundana, poco queda que decir, pues quizá ya he dicho harto de lo que pasa. Si la encerramos, por fin, en el hogar, muy pronto encuentra allí tambien copiosa y vária materia de amor legítimo. Y ¡no es verdad, pregunto yo ahora á todos los hombres imparciales (si fuera de mí los hay), que dentro de la familia es más tierno el amor de las hijas que no el de los hijos, y que es todavía más

dulce y hondo el amor de la madre que el del padre, aunque este sea tambien grandísimo?

No necesito pintar, puesto que otros muchísimos ya lo han hecho y con sumo éxito, lo que es la madre al pié de la cuna, lo que es al lado del lecho del dolor, lo que es sobre la tumba y junto á la cruz que ampara los mortales restos del hijo amado. No hace falta, por igual razon, que describa lo que suele ser la hija candorosa y buena con el viejo padre ó la madre enferma. ¡Quién no ha tenido la fortuna de ver cruzar por la calle alguna vez á la blanca y rubia niña que guía los tardos pasos del padre ciego? ¡Quién no ha observado el consumado y piadoso arte con que toda mujer hace al marido cariñoso hijo de su propia madre, quitándole poquito á poco de encima el desopinado título de suegra? Y si el marido, por raro acaso, persiste en tratar á la madre de su mujer como á verdadera suegra, poniéndose con ella en total discordia, la mujer, que en todo lo demás tan fácilmente es su cómplice, ¿le sigue ó secunda por ventura en semejante empresa? Raro debe de ser el caso, si existe. Lo que con frecuencia se halla en el mundo es la hija buena, que tiene que serlo ocultamente y en silencio, para no dejar de parecer á la par esposa sumisa. De aquí procede que jamás riña un matrimonio de verdad y por entero con otra suegra que la que viene de parte del marido.

Todavía hay algo, además, que preferir suele la honrada y púdica doncella á los sueños encantados de su juvenil fantasía, y á sus flores, y á sus cintas, y á sus gasas, y á sus novios; que es el amor de la madre, y aun del padre que necesita ó desea sus tiernos cuidados. Todavía tiene la mujer casada, que es casi como decir con casa, otra tan propia y más que la suya, y es la de su madre. Raras veces el hombre recuerda, en el interin, á su familia durante los devaneos de los primeros años; raras veces intenta quitar de su propia madre el mal sabor ú olor de suegra; raras, rarísimas, desde que tiene casa propia, vuelve á la paternidad con aficion sus ojos. La medida, en fin, más segura del amor de la indulgencia, por más que no convenga que esto sepan niños ningunos, ni muchos grandes. Y ¡es tan indulgente el padre como la madre, por ventura? ¡Es tampoco tan indulgente el hijo cuando la hija lo es para sus padres, si estos, que no es imposible, necesitan tambien de indulgencia?

¡Ah! Contentémonos los varones con haber regido el mundo por tantos siglos, sin otras que cortisimas excepciones de reinas, y con frecuencia desdichadas por cierto; contentémonos con que hoy pase por universal el sufragio, que nosotros exclusivamente, ni más ni ménos que el antiguo, poseemos y ejercitamos; contentémonos con legislar todavía solos para ambos sexos, y monopolizar, ó poco ménos, las ciencias y las artes. Mientras podamos, que casi ya no podemos, acaso sea cordura conservar el privilegio de las ocupaciones intelectuales, las cuales quitarían á las mujeres el tiempo de que justamente disponen para preparar, al compás de una aguja maquinamente ejercitada, los útiles y sabrosísimos engaños con que tan sin sentir nos llevan por donde quieren, poniendo al propio tiempo en sus manos un poder descomunal y ocasionadísimo á la tiranía. Espanta verdaderamente el pensar que puedan reunir un día las mujeres á los recursos imponderables, y nunca del todo gastados, que ya poseen, los que nacen del saber y de los derechos individuales. Mas, en el entretanto, disputar tambien hoy la superioridad de sentimientos á la mujer, fuera de nuestra parte rigor excesivo.

Es esta femenina superioridad tan eficaz y fecunda, que se trasmite, cual delicado y suavísimo perfume, á todo hombre que sabe estimarla y emplearla en mejorarse á sí propio. Sustraído al influjo, no pasajero y ciego, sino permanente y racional, de la mujer, jamás llega un hombre á ser verdaderamente ilustrado y culto. Quizá se formarían mejor por otro sistema muy recios y tremebundos bárbaros, mas nunca atenienses; y bueno es advertir que cabe ser barbarísimos, como los persas de Jerges eran, y caer vencidos con eso y todo por los amigos de las mujeres y de las artes, sus hermanas, ya en el campo de Maraton,

ya en las aguas de Salamina. No he de atreverme á decidir yo aquí ciertamente, cuando no se atrevió á tanto el inmortal autor de *El elogio de la locura*, la difícilísima cuestion de si es posible siquiera comer bien á la mesa donde por lo ménos una mujer no toma asiento. Pero, en realidad, Erasmo, aquel sapientísimo autor conocido con el pseudónimo de Erasmo, admirado y solicitado á un tiempo por el Papa Leon X y por Lutero, por Francisco I y por Carlos V, en su edad reputado monstruo de ciencia, y tenido en los siglos siguientes por uno de los mayores ejemplares de hombre que haya conocido el globo, debia de pensar para sí que ni á la mesa siquiera se puede estar sin mujeres, dado que ingenuamente confiesa que no hay, faltando ellas, banquete alegre. Con tal autoridad por delante, ¡licito ha de ser para mí el afirmar esta verdad sin rebozo. Y si ni á comer bien aciertan hombres solos, con ser vulgarísima funcion de la vida, ¿cómo ellos, en su solo cabo, han de ejercitar aquellas otra sublimes y excepcionales del entencimiento y la imaginacion? No cabe negarlo, no, aunque el masculino orgullo se quebrante. La pura verdad es, que nadie pinta, nadie cincela, nadie extrae sonidos inmortales de la música ó la métrica, sin que alguna mujer le inspire; ó si pinta, y cincela, y canta, de seguro desecha el tiempo sus informes é incompletas obras. Porque toda obra de hombre tiene por fuerza que serlo cuando él carece de musa; y aun por eso tantas son en rigor las musas como hombres hay que las merezcan, no nueve únicamente, cual mintió la fábula.

Adviértase en prueba de ello, que quien por su mal no la tiene en casa, la busca y la halla fuera, aunque sea con el solo fuero y título de amiga; que tambien cabe amistad con las mujeres, aunque lo duden muchos, y desinteresada y pura, sin dejar de ser tierna. Más ¿qué digo caber? Lo que para mí tengo yo en suma es que no hay otra verdadera amistad sino la de la mujer con el hombre; porque ni el hombre estrena *toilettes*, ni la mujer aspira á la diputacion á Cortes, ni á jurar en ministerios mixtos ú homogéneos; porque ni el hombre de ordinario aspira á encadenar cuantos ojos le miran, ni la mujer á ser el mayor astro de la poesia, de la pintura, de la política de su tiempo, como sin duda alguna pretende ser hoy en día todo el que poetiza, pinta ó polítiqua; porque, en fin, los intereses todos de la mujer y el hombre pueden perfectamente concertarse y vivir en paz. Suprimid los intereses con la imaginacion y dentro de esta imposible hipótesis vereis cuán fácil parece reconciliar y hacer amigos íntimos y constantes á todos los hombres. ¿Cómo no ha de poder, por lo tanto, existir buena amistad entre personas que no tienen unos intereses mismos, sino en contadísimos casos? De quien nunca, por ejemplo, será la mujer amiga, aunque por buena crianza lo faja, es del hombre que tenga intereses inconciliables con los del que ella ame; lo cual nace de causas bien obvias. Más en general, ¡cuán desinteresada, cuán generosa, cuán dulce, cuán permanente, cuán serena, y sin celajes ni tormentas, para nosotros es la amistad de las mujeres! Ella sí que ha de contarse por un beneficio del cielo, y no, segun Voltaire pretende, la de los grandes hombres; que en estos casos se ven cosas muy contrarias, y hálos siempre habido capaces de matar á cualquier amigo por fin y postre de un banquete, desde los de Alejandro Magno hasta nuestros días. No oso, con todo, desmentir enteramente al buen Lope en aquello otro que dijo tratando del hombre y la mujer:

Y desde amigos á amantes
Hay un paso de distancia.

Pero, á mi parecer, esto procede de que si los intereses de los hombres y las mujeres suelen vivir en paz, no así sus pasiones; antes bien se advierte en las de ellos y las de ellas como un cierto secreto y recíproco impulso, que las mueve producir entre sí *conflictos* (conforme ahora se dice en materia internacional), y aun á promover, segun á tal propósito escribí ya alguno.

«Dulces guerras de amor y dulces paces.»

Además, que si á la larga muchas buenas amistades paran en amor, casi de cierto puede afirmarse que la culpa es nuestra, porque la mujer siempre hace y comienza relaciones tales con intencio-

nes purísimas; y es gran perfidia nuestra, aunque frecuente, saltar un corazón que abre así confiado sus puertas, para entrarlo á saco codiciosamente. Nunca aplicaré yo á este caso, de todas suertes, aquel sabidísimo refrán de que «el mejor de los dados es no jugarlos.» Dados son estos que deben jugarse; porque si la amistad engendra á las veces amor, no es por lo común ninguna desgracia semejante suceso; y cuando tal no acaece, que también suele acaecer, dígame lo que se quiera en contrario, he afirmado ya yo, y aquí afirmo, que semejante amistad no es nada menos que un beneficio del cielo.

Noche, por fin, sin luna ni estrellas reina en todo entendimiento que la belleza de la mujer no alumbraba con sus divinos resplandores; noche, como cualquiera otra así, enemiga de todo lo noble y lo bello, y encubridora de todo lo malo y lo feo. Por el contrario, cuando los sentimientos de una mujer, madre, hermana, esposa, amiga, amante, quien quiera en suma que ella sea, iluminan, purifican, perfuman el alma de un hombre, sobre todo si es alma grande, Dios realiza allí al punto las mayores maravillas de su poder. ¿No enseña esto de sobra la historia? Amó el Cid á Jimena como esposa; amó Garcilaso á Flérida y á Elisa como soltero y galán que, si no esposa, busca amante; amó con castísimo y puro afecto, mas parecido á dulce amistad platónica que no á perfecto amor, el insigne Fernando de Herrera, y amó por cierto á «una muy principal señora de estos reinos» (según escribió su contemporáneo y competidor Rioja), dándole entre varios nombres los de Luz, Lucero y Sirena; amó acaso de sobra el gran Lope, por lo que se va averiguando ahora; y han amado igualmente y por diversos modos los más encopetados de los vecinos de la tierra, desde Salomón hasta César, y desde César hasta el Dante, sin que se advierta en esto la diferencia menor entre los días del Dante y nuestros días.

Trabajo cuesta decirlo, y es manifiesta verdad, no obstante, que lo que algún tanto amengua á los ojos de todos este evidente mérito de las mujeres, es el mirarlas de ordinario reducidas al estado de matrimonio. Murmúrase no poco, á la verdad, de las solteras, y de las solteronas no se diga; mas con razón tan corta, que apenas necesitan de mi oficiosa defensa esos tales estados de las mujeres. Porque si una mujer no ha encontrado nadie de su gusto que simultáneamente guste de ella, ¿qué ha de hacer sino, quíralo ó no, resignarse con su soltería, ó más bien *solterona*? No es esto en ellas, no vivir, cual dijo de los varones Jovellanos,

En oficina é infame soltería.

Vivir es tal y como ha querido Dios, y de creer es que, por lo general, como Dios manda; que si por ventura el ser soltera fuera pecado, preciso es también reconocer que en este va mucho más manifiesta que en otros la penitencia. Mas si por evitar el tal pecado y excusar las burlas indiscretas de los que sin conciencia se atreven á zaherir el estado honesto, siendo el de la perfección, cual nadie ignora, corren algo presurosas, ó desaladas, y á cierra ojos, no pocas niñas solteras en demanda del alcalde y del cura de su parroquia, ¿qué tiene esto tampoco ni de particular ni de reprehensible? Y aunque fuera verdad, que no puedo creerlo, que sin pizca de amor se acercase también alguna que otra de tales doncellas al ara misteriosa del himeneo, únicamente atraída por el hermoso resplandor que dan á las cabezas femeniles las piedras preciosas, la justa admiración que la delicadísima labor de los buenos encajes reclama, y las distintas y múltiples satisfacciones, en fin, que á la belleza y al orgullo ofrece un casamiento de conveniencia, ¿quién ha de tener la culpa de ello sino los perversísimos hombres que tan altamente desprecian. de algún tiempo acá, la honrada poesía bucólica, desdeñando á cualquiera dama que se contenta con ser

Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno?

¿Quién sino los hombres mal aconsejados, que dan hoy la palma á cualquier *Traviatta* de salón sobre toda Flérida, Galatea ó Amarillis de los campos y de las marinas españolas, aunque sea digna de las églogas de Garcilaso, de las celebradísimas quintillas de Gil Polo, ó

de las melancólicas barquillas de Lope?

No es, pues, en estas cosas en las que suelen fijarse los críticos mal intencionados y sagaces para censurar á las mujeres, sino, cual antes dije, en las que tocan al estado de matrimonio. Y por supuesto que tampoco hay que imputarle exclusivamente á este estado la producción del tipo fatídico de la suegra, que no es más en suma que la madre agena, y una especie de madrastra de la mayor edad: tipo que ha dado que hacer, sobradamente por cierto, á la antigua musa satírica para que, aunque fuese debido, que quizá no lo fuese, parezca ya generoso el sacarle á plaza de nuevo. En lo único en que quiero aquí convenir, es en que al lado de las novias, ó de las recién casadas, justísimamente hace toda mujer antigua, suegra ó no, un papel poco airoso. Mas, dejándome de una vez de digresiones, voy ya á demostrar brevemente que lo que tiene en realidad contra sí el dicho estado de matrimonio, es que él resume y encierra cuanto de trabajos y fatal hay en la vida humana, y por consecuencia de prosaico.

Porque si el hombre y la mujer nunca pasaran de ser inocentes niñas ó niños, de esos que, vestidos de mil colores y sin malicia ni cuidados, bailan y cantan á coro en los paseos y plazas públicas; si siquiera se conservaran perpetuamente el candor, la frescura, la irresponsabilidad y la ausencia de obligaciones y afanes, de que ambos sexos gozan durante la adolescencia y hasta que llega la natural edad del matrimonio, sobre ser este estado inútil, dado que tales hipótesis suponen la absoluta inmovilidad de la vida, no cabe duda que, hasta en los mejores ejemplares, merecía ser el matrimonio odiado, proscrito y tenido por institución dañosa. Mas la mujer y el hombre tienen que pasar en esta vida por caminos harto más ásperos que la niñez, la adolescencia y la juventud misma; tienen que proseguir la obra de Dios (que se limitó á formar, directamente y por sobrehumanos procedimientos, un hombre solo y una sola mujer); tienen que tomar sobre sí, cuando la vez les llega, las pesadas obligaciones que en sus infantiles y más floridos años corrian á cargo de abuelos y padres; tienen que asociarse y habitar una casa común, no ya solo para satisfacer los voluntarios deseos del corazón, sino para cumplir inexcusables deberes: todo lo cual se realiza durante el matrimonio, y por medio del matrimonio mismo. ¿Cómo extrañar, pues, que se eche tantas veces la culpa á este estado de lo que, cuando más, será la culpa de la guía de Eva y Adán, ó bien de la natural imperfección con que el hombre vive esta vida finita y transitoria?

Lo que hay que ver para juzgar sin injusticia al matrimonio en general y á la mujer durante el matrimonio, es si dentro de ciertas edades, y dadas las circunstancias que irremediamente producen ellas, hay ó no estados mejores, y en que el hombre goce más padeciendo menos. Plantear de tal suerte la cuestión y resolverla, será todo uno para los hombres experimentados. Ni entre ellos faltará quien piense que, aparte de otras ventajas menudas y notorias, y sin ponerse en lo mejor, ni mucho menos, tiene el matrimonio una muy singular, y también muy cierta, y es que, bien contados cuantos disgustos originan las mujeres, las que de todas ellas menor cantidad producir suele, es la propia y legítima.

Tráeme ya esto como por la mano á tratar especialmente del amor conyugal, comenzando por advertir que muy poco realmente es aplicable á este de cuanto en general he dicho sobre los amores; y el quedar tan importante materia hasta aquí á un lado, ha sido porque antes de considerar bajo tal aspecto á la mujer casada, quería decir algo, según he dicho, de sus otros dos aspectos, de hija y madre.

No es el verdadero amor conyugal, como el amor del hombre y mujer suele en otros casos ser, pasión arrebatadora y ciega. Singularmente en la mujer, el amor conyugal no es ya un sentimiento sencillo ó simple, sino que se compone de muchos combinados. Es también amor á la parte ya pasada de la vida y á lo que de ella queda y ha de sobrevivir, que son los hijos comunes; es amor á un hombre que fué el más favorecido y dichoso de los amantes cierto día, que ha

sido luego el más íntimo y constante de los amigos, que es el probable compañero de la vejez, y también el colega probable de la tumba; es apego y afecto á la casa común de dos y á los bienes y honras igualmente comunes; es, por último, todo en el mundo para la mujer fiel, y mucho más de lo que por lo general se piensa para la mujer misma que yerra el camino derecho. Así es que en esto del amor conyugal hay fenómenos singularísimos, que en vano la razón negaría cuando los señala con el dedo la experiencia. Son, por ejemplo, escasos los consortes infieles que no amen más, á pesar de eso, y sobre todo estimen más al consorte burlado que al caro objeto de su ilegítimo amor.

Y si en medio de los peligros de un incendio pudiera hacerse tal prueba, veríase, no sin asombro, cuán poquísimas mujeres dejaban de acudir antes al marido que al amante, y qué raros maridos preferían salvar su querida á su mujer. Esto supuesto, fácilmente se explica ya que los extravíos conyugales no sean de todo punto incompatibles con el cumplimiento de algunos otros de los varios deberes que el estado de familia impone, sin exceptuar el de cuidar con cariñoso esmero y procurar que viva feliz el propio consorte á quien disimuladamente se falta. Más si tan ventajoso aparece hasta en los matrimonios irregulares, donde uno al menos de los cónyuges cae en pecado, ¿qué no será estado tal para la pareja afortunada que encuentra todo placer, y todo anhelo, y toda felicidad sin salir de sí misma? ¡Ah! La vida es harto complicada, y sobrado larga para que sea fácil acertar con el buen camino constantemente. Por eso mismo son más dignas de aplauso y hasta de admiración las criaturas que aciertan en lo más ó lo más importante de la jornada. Y pues todos hemos de convenir en que la mujer es más débil que el hombre, y que tiene que luchar con mayores enemigos, por ser en apariencia menos fieros y peligrosos, fuerza será reconocer también que cuando nunca yerra, alcanza sobre nosotros una superioridad moral inconmensurable.

Así es la verdad sin duda alguna; que ninguno de nuestros varoniles méritos llega, si bien se mira, al de la perfecta mujer. Cerrar los ojos y encomendarse á Dios y marchar á una brecha despreciando la muerte, cosa es que algunos meses de instrucción, de disciplina y de espíritu de cuerpo enseñan á un soldado cualquiera. Pero elegir de una vez amante y perpetuo compañero en la vida; encerrar así toda ella, y de improviso, en un cuadro donde luego no caben correcciones ni arrepentimientos; endurecerse para un solo efecto el corazón, y hacerlo inflexible; vedar el vuelo á la propia fantasía por los azules, rojos, infinitos y espléndidos espacios imaginarios, contentándola con una realidad imperfecta, como toda realidad terrenal; prendarse exclusivamente de las austeras facciones y los atractivos apreciabilísimos, pero áridos, del deber, y olvidar además agravios casi siempre recibidos, y sacrificar entusiasmos alguna que otra vez fundados, y resignarse á la soledad del hogar común (mientras los hombres satisfacen fuera cien pasiones de otra índole, ó se entregan por su parte al frío descanso que la posesión y el tiempo engendran); todo eso es difícil para las mujeres, muy difícil.

Ni hay que echar en saco roto que el diablo sabe decir al oído de ellas suavísimas y discretísimas cosas, como puede ver quien posea en su librería el *Paraiso Perdido*, de Milton aunque sea en la calumniosa traducción del canónigo Escalquiviz. Primero requiebra el maligno, despues compadece; ya tiene la vanidad de lo presente, ya despierta las ilusiones de lo porvenir; y verdaderamente se pone casi irresistible, si hemos de creer á Milton, que no parece sino que oyó la primera y más perjudicial de las conversaciones de esta especie. De aquí proviene que los premios de este mundo parezcan cortos y desproporcionados á virtud tamaño, y lo son efectivamente; por lo cual se los piden á Dios de continuo las que los ganan, ó piensan y quieren ganarlos. ¡Dichosa mil y mil veces, en suma, la matrona fuerte y casta que atraviesa al fin incólume la vida! ¡dichosa la familia que la posee! ¡dichosa sobre todo el alma de esposo cuyas puer-

tas no golpea jamás la duda importuna. Este último, principalmente, debe levantar agradecidísimo á Dios sus ojos, porque de él, á la verdad, recibe con de los más difíciles de obtener, y el mayor y el más duradero de los bienes terrenales.

Cuanto queda expuesto pertenece con evidencia á aquel orden de cualidades ó condiciones que al principio dije ser propias de todas las mujeres, cualesquiera que sean su origen y patria. Ahora debería ya yo tratar de las mujeres de España, principal y hasta único asunto de este libro; mas faltame competencia y espacio de una parte, y temo de otra burlar la justa impaciencia de los escritores doctísimos que están encargados de describirlas. No sé si del todo me pesa, porque yo debo de tener mis inadvertidas parcialidades como todos, y no querría ser ó parecer injusto en tan delicada materia, ni incurrir por nada del mundo en el enojo de mujer ninguna que sepa decir ciertas palabras que sé yo en cualquiera lengua, cuanto más en la mia propia. Aun con extranjeras debe costarle gran pena reñir á cualquier hombre honrado; y eso que suelen ser de aquellas de *te vi y no me acuerdo*; y por lo que hace á las de nuestras provincias peninsulares y ultramarinas, no hay que ponderarlo, que se pondera ello mismo.

De mí sé decir que hasta en el fogoso patriotismo que mi corazón siente arder, cuando oigo hablar del impío propósito de separar de España las remotas provincias que la restan en el Atlántico, entra por algo, y por mucho, el miedo de no llenar en adelante con el nombre halagüeño de compatriotas á las dulces y lánguidas paisanas de los cocoteros y de los bambuses. Pero ¿qué mucho, si cuando en mis viajes he hallado á orillas del Tiber ó del Rin las ojinegras bellezas de Chile, del Perú ó del Rio de la Plata, nunca he acertado á comprender ni disculpar que dejaran ir de sus manos nuestros padres los terrenos bienhadados que las crían? Ciertamente que por acá en la Península las hay también hermosísimas, encantadoras y buenas y santas, así de las orillas del Miño como de las del Llobregat, y así de las faldas del Pirineo como de las de la sierra Carpetana. Viviendo todas bajo un propio cielo, natural es que el sol casi por igual reparta entre ellas su ardor y sus colores. No hace falta, pues, que en especial hable de ningunas, y mucho menos de aquellas que, sin decirlo, prefiero yo acá para mis adentros entre todas las mujeres.

Hijas de las mismas espumas que el mar estrella en los azules promontorios de Italia y Grecia, son por cierto las Venus mortales en quienes al tiempo de escribir estoy pensando, no sin algún riesgo de dejar traslucir indebidamente los secretos de mi gusto particular. Recuerdo, ahora, no obstante, y no acierto á callarlo, que los pies de estas Venus que digo, suelen ser mucho más menudos que los de la Venus griega, y más acentuados también los hoyuellos alegres de sus mejillas, y más ardientes sus ojos, aunque, á decir verdad como hombre de bien, cuantas imágenes he visto yo hasta aquí de la antigua diosa de la hermosura tienen los ojos en blanco. ¿Ni quién ignora que el tiempo ha borrado impiamente los ojos y el color de las estatuas pintadas? De parecerse en tanto á alguno de los particulares simulacros de Venus las españolas cuyos nombres tengo ya en la punta de la pluma, no es sino al de la de Médicis; y no me pesa, dicho sea con el supremo respeto que la de Milo merece; que al fin y al cabo, de lo que aquí trato es de amor, no de alta y profunda y sábia crítica.

Pero basta de señas, no sea que por ellas se conozca al fin y al cabo el tipo de mujer hermosa que me ha dado más que hacer en este mundo hasta ahora. Mi propósito era, y es aun, como autor de un prólogo, no enaltecer á la mujer de ninguna de las provincias de España á costa de las otras, puesto que todas por igual me parecen dignas de inagotable admiración y fiel amor. Si algo se advierte mi preferencia, con todo, téngase para perdonármelo en cuenta que esas mujeres cuyo vivo recuerdo me impide ser aquí más reservado, suelen vagar, como la Diana de Gil Polo y la Mirta del buen maestro Gonzalez, por las costas españolas de Levante y Mediodía, donde vuelcan perezosamente sus aguas el

Guadalquivir, y el Segura, y el Guadalhorce, y el Guadalquivir; y que en ese mismo abierto ángulo ó rincón de Europa quedese la creacion tal vez ennoblecen los mirtos y las espléndidas adelfas, y tantos siglos hace adornan los naranjos asiáticos y las africanas palmeras, nació mi buena madre, nació la infortunada y dulce mujer con quien quise en vano compartir mi vida entera, y nacieron tambien las niñas celestiales que allá en el albor de los años me dieron á sospechar por primera vez todo lo que vale el sexo de Eva.

Y aquí pongo ya punto, no sin temor á la crítica, pues de seguro habrá quien tache este prólogo de injustísimo para los hombres y de parcial para las mujeres; mas ¿por ventura no está dedicado á ellas el presente libro? ¿Qué hombre bien criado ofrece rosas sin quitar antes todas ó las más de las espinas?

Si, cual otros piensan, hay más mujeres que parecen constantes de las que real y positivamente lo son, y más de las que se fingen que de las que se sienten realmente infelices por causa de nuestras veleidades; y las hay tambien habladoras, curiosas más que amantes, ambiciosas, avaras, callejeras, ni más ni menos que en nuestro feo sexo, váyase en todo caso por los innumerables prólogos y dedicatorias, y números enteros, solamente consagrados á alabar hombres, con poca razon, ó sin razon alguna. A nadie, por otro lado, debe pesarle de andar algo engañado en este punto; porque (si es que se da caso tal, aunque yo no lo crea) no ha de haber seguramente tan desconsolado y cruelísimo desengaño en esta vida, como el de llegar á entender, tarde ó temprano, que no era diamante duro, trasparente y raro, sino deleznable, oscuro y comun vaso de barro la mujer que llenó un día toda el alma: aquella que solo penetrara en lo más recóndito de nuestro pensamiento; aquella de quien ni siquiera escondiéramos nuestras flaquezas; aquella á quien llegáramos á venerar y hasta adorar, cual si fuese ejemplar único, ó verdadero arquetipo de su sexo, y la mayor semejanza humana del Divino Creador. Y si tanto mal producir puede el desengaño de una mujer sola, ¿qué será del hombre infeliz que deje de creer á un tiempo en todas las mujeres?

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

CONGRESO AGRÍCOLA EN VALENCIA.

Mayor animacion cobra cada dia esta útil Asamblea de nuestros cultivadores para tratar los puntos culminantes de la agricultura valenciana. Una feliz casualidad ha hecho que asistiera á esta reunion el sábio profesor de la Universidad de Madrid, Sr. Sainz, uno de los mejores químicos españoles, que se ha ocupado profundamente de la elaboracion de los vinos en España y en el extranjero, y el Congreso agrícola le invitó á que hablara, á lo cual accedió el Sr. Sainz con una galantería que le agradecemos. Ligeramente podremos extractar su útil discurso, en el que, sin prescindir de la ciencia que ha de guiar todos los pasos del viticultor, supo amoldar sus palabras á la índole del auditorio, que no todo él hubiera podido seguirle en las especulaciones de la ciencia abstracta.

Teniendo el orador que sujetarse á los límites que le imponía el tema que se estaba discutiendo, y que trata de los medios de mejorar los vinos, poniéndoles en condiciones de resistir el embarque, comenzó manifestando que este embarque podía hacerse en muy contrarias direcciones, y que segun fuera el destino de los caldos, debía ser su preparacion para resistir las influencias exteriores de la navegacion, que eran muy distintas en los países meridionales, donde se desarrolla fuertemente el calor, que en los países del Norte, de baja temperatura.

El Sr. Sainz prescindió del cultivo, pues no tenia tiempo para ocuparse de sus trabajos, y comenzó sus observaciones en el momento en que la uva llega á sazón, censurando la costumbre de comenzar la vendimia en un día fijo señalado de antemano, como suele hacerse en los más de los pueblos, tanto por viciosa costumbre, como por la falta de seguridad que ofrecen los campos. La uva no debe cojerse hasta que esté en buen estado de madurez, y por consiguiente, no debe vendimiarse toda una viña en un mismo día, sino tomar de ella los racimos sazo-

nados, guardando los que no lo están para más adelante.

Censuró tambien el empleo de cestos de mimbre, estereras, pieles, etc., para trasportar la uva al lagar, pues con estos elementos se revienta mucho fruto, perdiéndose zumo y quedando este expuesto al contacto del aire atmosférico, que le es muy perjudicial, como luego veremos. En lugar de aquellos cestos, recomendó el uso de portaderas de madera, adoptadas ya en los países donde se hacen con perfeccion los vinos. Llegada la uva al lagar, recomendó que se pisara inmediatamente, despojándola antes del escobajo ó raspa y de la pipa ó grano, que carga el vino de tanino, haciéndolo astringente con daño de su calidad. Si se trata de obtener un caldo muy coloreado, deberá dejarse en él el ollejo, que es la parte del grano que contiene en gran cantidad las materias colorantes, de modo que en este punto el viticultor puede graduar perfectamente el matiz de sus vinos.

El ollejo se prensa y sirve para hacer vinos flojos, añadiéndole algo de agua, ó para destilar los alcoholes que más tarde habrán de necesitarse.

Puesto el vino en las cubas ó tinajas, comienza la fermentacion tumultuosa. El Sr. Sainz explicó brevemente este fenómeno por la accion del fermento sobre el azúcar en presencia del oxígeno del aire, que es absorbido por aquella que se transforma en alcohol, cambiando la naturaleza del líquido, que de acuoso se convierte en alcohólico. En esta transformacion se desprende una gran masa de ácido carbónico que impulsa el ollejo, y suele formar en algunos casos lo que se llama el *sombrero*, lo cual debe evitarse, pues en contacto con el aire, da lugar á la formacion de una parte de ácido acético, que encierra un vicio cardinal en los vinos. Para evitar este contacto del *sombrero* con el aire, recomendó, como el Sr. Sanchez Almodóvar, el empleo de bastidores, pero compuestos de sustancias vegetales, como cañizos, redes, etc., no de telas metálicas, pues su contacto es perjudicial al mosto.

Para que tenga lugar la fermentacion, es preciso que reine una temperatura de 15 á 20 grados, pues los frios la impiden, y así citó el Sr. Sainz lo ocurrido hace pocos años en Arganda, donde á consecuencia de frios extraordinarios ocurridos en la época de la vendimia, no se desarrolló la fermentacion, resultando unos vinos dulces, por no haberse transformado el azúcar en alcohol en la proporcion debida, y siendo rechazados del mercado con gran pérdida para los cosecheros.

Personas inteligentes hicieron calentar las bodegas á la temperatura debida, y entonces se promovió la fermentacion, detenida por frios excesivos, pudiéndose encabezar los vinos y venderse en buenas condiciones, gracias á los adelantos de la ciencia, de la que algunos neciamente quieren prescindir.

Como algunos tapan sus pipas durante esta fermentacion tumultuosa, en la que es preciso dar salida á la gran masa de ácido carbónico que se forma, el orador explicó algunos sistemas para obtener este cierre completo por medio de tubos curvos, que unas veces contienen sencillas válvulas hidráulicas, y otras terminan en depósitos de agua, que dando salida al gas, no permite que le reemplace el aire atmosférico.

Iniciada la fermentacion, continúa esta, á no descender mucho la temperatura, en cuyo caso debe calentarse la bodega, cosa que rara vez sucederá en nuestro país, mas debe cuidarse de que esta fermentacion no pase sus límites, entrando en la fermentacion acética, que perderia por completo el vino.

Terminada la fermentacion tumultuosa, no queda inactivo el vino, sino que continúa su transformacion. Entonces se verifica el primer trasiego á las pipas, donde ha de operarse la fermentacion lenta, que conviene marche muy despacio, para lo cual debe impedirse el contacto del líquido con el aire, pues sabido es que la presencia del oxígeno es causa de grandes males.

El orador habló con este motivo del azufrado de las pipas para producir una atmósfera del ácido sulfuroso que separe el mosto de la atmósfera; explicó los diversos medios como puede procederse á esta operacion; de las sales que algunos emplean y que absorben el oxígeno, pero

dejando sustancias en disolucion cuya presencia conocen los catadores y que hacen desmerecer los vinos.

En esta fermentacion lenta, que es la que forma los buenos vinos, el azúcar que quedó en el mosto sigue transformándose en alcohol, y al mismo tiempo de la accion de este alcohol sobre las grasas se forman éteres que dan á los vinos el exquisito *bouquet* que los caracteriza y les hace muy apreciados. Estas combinaciones son muy lentas y no cesan durante larguísimo tiempo, constituyendo la verdadera crianza de los vinos, que con gran claridad explicó el señor Sainz.

No podemos nosotros sino seguirle ligeramente en su discurso. Continuando en él se ocupó de los trasiegos, recomendando que, cual debe hacerse desde el acto de vendimia, se evite el contacto con el aire, pues el fermento en contacto con el oxígeno obra siempre sobre el alcohol, dando origen á todas las enfermedades que padece el vino, y para evitarlas recomendó las prácticas perfeccionadas del trasiego por medio de bombas y otros aparatos que forman el arsenal de una buena bodega. Habló tambien de la clarificacion por medio de la albumina que proporcionan la leche y los huevos, señalando como preferible que los vinos reposen por sí mismos, pues las sustancias que hay que emplear en la clarificacion arrebatan al vino las sustancias colorantes y obran siempre de una manera violenta.

Para el embarque y para sostener y mejorar la mayoría de los vinos deben encabezarse, operacion que se ha de practicar precisamente durante los trasiegos, para que dé buenos resultados.

Para el encabezamiento recomendó el empleo del alcohol rectificado, en vez de los aguardientes generalmente conocidos, que contienen sustancias extrañas y perjudiciales. Este alcohol, añadido al vino, coagula el exceso de fermento que existe en el vino, y evita que oxidándose se acedifique. Al mismo tiempo desarrolla lo éteres que han de darle más delicado *bouquet*, y así se vé que los ingleses, conocedores de los buenos vinos de Jerez, que estiman en mucho, poseen grandes pipas, á las que hacen dar la vuelta al Cabo de Buena-Esperanza, consiguiendo en las cubas las fechas de los viajes, y antes de emprenderlos los encabezan cada vez de nuevo, con lo que aumenta considerablemente su aroma y toma un precio elevadísimo.

Tambien en el Rhin, los alemanes, que en crecido número emigran á la Australia, suelen llevar su capital en vinos, no escogidos, como los que se venden á ocho ó nueve duros botella, sino vinos comunes del Rhin, que encabezan antes de embarcarse y llegan muy mejorados á aquellos lejanos países. Esta accion la explicó el Sr. Sainz, por la pequeña fermentacion que aun en los vinos viejos se promueve por el movimiento del buque, fermentacion lenta, que, hallando una crecida dosis de alcohol, produce los éteres aromáticos de que hemos hablado.

Otro efecto producen estos viajes: las pipas, al hallarse bajo los grandes calores de la zona tórrida, sufren una activa evaporacion de sus elementos acuosos, y el vino se condensa, encontrándose en Lóndres vinos de Jerez tan densos, por la gran cantidad de azúcar que en ellos queda, que al derramarlos sobre una copa ahilan por su densidad, concentrándose en ellos un fuerte aroma.

Dijo al principio el Sr. Sainz que no era indiferente si los vinos habian de remitirse á los países meridionales ó septentrionales. Cuando marchan al Mediodía, se encabezan y ya se ha visto su efecto; cuando van hácia el Polo no es necesario tocarlos. La ausencia de calor favorece y mejora por sí mismos los vinos, hasta el punto de que en Alemania, donde es fácil conseguirlo, algunos viticultores rodean sus bodegas de una capa de hielo de un metro de espesor que mantiene el recinto á cero grados, con lo cual gana mucho el vino sometido constantemente á aquella baja temperatura.

Aquí, dijo el Sr. Sainz, debía terminar sus observaciones, pero instado por muchos de los concurrentes y viticultores valencianos para que hablase sobre las enfermedades del vino, hizo un pequeño resumen de algunas de ellas.

En primer término habló de la acedificacion, que es la enfermedad más general en nuestras bodegas. Explicó cómo

ante la presencia del oxígeno el alcohol se convierte en ácido acético, y que privado el glúten del contacto del oxígeno, no puede acedarse el vino. Es necesario, pues, para prevenir esta enfermedad aislar el vino de la atmósfera, lo que se consigue azufrando las pipas, es decir, interponiendo una masa de ácido sulfuroso, ó una capa de aceite, que en algunos puntos se emplea. Si el vino tiene bastante alcohol, el cual coagula el glúten, si está á una temperatura constante de 13 á 14 grados, y privado del contacto del aire, no hay temor á la acedificacion. Si la uva contenia mucha sustancia nitrogenada, convendrá añadirle algo de tanino.

Cuando ha comenzado á acedarse el vino, en muchos puntos emplean para curarle este vicio la creta, el mármol ó la arcilla, para que se combinen con el ácido acético; pero el Sr. Sainz combatió el empleo de estas sustancias, aconsejando el del carbonato de potasa de Toscana, pero en determinadas condiciones. Explicó que procediendo el ácido acético de la oxidacion del alcohol, cuanto más ágrío está el vino contiene menos alcohol; hasta llega al vinagre que nada contiene. Pues bien, el Sr. Sainz aconsejó que por medio de los aparatos conocidos se aprecien los grados de alcohol que perdió el vino, y que se le devuelvan encabezándolo y haciéndolo examinar por una persona científica en un laboratorio bien montado el ácido acético libre que contiene el vino, se sature con la cantidad necesaria del carbonato de potasa, sustancia que debe usarse con cuidado, pues decolora el vino, y solo la ciencia, acudiendo en auxilio de la industria, puede fijar la cantidad precisa que debe emplearse. Entonces se forma una pequeña dosis de acetato de potasa que no perjudica al vino, y en apoyo de este sistema citó el Sr. Sainz la curacion que habia conseguido en algunas pipas de Jerez que valian muchos miles de duros.

Más ligeramente trató algunas otras enfermedades. La *inercia* de los vinos impide su fermentacion y suele nacer de la ausencia de sustancias nitrogenadas en el zumo de la uva, y aconsejó que, para promover la fermentacion dando á la bodega un calor apropiado, se introduzca en las pipas fermento de cerveza bien levantado, para evitar el gusto amargo que tiene, y encerrado en pequeñas muñecas puestas á diferente altura de la capa del líquido. Apenas se inicia la fermentacion deben retirarse.

Del *ahilamiento* dijo que el exceso de fermento en el mosto le hace formar el *manilo*, sustancia azucarada que produce esta enfermedad. Los vinos atacados de ella deben clarificarse y encabezarse, y aun algunos aconsejan se le añada tanino por medio de las pipas de la uva.

Por fin, se ocupó del *enmohecimiento* que está producido por el desarrollo de vegetales microscópicos que nacen de la accion del aire sobre las sustancias nitrogenadas, y que se combate aislado el vino de la atmósfera, trasegado y encabezándolo.

El orador no quiso ocupar por más tiempo con esta larga materia la atencion del Congreso agrícola, que lo saludó al terminar su discurso con nutridos aplausos.

D. Eduardo Salinas ocupó el último turno, examinando económicamente la cuestion que se debatía, procurando presentar los medios más fáciles para acercar el capital y la inteligencia al pequeño cultivador que carece de estos dos agentes; habló de los rudimentos de asociacion que se conocen en algunos pueblos, utilizando un mismo lagar ó una misma bodega, pero en condiciones desfavorables, y excitó á los grandes cosecheros que reúnen capital para dirigir las manipulaciones á que, uníandose con los pequeños cultivadores, les presten su proteccion, les abriguen en sus bodegas, y juntos marchen al perfeccionamiento de la viticultura española.

Encargóse de resumir el debate sobre este tema, que ha sido largo é instructivo, el Sr. Sanchez Almodóvar, que lo hizo brevemente, levantándose la sesion.

MANIFIESTO.

Por fin, despues de un largo periodo de silencio, durante el cual los carlistas han traído y llevado á su placer el nom-

bre de D. Ramon Cabrera, ha publicado éste un manifiesto, bajo algunos conceptos importantísimos.

Ni el estado de la política palpitante, ni la marcha natural y lógica de las cosas han de sufrir lo más mínimo por que el más autorizado y genuino jefe del carlismo exponga y publique sus particulares opiniones; pero si el documento á que aludimos y que á continuación pueden ver nuestros lectores, no puede tener esta trascendencia y significación, en cambio la tiene, y mucha, en cuanto viene á revelar la profunda decadencia de la causa carlista y la negación sincera que en él se hace de las doctrinas y principios tradicionales con los cuales sería, según el mismo Cabrera dice, un completo anacronismo querer gobernar.

Los modernos principios del derecho y de la libertad, aunque con las obligadas restricciones que sus antecedentes y compromisos históricos le exigen, son al cabo reconocidos en el manifiesto, y ponen de relieve la fuerza poderosa del espíritu del siglo, á la cual no pueden resistir ni los partidos, ni los hombres, ni las instituciones, ni aun los intereses, á pesar de su ceguedad y de su refractario y apasionado egoísmo.

¡Qué de enseñanzas no ha debido depararle la experiencia á Cabrera, cuando, á pesar de su historia, de sus lazos de partido y de su solidaridad con la causa tradicionalista, se atreve, sin embargo, antes leal con su conciencia que con sus correligionarios de otros días, á decir lo que dice, y á dejar transparentar en lo que calla, lo mucho que su espíritu se ha modificado y lo mucho que su pensamiento ha sido influido por la acción incesante de las revoluciones modernas!

Fruto de muchos años de estudio y meditaciones dice que son las observaciones que en su documento hace, y lo creemos sin dificultad, no en balde se vive por espacio de largos años en el país clásico de la libertad política y de la práctica leal y sincera del régimen constitucional, contra el que con tanto ardor pleeara en sus días de fanatismo y de exaltación.

Hé aquí ahora el documento á que aludimos:

«Durante largo tiempo, dice este documento, el patriotismo ha sellado mis labios, impidiéndome expresar mis aspiraciones. Algunos meses han pasado ya desde que ciertas personas interpretaron desfavorablemente mis deseos y honradas intenciones, y en este período, sacrificándome á altas consideraciones, he guardado la más absoluta reserva sobre hechos mal interpretados, y á los que por mi parte no he dado publicidad alguna. Pero ha llegado el momento en que creo de mi deber decir algunas pocas palabras al gran partido monárquico tradicional, á ese gran partido á que he pertenecido toda mi vida, al que he permanecido siempre fiel, y que abriga la creencia de que constituye la mayoría del noble pueblo español.

Mi historia es bien conocida. Desde mi más tierna juventud he consagrado mi vida á la causa representada por el ilustre monarca D. Carlos V, que en gloria esté. Que cumplí con mi deber, lo prueban los inmerecidos honores y distinguidos favores que me concedió, á los que estaba bien lejos de aspirar, y las numerosas cicatrices que llenan mi cuerpo.

Algunos meses después de la consumación de la más negra y vil traición de que hacen mención los anales de nuestro país, y cuando el ejército que yo mandaba tuvo que hacer frente á fuerzas cinco veces superiores, me vi obligado á refugiarme en extranjero suelo, deponiendo las armas después de reñir todos los días sangrientas batallas.

Nada diré de la campaña de Cataluña en favor de Carlos VI, ni hablaré tampoco de los acontecimientos desastrosos de San Carlos de la Rápita. La historia es de ayer todavía, y dejo estos sucesos entregados á su final sentencia. Cuando la angustiada señora que reinó de hecho, fué arrojada de España por los mismos que la habían defendido, todos los amigos de la monarquía popular y legítima volvieron sus ojos á su digno representante el descendiente de cien reyes, de los Recaredos y Fernandos, el señor D. Carlos VII.

Este príncipe, dotado de cualidades para el mando de un orden poco común, como pueden decirlo los que le han conocido, entre ellos algunos que hoy ocupan el poder, estaba como rey destinado á hacer la felicidad del pueblo español.

Un hecho que reclama como un mérito, aunque con repugnancia, es el principal objeto de estas líneas. Mi conducta política durante los meses que tuve el honor de hallarme encargado de la dirección de los negocios del partido carlista, ha sido mal interpretada y juzgada muy superficialmente, no ciertamente por nuestro augusto rey, que posee clarísima inteligencia, sino por personas que habiendo pertenecido á un campo enemigo, no conocen lo noble y puro de mis sentimientos, ó por aquellos que animados de miserables pasiones han hecho todo

lo posible para crear disensiones entre S. M. y el súbdito que había, sin comprender que de esta manera y dividiéndonos nos ponían en la misma situación que los liberales, quienes durante tantos años se han destrozado por meras cuestiones de personas. Los sucesos actuales y otros que les seguirían, demostrarán bien quienes son los que están en el error.

Ahora que la terminación de la guerra en Europa puede producir el restablecimiento de las monarquías tradicionales, basadas sobre el derecho de la moral universal, es el momento en que el gran partido carlista debe convencerse de que el régimen pasado no puede volver, y que en nuestros días no se gobiernan los pueblos con esos principios, que si dieron gran gloria á las naciones en tiempos que ya fueron, á nuestra edad serían un completo anacronismo que nos separaría del resto de Europa. Rusia, Austria y Prusia son testigos de ello: estas poderosas naciones han admitido en su sistema de gobierno doctrinas en perfecta armonía con el sistema político que se practica en nuestra edad.

El partido carlista debe crear intereses en todas las clases sociales y dar á estos intereses una representación política en el gobierno del Estado. La nación debe tener una prensa sujeta á leyes estrictas, medio de discutir las grandes cuestiones administrativas y sociales, aunque con prohibición absoluta de penetrar en el sagrado recinto de la vida privada; periodismo como en Inglaterra y otras naciones, digno, racional y prudente; Cortes compuestas de personas de verdadera propiedad y responsabilidad para ilustrar al monarca en las árduas y difíciles cuestiones de Estado; una magistratura independiente del gobierno, con jueces inamovibles, sistema nunca practicado; una ley electoral que se aproxime en lo posible á la perfección, para que los elegidos sean la representación genuina de los electores; un sistema de Hacienda que, abriendo las fuentes de la riqueza pública, acrezca los rendimientos y disminuya las contribuciones; una bien entendida descentralización y un sistema administrativo que haga que Madrid no consuma la vida de las provincias, con empleados celosos y honrados, que no deban su nombramiento y ascensos al favoritismo, ó motivos aún peores, no pudiendo los ministros, al subir al poder, renovar como hoy por completo los funcionarios públicos ni desvirtuarlos, sino por medio de sentencia judicial; reducción de la deuda española y revisión de las clasificaciones de las clases pasivas para que solo reciban sus retiros aquellos que real y legítimamente han servido á la nación; medidas todas que deben ir unidas á una reforma en el ejército, para que el sargento, por el hecho de haber faltado á la disciplina, no sea promovido á capitán, y el capitán por el mérito de la insubordinación á coronel, sino que, por el contrario, haga que el soldado leal obtenga la recompensa de su conducta. El ejército debe saber que no sirve á ningún gobierno en particular, sino que es el protector de los intereses del país.

Tales son, en mi opinión, las principales bases de un gobierno bastante fuerte para poner término á las perturbaciones que durante medio siglo han emboscado á España, y corregir y modificar lo que la experiencia ha demostrado ser necesario.

De esta suerte el pueblo español podrá gozar los beneficios de la verdadera libertad, siendo protegidos por la sociedad los ciudadanos honrados é industrioses, castigados los criminales y extirpados los vicios que se han inculcado en nuestra juventud, resultado de los hábitos de vagancia y de placer, de frecuentes revueltas y motines y de la inmoralidad de gobiernos corrompidos y corruptores.

A los que nos objetan que la elevación de esta monarquía sería la señal de la dominación del clero, les contestaré que esta distinguida clase de la sociedad, que ha dado y está dando tantas pruebas de virtud y resignación ante injustas persecuciones, debe ejercer su sagrado ministerio en el templo, á la cabeza de los moribundos, practicar la caridad y no apartarse nunca de su santa misión de paz.

A mi juicio, todos estos principios, con un severo régimen de economía en todos los ramos del servicio público, contendrán las ambiciones, que han sido tan desastrosas en nuestro país, y darán al pueblo español la prosperidad que tan ardientemente desea. Lo que consigo es el fruto de muchos años de estudios y meditaciones, respecto al porvenir de nuestro desgraciado país, en favor del cual, el que firma esta carta ha derramado su sangre en cien combates.—Firmado, Ramon Cabrera.»

LAS BATUECAS.

CARTA DE M. ANTONIO DELATOUR Á JORGE SAND, TRADUCIDA POR LUIS COLOMA.

Leyendo un día la historia de vuestra vida, que no es seguramente la menos interesante de las novelas que habeis escrito, encontré este párrafo:

«Teniendo yo unos diez y seis ó diez y siete años, leí un libro de la condesa de Genlis publicado en tiempo de la Restauración, cuya lectura me impresionó vivamente entonces, y después influyó en toda mi vida; nada he vuelto á saber de este libro, que era una novela eminentemente socialista, titulada *Las Batuecas*.

«Las Batuecas son una pequeña tribu

que ha existido real é imaginariamente en un valle español, cercado de montañas inaccesibles; no sé por qué serie de acontecimientos se encerró esta tribu en aquel lugar, en que la naturaleza leofrecede todos los recursos imaginables, y en el que hace muchos siglos se perpetúa, sin tener contacto alguno con la civilización ordinaria.»

Conozco esta novela que Mad. de Genlis dedicó á mi viejo amigo el conde de Montesquieu, á quien la autora llamaba entonces su joven amigo; y está efectivamente sazónada con un grano de inocente socialismo, que os basta para hacer notar al lector, con una malicia no exenta de gracia, que recibisteis vuestras primeras lecciones de filosofía social de la antigua aya del rey Luis Felipe.

Casualmente leía en España este curioso fragmento de vuestras Memorias, y también por casualidad tropecé en aquellos días con la misma palabra Batuecas en una novela de Fernan Caballero titulada *Lágrimas*. No ignorais que Fernan Caballero es el primer novelista de la España contemporánea, y se le considera por eso como el Jorge Sand de su patria; pero esta comparación, que está en el ánimo de todos, no está en el de Fernan, que la rechaza creyéndose lisonjado, no sé si por su exagerada modestia ó por su acendrado españolismo, es decir, catolicismo.

En esta novela *Lágrimas*, que he citado, Fernan hace con mucha frecuencia alusión á las Batuecas. Interrumpe su narración para dirigir la palabra á un cándido lector que supone en el lejano y bienaventurado valle, que vos estais á dos dedos de mirar como una creación fantástica de Mad. de Genlis.

Cuando Fernan se sirve en su libro de una palabra moderna, se detiene para definirla á su buen lector de las Batuecas; si habla de alguna moda nueva, de alguna costumbre poco común, las explica con una ironía llena de finura y de gracia á su sencillo lector, que seguramente no las comprendería de buenas á primeras. Le dice, por ejemplo: «Lector de las Batuecas, mi buen amigo, por razón natural tú no sabes lo que es fashionable (que se pronuncia *fachenable*). Consuélate con saber que conocemos á más de cuatro pseudos que usan muchísimo esta intrusa voz y no lo saben tampoco; así es que la suelen aplicar á la manera que guiso un amigo de tierra adentro unas ostras que le mandaron de un puerto de mar, y fué con las conchas y en arroz, como las almejas. Te lo vamos á explicar, no sea que te suceda como á un amigo nuestro que estuvo tres días buscando en el Diccionario de la Academia la palabra *pot-pourri*, etc., etc.»

Creo firmemente que Fernan, que ha visto Francia, que gusta de sus escritores y se alimenta con sus obras, habrá leído, como vos y como yo, la novela de la condesa de Genlis; pero como todo el mundo no ha leído en España las obras de esta autora, y á cada instante oía en la conversacion la palabra Batuecas, en esa forma de proverbio, que tan familiar es hoy á los compatriotas de Sancho como lo era en la época en que Cervantes escribía, me preguntaba si habria en efecto Batuecas, y dónde estarían estas Batuecas. Cualquier Diccionario de geografía me hubiese dado la respuesta, pero no siempre se piensa primero en el mejor medio, y en la patria adoptiva de Cristóbal Colon, donde yo me encontraba, á cada instante hay ocasion de aplicar y explicar la célebre anécdota del huevo.

Justamente tenia en mi poder el Diccionario en trece ó catorce tomos de excelente Madoz, Diccionario que el gobierno repartió á todos los empleados, en desquite del atraso de sus sueldos. Admirable receta de que se podría sacar gran partido en nuestra patria, donde hay tantos economistas que escriben libros que nadie compra.

Pero en vez de recurrir á la letra B de este excelente Diccionario, apelé á otro diccionario vivo, y fué este Fernan. Fernan, cuya pluma es tan diligente como impresionable su corazón y perspicaz su talento, tuvo la bondad de contestarme:

«¿Con que me pregunta Vd. por las Batuecas?... Son mi ideal, mi esfinge; dicen que son un eden. Pero no sé cuántos años hace que pregunto si las han visto á todos los que viajan, miliares, peregrinos, arrieros, y ninguno me da

razón de ellas: yo creo que solo los pájaros podrian dárme la, y estos no quieren. Si yo fuese valiente, ya me hubiese ido en busca de las Batuecas por esos mundos de Dios, como Cristóbal Colon en busca de las Américas. Creo que el paréntesis en que se ocultan ha existido siempre, porque hay un proverbio que dice, hablando de una persona distraída é ignorante de lo que pasa en el mundo: «Parece que viene de las Batuecas.» Es, pues, cierto que este rincón existe, y como creo que las ideas revolucionarias y anti-religiosas no habrán llegado allí todavía, me iría de buena gana á pasar en él la primavera. Creo también que la ausencia de caminos y comunicaciones, y el alejamiento en que las Batuecas se encuentran de los grandes centros de la población, han sido causa de este bienhechor aislamiento. En cuanto al dicho de «venir de las Batuecas,» data de muy antiguo, y es tan familiar á las gentes instruidas como á las del pueblo.»

Esto me decía Fernan, y notad, señora, que tampoco á él se le ocurrió, ni por un momento, abrir el Diccionario de Madoz. Pero lo cierto es que Fernan no partió para las Batuecas, y la primavera en que me escribía esto la pasó, como las precedentes, en su torre del alcázar de Sevilla. Después de todo, ¿qué hubiera ido á buscar á aquel solitario valle? ¿Acaso argumento para una nueva novela?

Vosotros, los novelistas, encontráis siempre los argumentos á la puerta: estos infatigables navegantes del Océano del alma, estos atrevidos explotadores del mundo moral, son raras veces aficionados á correr los nuevos continentes, y apostaría cualquiera cosa á que vos, que tantas tierras desconocidas tenéis descubiertas en las profundidades del corazón humano, no habeis añadido jamás la más pequeña isla á los dominios del universo visible. Yo os contaré más adelante quién tuvo la audacia, ya que Fernan Caballero no lo hizo, de ir á plantar su bandera en el corazón de las Batuecas. Para tal empresa se necesitó nada menos que la nieta del conquistador del Perú.

Mientras tanto acabaré por donde debia haber empezado, diciéndoos algo de lo que acerca de las Batuecas averigüé en el Diccionario de Madoz.

Las Batuecas son un valle de la provincia de Salamanca, en el término de la Alberca, partido judicial de Sequeros. El término de la Alberca, que comprende unas 10 leguas cuadradas, es áspero é inculto, entrecortado por una multitud de gargantas en todas direcciones; y erizado de jaras, brezos, encinas y alcornoques.

A corta distancia del pueblo arrancan dos estrechos caminos que bajan al valle de las Batuecas, practicable el uno para los de á pié, pero harto peligroso para caballerías, que el menor tropiezo arrojaria en los abismos que de trecho en trecho se descubren. Por el otro camino se llega más lentamente, pero con más seguridad, y, á medida que se baja, vá abriéndose el horizonte, presentando admirables puntos de vista: á la mitad del camino hay una cruz, la de San José, desde donde abarca la vista al fondo del valle, fertilizado por un caudaloso arroyo que forman los afluentes de la montaña. A lo largo de este arroyo se estiende una magnífica calle de cedros y cipreses seculares, que conduce á un convento magnífico en otros tiempos, arruinado hoy, sin más habitantes que la familia de un guarda que vive del producto de sus colmenas. Todavía se descubren en este desierto los vestigios de unas 15 ermitas, que eran como los puestos avanzados del edificio principal: según cuentan, en estas era donde el obispo de Salamanca hacia en otros tiempos espíar sus debilidades á aquellos de sus sacerdotes que habían dado algun escándalo público. Pero el convento desmantelado y arruinadas las ermitas, han cesado ya de ser una penitenciaría eclesiástica.

Solo reasumo aquí las dos ó tres columnas del Diccionario de Madoz, y después de haberlas leído, ya no temí que se riesen á mi costa y me preguntasen si volvía de ellas cuando pedía á todo el mundo noticias de las Batuecas. Habla, pues, sin recelo, de esta materia delicada, y adquirí la certidumbre de que este proverbio era antiguo en España. Para probarme que se remontaba á tiem-

pos anteriores á Carlos III, me contaron la anécdota siguiente:

«Publicó este rey un edicto contra el duelo, y un oficial que se vió obligado á batirse se excusó con el edicto real, resultándole naturalmente los disgustos que en semejantes casos no pueden evitar todos los edictos del mundo. Fué á quejarse al rey, y éste, despues de alabar su respeto á las órdenes reales, añadió: «Ve con Dios, amigo; eres digno de servir en las Batuecas.»

El convento es fundacion de los duques de Alba, á cuyos dominios pertenece la Alberca. ¿Pero quién fué el primero que descubrió este valle, que vino á dar origen al dicho popular? Es probable que naciera de una comedia de Lope de Vega, impresa y representada en 1633 con el título de *Las Batuecas del duque de Alba*. Pero, á mi modo de ver, Lope de Vega, que tomaba de todas partes lo que escribía, no inventó el argumento de su comedia, aunque pudiera muy bien haberlo oído al mismo duque de Alba, cuyo tertuliano era, ó quizá leerlo en una obra titulada *De rebus Hispania*, impresa en Alcalá de Henares en 1633, en cuyo libro 7.º, capítulo V, página 368, se encuentra, con referencia á las Batuecas, la siguiente anécdota:

«Un hombre y una mujer de la servidumbre del duque de Alba se enamoraron mutuamente, y para evitar la cólera de su señor huyeron á las lejanas montañas de Salamanca, demasiado escarpadas para que ningun habitante de las comarcas vecinas hubiese penetrado en ellas jamás. Los fugitivos escalaron aquellas montañas, y cuando ya creían llegar por lo ménos al cielo, descubrieron á sus piés un profundo valle habitado por hombres sin religion alguna, casi desnudos, que hablaban una lengua desconocida, en que se notaban palabras pertenecientes á la de los godos.»

Esto, que cuenta Alonso Sanchez en el hermoso latin de la Universidad de Alcalá, es considerado como una ficcion poética por otro escritor, sacerdote también y natural de la misma Alberca, que en 1693 imprimió en Madrid una *Relacion verdadera y manifiesto apologetico de la antigüedad de las Batuecas y de su descubrimiento*. Pero si es fábula lo que Sanchez cuenta, no tiene más visos de verdad lo que el autor de este libro el bachiller D. Tomás Gonzalez de Manuel refiere:

«Cuenta un estudiante de Salamanca que encontrándose en el pueblo de la Alberca, hará unos veinte años, acababan de descubrirse las Batuecas, y como yo le pregunté si las habia visto él, me contestó que lo habia leído en un libro de un tal Cabrera, y otro estudiante que iba con él añadió que tan cierto era aquello como que vió representar la comedia titulada *Un nuevo mundo en España*. También yo habia visto esta comedia, compuesta por el doctor D. Juan de Montalvan (en lo que el buen bachiller se engaña), y no pude ménos de decirle que si creia como artículo de fe el argumento de una comedia, era menester dejarle por loco. Algun tiempo despues me burlaba yo de este hecho, contándoselo al reverendo padre fray Francisco Pies del Castillo, que era natural de la Alberca. «No tiene Vd. que sorprenderse, me dijo; lea Vd. á Eusebio Riremberg, y verá cómo, hablando de si el paraíso terrenal se habia descubierto ó no, dice que debió estar en el valle de las Batuecas, en el corazon de España; que este valle se habia descubierto hacia unos cuarenta años y estaba habitado por árabes. Lo cual habia sabido por dos estudiantes de Alcalá que fueron allí, y gracias á la ligereza de sus caballos pudieron escapar de aquellos árabes que les perseguian.»

Lo que resulta en claro de todas estas opiniones diversas es que en 1633 ya se hablaba mucho del misterioso valle, y en 1693 se hablaba más que nunca, con la sola diferencia de que unos habian visto godos, y árabes otros. Por lo que yo tengo para mí que Lope de Vega tomó el argumento de su comedia de estos rumores, y la hizo eco de ellos.

Esta comedia figura en la vigésimatercera parte de la coleccion del poeta, impresa en Madrid en 1634, y aprobada dos años despues el 8 de Julio de 1636. El célebre autor de *Los amantes de Teruel*, D. Eugenio Hartzenbusch, tan profundo conocedor del teatro antiguo español, conjetura que esta obra de Lope de Vega podria haber sido escrita para el duque de Alba, y representada en su

casa de Alba de Tormes, principal ciudad de sus dominios, donde ya Lope de Vega habia compuesto y hecho representar la comedia *El maestro de baile*.

Esta que nos ocupa tiene todos los caracteres de aquellas obras de circunstancias que improvisaba Lope para solemnizar alguna época en la historia de una gran familia.

Lope de Vega supone que en el valle de las Batuecas habitaba una tribu de unos doscientos individuos que no creian hubiese en el mundo más país que el suyo. Gozaba entre ellos de cierto crédito un personaje llamado Triso, que procuraba persuadirlos á que eligiesen un rey. En estas circunstancias un descubrimiento vino á dejar perpleja toda aquella buena gente; encontraron una magnífica espada, y en una gruta próxima un cadáver con una lanza y un escudo.

Como ninguno de los habitantes de las Batuecas era capaz de forjar semejantes armas, se dedujo claramente que habian venido de otra parte. ¿Pero de dónde? ¿Acaso existia otro país distinto de las Batuecas y otros hombres que no fuesen sus habitantes? El asunto valia la pena de averiguarse, y se prometió la corona de las Batuecas á quien trajese noticias positivas de aquel otro mundo.

Precisamente en esta época, un escudero del duque de Alba, llamado D. Juan de Arce, robó del palacio de su señor, en Alba de Tormes, á una muchacha llamada Brianda, de quien se habia enamorado locamente. Acompañados los dos amantes de un servidor llamado Mendo, huyeron de Alba de Tormes y se extraviaron en el camino, viniendo á caer, cada cual por un lado, en manos de los batuecos. Llega Brianda la primera, y como para escapar mejor á los perseguidores iba disfrazada de hombre, las batuecas, maravilladas de su belleza y sabiduría, la eligen por rey. Mas deslumbrada muy poco á Brianda este trono que la casualidad le ofrece, y solo procura persuadir á sus nuevos súbditos á que reconocan por señor al duque de Alba, como medio de volver á la gracia de este. Y tales trazas se da para conseguirlo, que cuando el duque llega para apoderarse de los fugitivos, las cosas se arreglan de la mejor manera del mundo, se explica todo, y encantados los unos de los otros, vuelven á tomar juntos el camino de Alba de Tormes.

Tal es, señora, la sencillísima comedia de Lope de Vega, que como veis, encontró antes que Mad. de Genlis alguna poesía en este asunto. Comedia que debió dejar un buen recuerdo, porque 35 años despues otro poeta dramático, que no deja de tener mérito y ocupa un lugar bastante distinguido en la historia del teatro español, Juan de Matos Frago, tomó por su cuenta la comedia, y la hizo sufrir esa mutilacion que en España se permite hacer el último emborrador de papel con el primero de sus escritores, y que se llama una refundicion. Esto es allí moneda corriente; se toma una comedia de Lope de Vega, de Tirso ó de Calderon; se le cambia el título sin variar el argumento, ni siquiera los personajes, se reforma de arriba abajo, y el público encuentra esto muy natural, y casi cree que la obra del poeta antiguo pertenece al moderno por derecho de hallazgo.

Matos Frago refundió, pues, en 1671 la comedia *Las Batuecas del duque de Alba*, con el título de *Un nuevo mundo en España*, y con perdon del buen estudiante de Salamanca y del honrado bachiller de Alberca, esta comedia de Frago, y no la de Lope, ni la del otro, Montalvan, era la que ellos habian visto representar.

La mayor parte de estos pormenores los debo al ingenioso, erudito y excelente poeta D. Eugenio Hartzenbusch, que al dárme los me escribia:

«Yo mismo plagué algo de la idea original de Lope de Vega, cuando en 1843 compuse, por mis pecados, una comedia de magia que se titulaba *Las Batuecas*.»

—No lo creais, señora. Hartzenbusch, aunque poeta, es de origen alemán, y por eso es modesto: hay en su comedia invenciones muy entretenidas y escenas preciosas; pero las Batuecas solo figuran en ella como recuerdo.

Ya es tiempo de que hagamos una excursion, si quereis seguirme, á ese poético valle, donde Fernán Caballero pasaria tan de buena gana la primavera, y al que nos guiará una nota de Pizarro,

la condesa de las Navas, propietaria hoy por derecho de herencia del escondido valle. Esta señora tuvo larga descripcion de su viaje á las Batuecas, tan deliciosa y entretenida que hubiera yo creído era una venganza indirecta que de mí se tomaba por no haberla acompañada, si no fuera la condesa la mejor de las mujeres.

«Me propongo escribir, dice la condesa, una corta relacion del viaje que he hecho á un valle cuya existencia dudaban todavia muchos, y no pocos creen una pura fábula. Así, aunque no logre trasladar al papel todas las impresiones que me asaltaron al recorrer aquellos lugares solitarios, se verá al menos por mi testimonio que existen verdaderamente. Mi narracion no será elegante ni aun correcta, porque escribo al correr de la pluma, sin preparacion de ningun género, en medio de una tertulia numerosa, sujeta á distracciones de todas clases, á interrupciones inevitables, en el momento á veces en que vuelven á la mente los recuerdos más interesantes, las ideas que más justamente debian de consignarse.»

Como veis, la condesa de las Navas no es del oficio, pero así su relacion tendrá un sabor más verdadero y será más sincero su acento.

La expedicion debia tener efecto á mediados del mes de Noviembre, saliendo de Béjar, pueblecito de la provincia que está en medio de los dominios de la condesa: en un día de camino llegarían al pueblo de la Alberca, y una vez allí no tenian más que bajar al valle por cualquiera de los dos caminos de que Madoz habla. La condesa habló en Salamanca de la expedicion que proyectaba, y un pariente suyo le proporcionó un guia llamado el tío Rojas, que conocia hasta los caminos ménos frecuentados de la comarca.

Amaneció por fin el 21 de Noviembre, que era el fijado para la marcha, y los viajeros, despues de haber tomado chocolate, se pusieron en camino, á caballo los hombres y en borricos las señoras: á más de la condesa iba una de sus hermanas y la suegra del administrador de aquella, que, habiéndola hospedado en su casa, le imponia como un deber la hospitalidad española acompañarla á todas partes. Componian, pues, la caravana unas doce personas, contando los criados, que capitaneaba un antiguo voluntario de Luchana, cazador de oficio. Este viejo camarada de Espartero se llamaba Ramon Regidor; pero desde que se halló en Luchana nadie le conocia sino por este nombre. ¿Quién supo jamás en Africa el verdadero nombre de nuestro coronel Marengo?

Para que nada faltase á la caravana de su carácter español, vino á reunirse á última hora un sacerdote jóven, llamado D. Juan Manuel, que habia de desempeñar las funciones de capellan.

Llegaron primeramente al lugarcillo de Naval Moral, que está á una legua de Béjar, y dejándolo á la derecha, se internaron en un pintoresco valle á que da entrada un viaducto romano. Al salir del valle hubo que vadear un arroyo y atravesar un bosque de encinas antes de llegar á Valdefuentes, pueblo más importante que Naval Moral, notable solo por su hermosa iglesia de piedra. Despues de Valdefuentes viene Santibañez, situado al extremo occidental de la primera vertiente de la sierra en que se ocultan las Batuecas. Antes de llegar á Santibañez se encuentra una multitud de madroños, cubiertos de flores y frutos, y ya cerca del pueblo viñas y olivos que, comparándolos á los de Andalucía, llama desdeñosamente la ilustre viajera los *enanos* de la especie.

Santibañez es el primer lugar habitado que se encuentra en las vertientes de la sierra de Francia; no sé por qué tendrán el mismo nombre un riachuelo que corre más lejos y una peña que se levanta todavia más allá.

«En Santibañez, dice nuestra amable guia, contrastaba grandemente aquel pueblo súcio y miserable que tenia á mis piés, con el magnífico horizonte que se abria ante mí, descubriendo la inmensa cadena de montañas que teniamos que franquear antes de llegar á la que las domina á todas, orgullosa sin duda del tesoro que guarda y forma su corona.

Empezamos á subir al fin la alta sierra, despues de haber pasado por un puente moderno de dos arcos el Alagon, cuya

corriente sigue á la izquierda su curso entre dos filas de magníficos alisos.

A las dos de la tarde perdimos de vista el rio, y como hacia ya más de seis horas mortales desde que tomamos el chocolate en Béjar, nos propuso el padre comer y descansar en una fuente que á una media legua de allí él conocia. En aquel sitio delicioso se descargaron las alforjas, y á poco las provisiones empezaron á desaparecer rápidamente.

A las tres concluimos nuestra ligera comida, y como nos quedaban todavia cuatro leguas para llegar á la Alberca, donde debiamos pasar la noche, seguimos nuestro camino hacia Miranda del Castañar, mientras el capellan se adelantaba en una de las mulas del convey para prepararnos alojamientos.»

En Miranda del Castañar estuvo en otros tiempos el juzgado que comprendia todos los pueblecillos de la sierra, y se decidió detenerse en él á la vuelta, contentándose entonces con visitar un pequeño fuerte feudal, que lo defende por el lado de Oriente. Empieza allí una cuesta rápida y mal empedrada, al pié de la que corre en un cauce profundo el rio de Francia, cuyas dos orillas están sembradas de lugares, como Seguros, donde está hoy el juzgado, Casas del Conde, Villanueva, á la derecha la Virgen de Rebolledo y á la izquierda la Virgen de la Cuesta, dos Virgenes que se tienden la mano de la una á la otra orilla.

La noche se venia encima, y cada vez se hacia más peligroso aquel camino, que sin dejar de acercarse al rio iba estrechándose poco á poco. Una indisposicion que el cansancio produjo á la condesa los decidió por fin á contentarse con llegar aquella noche á Mogarraz y buscar allí una cama para la enferma. Por pobre que sea un pueblo en España, tiene siempre un cura, y dió la casualidad que el de Mogarraz era amigo de los amigos de Salamanca. Un nombre en el desierto es á veces un talisman, y no bien se pronunció el de estos, vióse un anciano de unos setenta años, alto, fornido, de rostro bondadoso y marcado acento gallego.

La casa del cura estaba regularmente amueblada y tenia una hermosa huerta, plantada de toda clase de árboles frutales y de boj, tan hermosos, tan robustos, tan copudos que se les hubiese tomado por castaños. Habia algunos que tenian más de treinta piés de altura.

El capellan D. Juan Manuel, despues de cumplir sus funciones de aposentador, se volvió por donde habia venido, viendo que nadie llegaba y sospechando alguna mala ocurrencia en el camino de Mogarraz.

«Al día siguiente (cedo aquí la palabra á la enferma, restablecida por una noche de descanso) hacia un sol magnífico, y como me encontraba en perfecta disposicion de continuar el viaje, volvimos á tomar el camino de la Alberca. Al subir una preciosa colina sembrada de encinas y castaños, que toca todavia á Mogarraz, oímos á lo lejos una cancion del país que cantaban voces frescas y sonoras; no podiamos comprender de dónde salian aquellas voces, pero no bien llegamos á lo alto de la colina encontramos siete ó ocho muchachas que al concluir su cancion nos saludaron, deseándonos buen viaje. Entonces se nos presentó á la vista el magnífico bosque de castaños que rodea á la Alberca, ocultándola de tal manera que no se la distingue hasta que se encuentran á dos pasos las primeras casas... ¡Qué admirable país este para pasar en él el verano, á la sombra de aquellos árboles seculares, en medio de tantos abundantísimos manantiales, que ofrecen al viajero un agua fresca, delgada y muy dulce!...»

Todas las notabilidades de la Alberca esperaban á los viajeros á la entrada del pueblo, para ofrecerles los cándidos tesoros de la hospitalidad antigua. Vos y yo, señora, hubiésemos corrido á las Batuecas sin detencion alguna, deseosos de resolver al fin uno de esos enigmas que, ya sean grandes ó pequeños, pican siempre la curiosidad y el amor propio humano. Pero nuestros peregrinos eran españoles, y su primer pensamiento, la primera necesidad de su corazon, fué ir á dar gracias por haber llegado felizmente al término de aquella larga y penosa cabalgata, en el venerable santuario que allí junto á las nubes corona la sierra de Francia.

Acompañadme tras ellos, señora, y así

no dirán estas almas fervientes, como vuestros huéspedes de las Baleares, que desdeñais estas sencillas efusiones de la fe.

Quien como vos cree tan firmemente en las doctrinas espiritualistas, no debe dejar de sí en ningún rincón, por apartado que sea, una idea inexacta ó una imagen infiel.

El país toma un aspecto salvaje, amenizado solo por el fresco y sombrío valle de Sera, en el camino que conduce á la Peña de Francia; apretado éste entre montañas, que por toda vegetación producen piedras y pizarras, da mil vueltas y rodeos para trepar por dicha Peña, que magistralmente domina á las otras. Pocas ascensiones hay en los Alpes ó en los Pirineos que ofrezcan más dificultades, si no más peligros.

«Las doce del día eran cuando subíamos las últimas quebraduras de aquella imponente montaña. El sol se había ocultado para volver á aparecer de nuevo, iluminando con todo su esplendor aquel inmenso y maravilloso panorama. Del Este al Mediodía se extienden Béjar y sus sierras, más allá de la de Piedra Hita, hasta Avila y las cumbres del Guadarrama; al Norte los llanos de Salamanca, en que se dibuja por un rastro de nieblas, hasta los últimos límites de la provincia, el curso sinuoso del torrente. Al Occidente la cadena de montañas que vienen á unirse á la Peña misma en que nos hallábamos, y cuyas ramificaciones irregulares van á perderse, achicándose por grados, en las caprichosas orillas del Tajo. Desde lo alto de nuestro observatorio descubrimos una multitud de pueblos, y casi á nuestros pies veíamos el convento de invierno de los dominicos, que solo en el verano habitan el santuario de la Peña...»

«Como se trataba de oír misa, la dijo el capellan y la oímos todos en la reducida ermita en que se venera la imagen de la Virgen, notable solo por la pequeña gruta en que, según la tradición, fué encontrada esta imagen por un monge francés llamado Simon Bela.»

Quizá venga á esta roca el nombre de Peña de Francia de ese pobre monge francés llevado tan lejos por la casualidad de la vida religiosa y por el abandono de sí mismo, signo irrecusable de las verdaderas vocaciones.

Pero para esto es necesario probar, y yo no me atrevo á tanto, que la Peña, el río y la sierra de Francia no tuvieron este nombre hasta el 18 de Mayo de 1834; época en que la misma Virgen, apareciéndose al bienaventurado monge para revelar le dónde encontraría su imagen, posó su pié divino en la piedra que todavía se enseña en la gruta.

Mientras que les preparaban el almuerzo, los peregrinos visitaron devotamente las ruinas del desmantelado convento, cuyos honores les hizo un último dominico que allí permanecía para velar á los piés de la Santa Virgen. No sé qué pensará la autora de esta relación, cuyo padre fué un progresista muy honrado pero muy rudo, de la multitud de conventos que las revoluciones han arruinado y cuya caída precipitan la nieve, la lluvia y el viento, ahora que no están allí los monges para luchar contra las tempestades y los estragos del tiempo; pero creo firmemente que tanto ella como vos misma, señora, se indignarán como yo contra ese vandalismo que no ha sabido sino derrumbar paredes, cuando bastaba cerrar una puerta y cambiar el destino de un edificio. Quizá diga el poeta: «¿Qué sería con esas sabias contemplaciones de la poesía de las ruinas?» ¡Ay! ¿Cuándo tendrán también su poesía el buen sentido y el respeto á todos los derechos?

Los viajeros se hospedaron en las mejores casas de la Alberca, perteneciendo de derecho el honor de albergar á la condesa al excelente cura D. Gregorio Gonzalez, que por la simpática expresión de su fisonomía, el candor de su conversación y la sencillez de sus maneras y su traje ofrecía el verdadero tipo del cura de aldea.

Amaneció por fin el gran día, y todos se encontraron de pié muy de mañana. La marcha fué solemne: á una media legua de la Alberca está la cruz del Portillo, que es sin duda la cruz de que Madoz habla. Desde allí puede ya la vista medir la profundidad inmensa en que se oculta todavía el convento, que hace más

sombrío el círculo de montañas, cubiertas unas de rica vegetación, otras enteramente peladas, iluminadas ya las unas por el rayo del sol, dormidas aun las otras en la sombra.

Descubrióse al fin en el fondo del valle alguna cosa: eran las Batuecas. ¡Italian! ¡Italian! Este algo se distinguía trabajosamente á través de las espesas copas de los cedros y las verdes de los cipreses, que podía decirse eran ya las Batuecas mismas.

A medida que se baja la rápida cuesta, guarnecida de precipicios, se hace el camino tan poco seguro para las caballerías, y por sus bruscos rodeos causa tales vértigos á los ginetes, que las señoras decidieron echar pié á tierra. Este camino hace sesenta recodos antes de llegar al arroyo de las Batuecas, que es una de las riquezas del valle por la limpidez de sus aguas, que corren sobre piedras cortadas y forman de trecho en trecho estanques que dejan ver un lecho de arena fina y brillante.

En el fondo del valle, el camino vuelve hacia el Este y sigue una estrecha vereda á la izquierda de la corriente del agua; al acercarse al convento la vegetación se hace más rica, los madroños y los matorrales desaparecen tímidamente á la sombra de enormes encinas, que sustituyen después cedros y cipreses gigantes.

Mientras que contemplaban con admiración este imponente paisaje, gritó una voz: «¡Ya está aquí la tapia, ya está aquí la puerta!» En efecto, una y otra estaban á dos pasos.

Por impacientes que estuviesen los viajeros por visitar el edificio, empezaron por oír la misa que el capellan, todavía en ayunas, dijo en la iglesia del convento. No omito ninguno de estos detalles porque hasta en una simple partida de campo los menores rasgos pintan á una nación, y aquí el grupo que seguimos es la España misma.

Entraron los peregrinos en la iglesia por la puerta del coro, que, como habitualmente sucede en España, está colocado á los piés de la iglesia frente por frente del altar principal, dedicado á San José. Hay además dos altares, uno á un lado y otro al otro, dedicado el de la derecha á Santa Teresa, y el de la izquierda á Nuestra Señora del Carmen. El convento perteneció á la orden de carmelitas.

A la derecha del altar mayor está la capilla de la Reina, donde en otros tiempos se guardaba un magnífico relicario que ya no existe. Por la ventana de otra capilla cerrada se veían amontonados y hechos girones los cuadros de la iglesia y del monasterio, que representan diversos episodios de la pasión de Cristo. Yacen también allí profanados y mohosos algunos relicarios, traídos sin duda de la capilla de la Reina.

El capellan subió al altar, y acompañado de un hermano suyo, organista de la Alberca, que con gran gozo de todos se les había reunido, cantó una misa como hacia muchos años que no se decía en aquella pobre iglesia.

Concluida esta, los peregrinos se pusieron bajo la protección de San José y Santa Teresa, y fueron á arrodillarse detrás del coro, en la sepultura de un monge muerto en olor de santidad, llamado el P. Acebedo, pero más conocido por el nombre del P. Cadete (1). Habiendo levantado la losa que cubre los restos, les pareció que exhalaban un olor suavísimo, y ya, arrastrados por una piedad indiscreta, iban á remover aquel polvo húmedo para buscar y descubrir alguna reliquia, cuando el respeto á la muerte les contuvo y entraron en el claustro, que no conserva ya ni las pilas del agua bendita, teniendo que tomar esta en una grosera taza. De allí fueron á visitar la celda, ó mejor dicho, el tronco de árbol en que vivió y murió el P. Cadete.

«Por los restos de una avenida, sembrada en otro tiempo de hermosos árboles, nos dirigimos hacia el tronco de árbol que servía de celda al santo anacoreta; antes de entrar en él hay dos gradas de piedra colocadas sin arte, tres cruces

(1) El P. Acebedo pertenecía á una familia principal, y era capitán de Guardias españolas á principios de este siglo. Se ignoran los motivos que le impulsaron á entrar en las Batuecas á los 22 años, donde vivió y murió santamente, dejando en pos de sí la fama de sus virtudes.—(Nota del traductor.)

rotas y un techado de tablas revestidas de pizarras.

Por allí se entra en aquel tronco vacío, cerrado por una puerta groseramente trabajada, sobre la que se ven todavía unas tablas embutidas, en que el mismo ermitaño escribió *Morituro satis*. Encima de esta inscripción hay una calavera sobre dos canillas cruzadas.»

El tronco de la encina es como el vestíbulo de la ermita, que, según costumbre, se compone de tres piezas: una para uso del ermitaño, otra en que decía misa sobre un altar de azulejos, y un subterráneo cubierto por una plancha de madera. Cuenta la leyenda que el padre Cadete solía tenderse en aquel subterráneo, y permanecer allí como sepultado veinte y cuatro horas seguidas.

Sucedía á menudo que los hermanos legos encargados de llevar alimento á los padres del convento que para espiar sus pecados se retiraban á las ermitas, encontraban al padre Cadete desvanecido en el fondo de su fosa, y solo á fuerza de ruegos conseguían que tomase algún alimento.

Esta primera visita entusiasmó á los peregrinos, y decidieron emplear tres días en visitar el desierto, para que ni un árbol ni una piedra escapasen á su piadoso exámen.

«Volvíamos al convento y almorzamos en el refectorio de los monges, en la misma mesa de que ellos se servían, piadosamente impresionados por la religiosa oscuridad que reina en esta sala, su noble pobreza, las dos cruces de madera que se levantan, una á los piés y otra á la cabecera de la mesa, el nicho en que se colocaban los libros junto al púlpito, que ocupa hoy una calavera, y que son otros tantos emblemas que hablan al alma más alto que la momia que los egipcios paseaban alrededor de la mesa del festín.

El humilde menaje del guarda de aquellas ruinas no era el más á propósito para ofrecer camas á los viajeros. Pero ellos no venían á las Batuecas á buscar comodidades, y se consolaban pensando que si era cierto, como aquel viejo autor había asegurado, que estuvo allí el paraíso terrenal, Adán y Eva debieron de estar peor alojados. Por otra parte, es muy fácil á corazones piadosos y conmovidos que visitan un antiguo convento transformarse en monges por una noche ó dos.

Mientras llegaba la noche se resolvió visitar la ermita del padre Martin, pegada á la roca y suspendida sobre el abismo como el nido de un buitre; esta ermita fué la última habitada, por ser el padre Martin quien hizo la entrega de las Batuecas al conde de las Navas cuando este adquirió su propiedad. La mujer del guarda guiaba á los viajeros por aquel camino no transitado hacia treinta años, cubierto de malezas espesísimas, que solo le hacen accesible á los ciervos y jabalíes, últimos huéspedes, por derecho de conquista, de aquellos matorrales abandonados. Algunos de la caravana desistieron de llegar á la ermita, volviéndose al convento, mientras los otros seguían, deteniéndose unas veces para tomar aliento en el tronco de un árbol caído, otras para refrescar la boca con algunos madroños de los muchos que cuajan el camino.

«¡Qué espectáculo, exclama aquí la valerosa condesa, se ofreció á mi vista cuando, sentada en una especie de parapeto de piedras medio destruido, pude abarcar con una sola mirada aquel magnífico y silencioso valle, cuyos enormes cedros se apretaban á mis piés!...»

Por la puerta hundida del subterráneo, que como la otra ermita tenía esta, pudo Luchana, en su calidad de cazador, descubrir huellas recientes de ciervos y cabras salvajes que allí tenían su refugio.»

Este descubrimiento hizo surgir la luminosa idea de avisar á algunos cazadores de la Alberca para que, bajo la dirección de Luchana, diesen á las señoras el pintoresco espectáculo de una montería, á que podrían asistir desde la ermita del padre Martin, como desde el balcón de un palacio.

El proyecto del día siguiente fué acogido con entusiasmo por los que se habían quedado en el convento, y el organista se encargó de ir á la Alberca en busca de los cazadores y de nuevas provisiones, que ya se hacían escasas.

Después de tomar el chocolate en la

sombria cocina del convento, se cantó en la iglesia el oficio de difuntos, por correr á la sazón el mes de Noviembre, que es el dedicado á las almas del purgatorio.

Cuando las últimas graves y solemnes notas se perdieron en las bóvedas, cada cual volvió silenciosamente á sentarse junto al hogar encendido, y se pasó la velada en hablar de los proyectos del día siguiente.

Así que amaneció éste, las señoras que, gracias al cansancio, habían pasado una excelente noche, reunidas todas en una celda, se vistieron apresuradamente y fueron á lavarse, como príncesas de la Odysea, en el claro arroyo que baña la cerca del convento. Felizmente habían traído toallas, pues, según aseguró la mujer del guarda, entre los sencillos habitantes de la vecina sierra eran pocos los que habían vuelto á lavarse desde el día en que nacieron.

Celebrábase aquel día la fiesta de San Juan de la Cruz, que es uno de los patronos del Carmelo, y aunque ya se oían entre los matorrales los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros, fué necesario oír misa antes de partir, en la iglesia del convento. En España es la vida una serie de prácticas austeras y de alegres diversiones, que lo mismo hacen necesaria la presencia del capellan en una partida de placer que en un entierro.

«Salimos del convento por una puerta de la tapia que mira al Norte, y agarrándonos á los matorrales, conseguimos llegar á fuerza de trabajos á una especie de observatorio, obra del Creador, desde donde podíamos asistir á la cacería sin correr riesgo alguno.

«¿Cuál sería nuestra emoción cuando á poco de llegados vimos pasar, ligero como una flecha, un ciervo herido que perseguían los cazadores! Ya creíamos, por el silencio que observamos, que estos habrían perdido la pista, cuando sonaron furiosos ladridos primero, el sonido de las cornetas después, y más lejos frecuentes descargas, que nos asustaron de tal manera, que corrimos á refugiarnos en la cerca.

«Una vez allí, visitamos la ermita del guardián, que es la mejor conservada. Sobre el altar, en pié todavía, había un pupitre en que me puse á escribir á mi hija; pero en aquel momento entró un pobre perro herido, y mientras el hijo del guarda lo llevaba al convento para que lo curasen, nos fuimos de nuevo á visitar la ermita del padre Cadete, á donde involuntariamente se dirigían siempre nuestros pasos.

«Antonio, el hermano del capellan, quiso entrar en el subterráneo en que el anacoreta acostumbraba á sepultarse. Al levantar la plancha que lo cubre, salió una mariposa, que primero nos pareció negra, pero que luego nos dejó admirar los más ricos colores: Antonio siguió removiendo la tierra, y encontró una de esas suelas de corcho que los mismos anacoretas fabrican, y que debió de pertenecer á una sandalia de aquel santo hombre. Clavé la mariposa en la suela, y las guardé con otras reliquias recogidas también en aquellos mismos sitios.

«Visitamos en seguida el interior del convento, cuyas celdas están arruinadas en su mayor parte; cada una se componía de dos piezas, dormitorio del religioso la primera, y dedicada al trabajo la segunda. Tenían además un pequeño jardín sembrado de árboles frutales y plantas medicinales, regado por una cañería que corre de uno á otro jardín. Lo que jamás nos llamó la atención en ellos fué el gran número de magníficos naranjos, cargados de frutas que crecían allí.

«Recorrimos también la biblioteca que, á juzgar por los estantes, debió ser muy rica; pero en la que no se conservan hoy día más que algunas hojas apolilladas, habiendo ido á parar algunos de sus libros á la Alberca, y perdidos la mayor parte.

«Nada hemos dicho de las cuatro capillas que ocupan los cuatro ángulos del claustro. Cada una tiene un altar en que se veneran los santos de los anacoretas, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.»

Acababan los viajeros de visitar el convento, cuando un tiro avisó la vuelta de los cazadores: á más del ciervo herido, que vieron perseguido por los perros, traían un enorme jabalí de más de doscientas libras de peso. El destrozo se

hizo en el patio del convento, guardándose los cuernos y los colmillos para los amigos ausentes.

Concluida esta operación, se reunieron de nuevo en la Cocina para oír las proezas de los cazadores, esta eterna escena de *Les facheux de Molière*, que lo mismo se representa en las Batuecas que en el resto del mundo.

... Aquí termina su relación la condesa de las Navas, y me atrevo á esperar de vos, señora, que en adelante ya no dudareis de la existencia del misterioso valle de las Batuecas. Réstame saber si entre las muchas dudas que, como al común de los mortales, os agitarán ciertamente, era esta de las que más empeño teniais en dilucidar, pero me parece este empeño harto delicado, y me detengo aquí sin añadir más que una sola palabra.

Decis en vuestras Memorias, que siendo muy joven recibisteis del aya del rey Luis Felipe vuestra primera lección de socialismo. ¿Quién sabe si sería el rey Luis Felipe, á su vuelta de España, el primero que dió á su aya noticias de las Batuecas?

ANTONIO DE LATOUR.

Montmorency, Setiembre de 1868.

PRIMERA CARTA

DEL DOCTOR LIVINGSTONE.

En el número del *New-York Herald*, correspondiente al día 26, se ha publicado una notabilísima carta del célebre explorador al África, la primera que se recibe desde hace muchos años. Livingstone da las gracias al director de dicho periódico por haber enviado al Sr. Stanley en su busca, y someramente indica sus descubrimientos y los que aun le falta realizar.

Esta carta ha sido transmitida por el cable trasatlántico al *Times*, que la reprodujo en su número del día 27, recibido anteayer en Madrid. Nosotros la traducimos del inglés recomendándola muy especialmente á la atención de nuestros lectores, porque es el primer testimonio auténtico de las poquísimas exploraciones llevadas á cabo por Livingstone desde 1866 con una tenacidad y con una constancia maravillosas. La importancia de estos descubrimientos no necesita ser encarecida. Geográficamente habia en el centro del África central un problema tenebroso, planteado con auxilio de algunas vagas hipótesis no bien comprobadas, tales como los montes de la luna, los dos brazos superiores del Nilo, la región de los lagos, etc. Livingstone ha despejado la incógnita del problema, recorriendo la cuenca central formada por varias vertientes y cordilleras donde brotan innumerables manantiales que convergen en cuatro grandes lagos y otros tantos rios, con la extraña particularidad de que estos cuatro rios tienen su primer origen en una misma colina, arrancan de cuatro distintos, aunque próximos manantiales, y se separan para regar en su larguísimo curso las más lejanas regiones.

Y cuán interesantes pormenores habrá estudiado el atrevido viajero entre los pueblos salvajes y canibales que ha visitado, en las cortes de reyes bárbaros que sucesivamente le han recibido como al primer representante de la civilización europea!

Para concluir, desvaneceremos una objeción que tal vez pudiera ocurrir á nuestros lectores. ¿Son auténticos esos relatos? podría preguntarse; ¿no serán invención del correspondiente norte-americano que quiere atribuirse la gloria de haber encontrado á Livingstone, cuando quizá haya muerto este gran viajero?

Esta objeción la han formulado algunos periódicos extranjeros, y apenas tuvo noticia de ella el Sr. Stanley dirigió al *Times* una rectificación diciendo que guarda en su poder sus credenciales para presentarlas en el momento oportuno, que Livingstone le confió cartas y documentos para entregarlos personalmente en Inglaterra, y que en cuanto llegue á este país, podrá verse su autenticidad.

En efecto, Stanley desembarcó hace días en Marsella y ya debe haber llegado á Londres.

Véase ahora la carta de Livingstone: «Al señor director del *New-York-Herald*.

UMI, sobre el Tanganika, Noviembre de 1871.

Mi querido señor: Suele ser cosa difícil

escribir á una persona á quien no se conoce; es como si se escribiera á una idea abstracta; pero la presencia en esta apartada región de vuestro representante el Sr. H. M. Stanley me evita la dificultad que en otro caso hubiera encontrado, y al escribir para daros las gracias por la extremada bondad que habeis tenido de enviarme en busca mía, me siento casi entre amigos.

Por el relato del tristísimo estado en que me encontré, comprendereis cuántos motivos tengo para mostrar agradecimiento y expresarme en los términos más calurosos. Llegué á Ujiji despues de un viaje de 400 á 500 millas, bajo los rayos de un sol vertical, habiendo sido engañado, vejado, derrotado y puesto en la precisión de retroceder cuando casi tocaba al término de mi misión geográfica, y todo esto por obra y gracia de los esclavos musulmes que me enviaron de Zanzibar. El desaliento y la tristeza, acrecentada al ver «la inhumanidad del hombre con el hombre», tuvieron su natural reacción sobre las fuerzas físicas, y las mías se debilitaron excesivamente. Pensaba morir á cada instante. (*Y thought that y was dying on my feet.*) Es indecible lo que sufrí á cada paso de mi largo y abrasador camino, y por último, llegué á Ujiji hecho una armazón de huesos y pellejo.

Aquí me encontré con que unas telas y efectos por valor de 500 libras esterlinas que habia pedido á Zanzibar habian sido imprudentemente confiadas á un sastre moro, y por añadidura borracho, el cual, despues de tenerlos durante diez y seis meses en el camino de Ujiji, acabó por venderlos á cambio de esclavos y marfil para él. Habia adivinado y sabido por el Koran que yo habia muerto, y escribió al gobernador Umyamembe que habia enviado esclavos en mi busca á Manyema, los cuales, de vuelta, le habian dado la noticia de mi fallecimiento, juntamente con el permiso de vender las telas y efectos.

Esto era completamente falso, pues sabia muy bien por personas que me habian visto que yo estaba vivo y aguardando lo que él debió llevarme; pero este hombre carecia de toda noción de moralidad; y como aquí no hay otra ley que la del puñal ó el fusil, tuve que resignarme á la penuria y á estar privado de todo, excepto algunas telas de las que en África sirven para el cambio y algunas sartas de cuentas que tuve anteriormente la precaucion de dejar en Ujiji, reservadas para un caso de extrema necesidad. La idea de aparecer pobre y miserable ante los ujijianos me era insostenible, y si no me desesperaba, debería á lo mucho que me ref de cierto amigo mio que al llegar á la embocadura del Zambezi me dijo «que habia estado á punto de desesperarse por haber roto un retrato en fotografía de su mujer, y que, despues de esa catástrofe, no podia sucedernos nada bueno.» La idea de la desesperación me pareció entonces tan soberanamente ridícula, que ya despues jamás quise desesperarme por no imitar á mi amigo.

Pues bien: cuando yo más apurado estaba, llegaron á mis oídos vagos rumores de que venia un viajero inglés. Me encontraba en la situación de aquel hombre de que nos habla el Evangelio, tendido en el camino de Jerusalem á Jericó; pero por mi camino no podia pasar ningún sacerdote, levita ó samaritano. Y, sin embargo, el buen samaritano estaba cerca, y uno de los hombres de mi comitiva llegó á todo correr y muy agitado, gritándome: ¡Llega un inglés! ¡Lo he visto! Y me volvió la espalda para ir de nuevo en busca del desconocido.

Una bandera americana, la primera que se haya visto en estos lugares, flotando á lo lejos sobre la caravana, me dijo la nacionalidad del extranjero. Yo tengo por naturaleza la frialdad y reserva que reprochan á los insulares, mis compatriotas; pero vuestra excesiva bondad me conmovió profundamente. Quedé como anonadado, y exclamé desde el fondo de mi alma: «Dios os colme de bendiciones á vos y á los vuestros.»

Las noticias que tenia que darne el señor Stanley eran verdaderamente maravillosas; los grandes cambios positivos ocurridos en el continente, el cable trasatlántico, la elección del general Grant y otros muchos sucesos fijaron poderosamente mi atención durante muchos días. Tantas satisfacciones ejercieron benéfica influencia sobre mi salud. Durante mu-

chos años habia estado sin noticias de los países civilizados, si se exceptúan las que pude sacar de algunos números de *The Saturday Review* y *The Punch*, que llegaron á mis manos. Pronto recobré el apetito, y en una semana me encontré completamente restablecido.

El Sr. Stanley me entregó un oficio amabilísimo y lisonjero de lord Clarendon, cuya muerte deploro sinceramente. Este oficio es el primero que recibo desde 1866. Además, me informó el señor Stanley de que el gobierno de S. M. me habia otorgado un auxilio de 1.000 libras esterlinas, que es la primera ayuda pecuniaria que recibo.

Empredí el viaje, sin subvención alguna; pero felizmente queda ahora reparada esta falta, y experimento el mayor placer al anunciaros á vos y á mis amigos, aunque más gusto tendria si de viva voz os lo dijera, que he llevado adelante con una perseverancia digna de John Bull la misión que me confió mi amigo sir Roderick Murchison, y que espero llevarla á buen término.

La región hidrográfica del Sur del África central, tiene unas 700 millas de longitud. En este espacio son innumerables los manantiales, y se necesitaria la vida entera de un hombre para contarlos. Todos van á converger en cuatro grandes rios; dos de los cuales recorren el valle del Nilo, que empieza entre los 10 y 12 grados de latitud Sur. En mucho tiempo no pude resolver este antiguo problema ni formar idea clara de los desagües (*drainage*) de esta región. Tuve que adivinar mi camino, y cada paso era andar á tientas en la oscuridad; porque ¿quién se ocupa del curso que siguen los rios?

«Bebemos el agua que necesitamos y dejamos correr la restante.» Los portugueses que visitaron á Cazembe preguntaron dónde habia esclavos y dónde marfil; pero nada más. Yo preguntaba por las aguas, y tanto repetia mis preguntas, que á veces temí ser considerado hidrópico.

Mi última excursión, en la que me ha perjudicado mucho la falta de una buena escolta, fué siguiendo la línea central de desagüe, á través del país de los canibales llamado Manyema.

En esta línea de desagüe se encuentran cuatro lagos. Yo estaba á orillas del cuarto cuando me vi obligado á retroceder. Tiene de una á tres millas de latitud, y no es vadeable en ninguna época del año. Al Oeste desagua por dos bocas. El rio Lufira ó Bartle Frère's River pasa de este lago al de Kamolodo. El gran rio Lomami pasa por el lago Lincoln, entra en el que nos ocupa y parece formar el brazo occidental del Nilo, por el cual comerció Petherick.

Ahora conozco unas 600 millas de la región hidrográfica, mas por desgracia las 100 millas que aún no he explorado son las más interesantes, pues en ese espacio, si no estoy engañado, brotan cuatro fuentes en una especie de colina, cada una de las cuales se convierte muy luego en caudaloso rio.

Dos corren al Norte, hácia el Egipto, son el Lufira y el Lomami, y dos corren hácia el Sur por el interior de Etiopia, y se llaman Liamboi ó Zambezi superior y Kafne. ¿Son estas las fuentes del Nilo de que habló á Herodoto el secretario de Minerva en la ciudad de Sais? He oido hablar de ellas tantas veces y en tantos puntos diversos, que no puedo dudar de su existencia, y á despecho de la nostalgia que se apodera de mí cada vez que pienso en mi familia, deseo completar mi viaje descubriéndolas.

Ahora, señor director, tengo que ir á Umyamembe á espensas vuestras y del Sr. Stanley en busca de unos esclavos musulmes, á quienes por una nueva imprudencia confiaron en Zanzibar más de 500 libras de telas y abalorios para mí, y que las han detenido en el camino más de un año, en vez de tradérmelas en cuatro meses. Si mis revelaciones acerca de la terrible plaga de la esclavitud en el Ujiji sirven algun día para la supresión del tráfico de negros en las costas orientales de África, consideraré este resultado de mis viajes como mucho más importante que el descubrimiento de las fuentes del Nilo.

Vosotros, los norte-americanos, habeis acabado con la esclavitud en vuestro país; prestadnos ahora vuestra poderosa ayuda para alcanzar el mismo fin en estas hermosas regiones, que al presente

están devastadas, como si pesase sobre ellas la maldición de Dios, y todo porque no se pueden suprimir los privilegios esclavistas del sultán de Zanzibar, y porque han de ser respetados los derechos de la corona de Portugal, verdadero mito en el centro de África, hasta que en tiempos futuros estos países lleguen á ser una nueva India para los portugueses traficantes de esclavos.

Concluyo repitiéndoos las más encarecidas gracias por vuestra generosidad, y ofreciéndome vuestro agradecido

DAVID LIVINGSTONE.»

BIBLIOGRAFIA.

BOSQUEJOS.—POESÍAS DE D. JUAN MARÍA SAN JUAN. (1)

Un libro de poesías puede ser cosa muy prosaica, porque no todos los que se dan á escribir versos son poetas. Palabras medidas á compás, estrofas escalonadas como una tropa en correcta formación, si agradan momentáneamente al oído, no hieren el sentimiento, ni despiertan la idea de la belleza. Músicos del lenguaje á lo sumo, que no poetas, parecen esos incansables rimadores cuyos libros son leídos con cierto gusto, pero apenas leídos, olvidados.

La forma no merece desden absoluto, pero ella por sí sola no es toda la poesía, y á un poeta debe pedirse que refleje en sus obras el arte á cuyo cultivo se consagra, como el todo se refleja en la parte.

Muchos libros de versos (no merecen otro nombre) andan por esos mundos de la literatura, que no llenan estas primeras exigencias del arte poético, como las llena un tomito publicado por D. Juan María San Juan, si de modesto título, de gran valia.

Ha denominado el Sr. San Juan á sus composiciones *Bosquejos*, dando acaso que pensar á sus lectores esto que nosotros pensábamos ó cosa parecida por lo ménos: si es así el autor cuando bosqueja, ¿cómo será cuando pinte?

Si no temiéramos ofenderle, diríamos que, recorriendo una por una sus obras, ninguna puede justificar aquel título, porque en todas ellas el cuadro aparece no solamente bosquejado sino bien concluido.

Facilidad en la versificación; galanura y pulcritud en el estilo, sin que sea por esto ni amanerado ni pedantesco; entonación siempre apropiada al objeto son los caracteres que distinguen á las poesías del Sr. San Juan, en cuanto á la forma se refiere.

Acaso un crítico severo y exigente encontraría en ellas algunas incorrecciones, pero de tan poca monta, que no sería este hallazgo ni para envidiado por los que á la crítica se dedican ni para sentido por el autor.

En cuanto al fondo, las composiciones del Sr. San Juan no dejan nada que desear. La inspiración que arranca misterios al ideal, rasgos á la belleza, que es para el arte como la razón para la ciencia, la inspiración verdadera y profunda, no aparente y superficial, ha creado los *Bosquejos*, y se revela en ellos con todos sus atractivos.

No parece, terminada la lectura de una poesía, que se cierran los horizontes al pensamiento, sino que se dilatan indefinidamente; no se ve agotado el génio del autor, en medio de figuras retóricas; por el contrario se le admira remontando el vuelo hasta perderse en el infinito.

De buena gana transcribiríamos aquí algunas de las composiciones para solaz de los lectores y comprobación de nuestros juicios. ¡Siempre! *Algo nos falta, Las estaciones, En un cementerio, Por un retrato*, bastan para crear nombre y merecer justa fama de poeta. *La oda al sol* tiene, entre todas, un mérito superior, y no podemos resistir al deseo de que se conozca su carácter y su bellísima estructura, insertando aquí con este objeto alguno de sus trozos:

Rodabas tú y rodaban
otros soles sin cuento rutilantes,
magníficos diamantes
que arrancó el infinito á su corona,
y en rápida carrera
en su torno arrastraban
inflamada, flotante cabellera,
globos y anillos en calor fecundos,
ciclopes del espacio, que forjaban

(1) Un tomo en octavo menor.—Se vende en las principales librerías de Madrid, al precio de una peseta.

la espléndida cadena de los mundos. El soplo de la vida en el éter vibró: como una virgen que súbito despierta, estremecida bajo el férvido beso del amante, los astros palparon y el solemne misterio comenzaron de portentosa incubación gigante: effluvio de bellezas y de amores que en los planetas luego irradiaría; presagio de fragancia y de colores, de instintos, voluntad y sentimiento; aurora santa, en fin, que predecía la augusta encarnación del pensamiento.

Así, ¡oh sol, de la tierra padre en el tiempo fuiste y soberano; á todo lo que encierra, á cuanto en ella vive, forma y sustento deparó tu mano.

Artífice incansable, teje tu lumbré generosa y pura de los séres la trama inextricable. Funden por tí en la altura su túnica de plata limpias nieves, y en perlas se deshacen las cascadas: te rinden obediencia inquebrantable mares y vientos que sin trégua mueven: cortinaje fabricas de vapores, y de sus lienzos cuelgas, desatadas, las vagas tintas que en abrazo estrecho confunden tus soberbios resplandores: al roble y al helecho y á las mieses preciadas sávia das, que del limo y de los aires tus prodigiosas fuerzas destilaron. Si por mirarte alzarón las flores su corola en la mañana, si con música ufana mensajes de cariño te enviaron las tiernas aves, uno y otro día, no bien el horizonte se teñía, ¡qué dádiva te hicieron? ¡qué te ofrecen? si solo te devuelven con su encanto reliquias de tu luz, que reaparecen trocadas en color, perfume y canto!

Hé aquí en íntimo consorcio unidas la inspiración y la razón, la verdad y la belleza. En esto, aparte de su brillantísima forma, estriba el mérito principal de una poesía que viene á demostrar cómo el arte no está divorciado de la ciencia, sino que al contrario se auxilian mutuamente y poderosamente.

X.

LAS BODAS DE UN SOLTERON.

(CUENTO BUFO.)

I.

¡Quién no ha tenido amores?

Pocos pueden no responder á esta pregunta. La mayoría de los humanos, salvo peligrosas excepciones, si son machos, se echan novia, y si son hembras, novio; porque parece que á cierta edad es indispensable buscar entretenimiento. Cuando niño puede tenerse afición á los juguetes, aunque siempre son preferibles los de forma animal, como las muñecas; pero ya entrados en años, se desarrolla en los hijos de Adam la tendencia á jugar por completo con la humanidad.

Que el mundo para el hombre es una diversión, como el juego para los chicos, es tan verdad, como que ambos se distraen con cualquier pasatiempo.

Pues como ello es necesario y fácil de conseguir, echémonos una novia y entrárenos en la moda, dijeron un día dos amigos, á pesar de ser tío y sobrino; éste joven y pobre, y el otro viejo y rentado.

II.

D. Patricio, propietario, de unos cincuenta y tantos, hombre de peluca y trabillas, que llevaba dos terceras partes de su vida empleado en una notaría de provincia, aumentando con usura sus intereses, se decidió á venir á Madrid con el fin de entregarse á los placeres de la corte.

Y como en el bullicio de las grandes ciudades se encuentra cualquiera por lo menos su media naranja, determinó hospedarse en una fonda, sin duda para cerciorarse de si tendría razon Cervantes al decir que «la vida de los alojamientos es ancha y vária, y todos los días se topan en ella cosas nuevas y gustosas.»

Así aconteció, al parecer, á Patricio, que podemos tratarlo con confianza, pues al día siguiente de haber llegado, y antes de salir el sol, sintió golpes en la puerta de su cuarto.

—¿Quién llama? dijo despertando sobresaltado.

—¡Tum... tum... tum!

—¿Que quién es?

Y seguía el llamamiento con más fuerza que la empleada por uno que se quedara olvidado al cerrarse las puertas del cielo.

Ya parecía venirse abajo la casa con tanto golpear, cuando el buen Patricio se precipitó hácia la puerta con ademán resuelto de hacer una barbaridad.

En efecto, abrió en un santiamén, y colóse como por su casa una mujer envuelta en un abrigo; y sin decir palabra, sentóse en un sillón que había á la cabecera de la cama, diciendo á voces:

—¿Dónde está ese tunante? ¡Si lo pesco me la paga!... ¡Pícaro!... capaz de tirar...

Y todo con tal precipitación, que Patricio, ca-

riacontecido por aquel revés, no sabía á qué carta quedarse, pues daba vueltas al pié de la hoja sin atreverse á cerrar la puerta, temiendo dejarla abierta por estar en camisa, como dormía, y sin arriesgarse del bochorno á dar un paso ni á decirle palabra á la huésped, con quien no contara.

—Diga Vd., viejo zancudo, ¿dónde está?

Y se levantó encarándose con él y manoteándole de duro; á lo que, encendido de cólera Patricio, le contestó con la vergüenza de la situación:

—¿Qué diablos quiere Vd., señora?

—Que no lo esconda Vd., exclamó llena de ira.

—Pero, ¿qué me dice Vd.?

—Nada.

—Mejor.

—Sí, ya os conozco: sois todos unos perdidos.

Y en esta batahola, tropieza la mujer con la mesa y rueda el tintero, tumbando una botella que junto á él estaba, y, ¡zas! por cogeria, cae nuestro hombre á los piés de la hembra, y los dos miden el suelo en ménos que se pensaron.

Mas Patricio se levanta, y al agarrar por un brazo el bulto que pesaba el doble de su peso, recibe el más fuerte bofetón que jamás sufriera en la vida.

—¡Toma, atrevidol... dijo pegándole nuevamente; á lo que el otro contestó:

—¡Insolentel... ¡Habrás visto!...

—No me insulte Vd. ¡Socorro!... ¡Socorro!...

¡ay!... ¡ay!...

Y héte aquí á la hembra desmayada, y al buen Patricio llevándola á remolque hácia la cama, donde con trabajo la depositó, corriendo en busca del aguardiente, que, á falta de esencia, pudiera servir para volverla del desmayo. Pero, ¡oh desgracia! la botella se había roto, y el líquido alcohólico se hallaba derramado por el suelo. ¿Qué hacer, pues? El tiempo urgía, y para aprovechar el momento, urdió Patricio un medio bastante original.

Fuése al bolsillo de su gaban por la caja de rapé, y dispúsose á administrar un polvo en toda regla á la gordiflora que tal aventura le había proporcionado á esas alturas de la vida de posada.

Acercóse cual cirujano al lecho fatal, cuando al comenzar la operación un sollozo se escapó de aquel cuerpo y resonó por los ámbitos de la estancia. Naturalmente, los efectos del polvo corresponden siempre, y poco á poco fuere reanimando la paciente hasta recobrar la palabra.

—¿Dónde estoy? dijo pasándose la mano por los ojos.

Patricio estupefacto y mohino por la comedia en que como actor y espectador á la vez había tomado parte, sin estar anunciado en su programa, ímidamente se acercó á la cama para ayudar á su huésped, que ya se incorporaba. Verdaderamente era crítica la situación. El lecho un poco bajo, y nuestro hombre muy alto, ¡y en camisal!...

—Señora, ¿qué se ha propuesto Vd.? dijo amostazado.

—¡Estoy voladala!... ¡furiosa!

—Por Dios, señora, ménos furor...

—Es que, continuó, he pasado un mal rato, y... Vd. no sabe, caballero... Pero respéteme usted y cúbrase, agregó volviendo la vista con desden.

—No tema Vd., señora, dijo Patricio apartándose, voy á ponerme como debo.

—A buena hora, exclamó, sentándose.

—No comprendo, repuso echando mano á su bata, el fin que la haya traído á este lugar.

—Busco al infame Enrique, que me tiene loca.

Sí, á su sobrino, que supongo es Vd. su tío; de ese botarate que me dejó plantada en *Los Andaluces*, expuesta á cualquier cosa, pretestando venir á verle á Vd., pues supo tan buena nueva por un conocido del pueblo, y me ha hecho sufrir un bochorno espantoso.

—¿Y qué relaciones los ligan á Vds.? dijo Patricio, si no es imprudente la pregunta.

—Ninguna. Conocidos.

—Segun la Biblia, supongo. ¿Y se considera usted con derecho sobre él?

—Extraña la pregunta, dijo remilgándose; y sepa Vd., caballero, que yo soy toda una señora, y desciendo de magistrado, porque soy hija de gobernador cesante, y mi familia es tan buena como cualquiera, mejorando lo presente.

—Muy bien; pero, ¿puede saberse cómo es que vive Vd. y dónde? agregó Patricio con intención.

—A nadie le importa; pero en la calle de Jardines me tiene Vd. á su disposición.

—¿Y pudiera saber su nombre?

—En preguntando por la Pepa todos los vecinos de darán razon.

Y levantándose, sacudióse el vestido, arreglóse el tocado, y dando media vuelta á la izquierda, mirando al soslayo la cola que le arrastraba, y tras la cual venía Patricio, hizo con gatzmoña coquetaría un reverendo saludo, diciéndole con más gracia forzada todavía:

—Para servir á Vd., y dispense.

—No hay de qué.

Fué la única respuesta de Patricio, que se quedaba con tres palmos de narices, dispuesto á bajar lo más pronto á fin de almorzar y salir en busca de otra posada que no le fuera tan varia en acontecimientos.

Y como había de lavarse y vestirse, cerró la puerta, con perdon de los lectores, que ya habrán de agradecerlo más adelante.

III.

Comiendo una rebanada de pan con manteca,

y en espera de un par de huevos pasados por agua, que había pedido hácia media hora, se hallaba el amigo Patricio en una mesa de la fonda, cuando se le presentó un joven, no mal parecido, vestido á la moda, y que con aire placentero le decía:

—Supongo, si no me equivoco, que estoy hablando con el hermano de mi madre.

—¡Muchacho!

—¡Tío!

Y los dos se dieron un fuerte abrazo, felicitándose y reconociéndose con alegre extrañeza.

—¡Siéntate y almuerza, díjole el tío.

—Precisamente no he ido á hacerlo donde estoy abonado por venir á verle á Vd. No es capaz nadie de comprender la alegría que me causó su llegada. Lo supe por una casualidad, y resolví encontrarle donde quiera, para lo cual eché andar, y en la duda de si estaría Vd. en otra parte, me dije: de seguro que mi buen tío se ha alojado en la primer casa de la ciudad. Hé aquí á lo que debo el gusto... Y no podría ser de otra manera... Mi tío es para mí la representación de mi madre. Bueno, amable, generoso...

—No tan mal, le interrumpió Patricio; y dime, ante todo, ¿qué hay de estudios?

—¡Ah! tío, no sabe Vd. lo mal que anda eso.

Vale más no estudiar, que perder el tiempo en asistir á la Universidad.

—¿Pues entonces estamos habilitados!

—No sé qué decirle; pero el hecho es que no hay paciencia que resista las impertinencias de un catadrático insoportable por su despotismo y pedantería.

—¿Y dónde vives?

—En una casa de huéspedes. Pero no como allí; estoy abonado: como en *Fornos*.

—¿Y qué haces?

—Bastante; escribo en un periódico conservador, y estoy comprometido con la oposición.

—Pues vamos andando, murmuró Patricio, y mirando al criado que ya venía con lo pedido, díjole con sorna á Modesto, que así se llamaba el sobrino:

—Vamos, caballero de los dos nombres, pida usted.

—No comprendo, querido tío, respondió el aludido; pero dirigiéndose enseguida al dependiente le dijo con una voz campanuda y arreglándose la corbata:

—Mira, chico, traeme un almuerzo arreglado como para persona decente: chuletas, merluza, jamon, en fin, tres platos fuertes.

Patricio estaba encantado de las disposiciones que desplegaba en aumento el hijo de su difunta hermana, aunque no ménos impresionado por los acontecimientos de la víspera, pues para él la mañana debía contarse como si fuese otro día por su cúmulo de peripecias. Por fin, como tenía más ganas de aclarar la partida que de desayunarse, promovió conversacion sobre amorfos y queridangos, diciéndole:

—Aunque te has hecho el desentendido sobre si eres Enrique ó Modesto, vas á decirme si es cierto que te casas, ¿cuándo, cómo y con quién?

—¡Oh, tío, quién piensa en eso! dijo el joven, en cuyos lábios se dibujaba cierta picaresca sonrisa.

—¿Cree Vd. que pueda tener novia?

—Hombre no me extraña cuando tienes dos nombres.

—Si Vd. supiera que no había caído en la cuenta, aunque ya lo sospeché desde el principio. Explicáreme. Mis compañeros dieron en llamarme *Burique IV* por mis campañas estudiantiles, y todos los amigos de confianza sustituyen con este mi nombre.

—Me agrada la idea; añadió Patricio, pero almorcemos, que hoy te necesito, porque he de salir y no quiero hacerlo solo. ¿Serás mi guía?

—Con mucho gusto, tío; si Vd. sabe que soy suyo, y mi mayor placer...

—¡Eal déjate de cumplidos y andando.

Y Patricio se daba prisa; pero observando, mientras engullian, el apuesto traje de su sobrino, que se confundía con un millonario: joyas, buena y bien cortada ropa, no ménos elegancia en el tocado, buenas maneras, y la indispensable baston; en fin, el tipo del *tirilla*, siempre petulante, con su flor, á falta de cruz, en la solapa, soñando grandezas y con la bolsa vacía.

Tales pequeñeces, que para el buen tío eran grandes cosas, no extrañan á los hombres de la ciudad que conocen la vida y recursos de la juventud alegre, que se desliza suavemente por las fondas, cafés y casas públicas de juego, viviendo una existencia problemática.

Pero Patricio no entendía jota del asunto, por que su vida se había solidificado en una escribanía de provincia vendiendo sentencias, negociando hipotecas y cambiando expedientes por onzas de oro. Así llegó á los cincuenta y cinco, y no hubiera salido de su tierra, como él decía, si no le hubiesen obligado las circunstancias de tener que arreglar negocios en la capital que hacían necesaria su presencia. Y habiendo, pues, determinado desquitar el tiempo perdido, calculó prudente darse la mejor vida mientras evacuase sus diligencias, no desperdiciando ocasion, y agregando algun tiempo y más dinero al presupuesto concebido.

Patricio estaba como en un sueño, y dudaba, cuando más resuelto iba á acometer al sobrino, si debería ó no averiguar su vida para cobrarle el chasco de la encubierta con quien, segun ella, tenía negocios pendientes. En estas reflexiones estaba cuando el sobrino le interrumpió diciéndole:

—¿Parece, tío, que no le agrada á Vd. la vida de viajero?

—Algo hay de ello, pero por lo agradable que encerrar pudiera tiene también sus ratos pesados.

—Pues á mí no me pasa lo que á Vd. Nunca viviría más á gusto que ahora, si tuviese la posición de Vd., y las rentas sobre todo.

—Para gastar en seis meses y que te murieras al fin sin tener ni con qué pagar el entierro. ¿No es así?

—Tío, dispénsese si le hablo la verdad, pero Vd. está mal informado ó me juzga por el comun de las gentes.

Y repantigándose continuó con tono altanero y jactancioso:

—Es muy difícil de comprender, para los que ignoran los atractivos de la vida agitada de los artistas y hombres de letras, que no hay goces mayores que los que proporciona la libertad de la juventud. Relacionado uno, todos lo consideran y queda ya habilitado para vivir como mejor le acomoda. Se come á estilo francés, se viste á la inglesa, se entra, en fin, á vivir la vida de buen tono, y se vuela como mariposa del tapete á la alcoba, esperando la buena suerte de una lotería sin billete por medio de la mano de alguna americana rica.

—Pues sabes demasiado, sobrino; pero creo que para todo ese se necesita dinero. ¿No es verdad?

—No mucho; ó mejor, si le vale más que tener que proporcionárselo á crédito.

—Es decir, ¿á fuerza de deudas?

—¡Y eso qué importa! Trampa por trampa, vale más la bien hecha.

Aquí hubo de reírse con asombro el buen tío, y admirado del saber del chico, levantóse con ánimo de cumplir lo prometido, saliendo juntos á la calle en amigable consorcio, no sin encender un par de puros habanos que fumarían por el camino.

IV.

Alguna luz podemos dar acerca de nuestros dos personajes mientras faltan de la escena. Más en parte quedamos relevados del trabajo, cediendo el puesto á dos actores de intermedio que desempeñan poco papel, y son nada ménos que el dueño de la fonda y uno de los mozos.

—¡Que si le conozco! decía este último. ¡Vaya! Precisamente cuando yo estaba de portero en el *Casino* venia con otros señoritos á jugar todas las noches, y ganaban bastante dinero.

—¿Pero es rico?

—Debe serlo, por que viste bien y vive como un conde.

—Vamos, dijo el fondista, que gato encerrado habrá en el negocio. No me fio yo de herencias ni de apariencias, que á esa gente que arma mucha bulla le resulta eso de que «es más el ruido que las nueces.»

—El tío parece un buen viejo, dijo Juan al patron, pero creo que es algo tacaño y no gastará mucho. Y díjase lo que se quiera, los chicos alegres y botarates son buena gente, por que no reparan en precios para darse gusto.

Aquí fueron interrumpidos por un lacayo de cierto marqués banquero, el cual traía de parte de su amo una carta para el Sr. D. Patricio.

Escusado será decir que todos fueron cumplidos para el correo de gabinete del señor marqués, pues sabido es que tales golpes de estado se pesan en alto grado de estima por esa clase de gente, siempre dispuesta á averiguar las relaciones, ocupacion y recursos de sus pupilos, en gracia de ese derecho *patronímico* que sobre ellos ejercen, para participar en todo caso de las glorias del huésped, aunque nunca de sus infortunios.

El fondista daba vueltas al sobre, que leía y releía con la avidez propia de él, que calculaba las causas por los efectos. Para su capote, la relación entre un rico y otro hombre no podia ser más que riqueza, suponiendo que, al visitar á su huésped una persona de viso, era por que seria digna de tan alta honra desde luego.

Entonces mandó que inmediatamente arreglasen con todo esmero el cuarto del Sr. D. Patricio, que de otro modo hubiera tenido que esperar el turno. Porque nadie sabe lo que vale una de esas recomendaciones por carambola para gentes que ignoran la escasa importancia de los compromisos sociales, no obstante la influencia que sobre ellos ejerce el más sencillo cumplimiento.

Desde aquel momento no se pensaba en otra cosa que en estudiar el modo de dar el recado al caballero con toda la finura del caso.

Y mientras la hora se acercaba, fuese el patron á su escritorio á revisar cuentas, manía que lo subyugaba en su avidez de acrecentar sus intereses, y tomando el aire grave de un senador del reino, preguntaba cada vez que oía pasos, como para hacer méritos:

—¿Ha llegado el caballero Sr. D. Patricio?

A lo que el primer mozo que acudiera había de responder con la misma frase al revés.

—No ha llegado el Sr. D. Patricio.

De buena gana le hubieran plantado la excelencia, cosa que ya les ocurría; pero en el ínterin preparábanle todos la más simpática fisonomía para entregarle su encargo con cumplidas muestras de respeto.

V.

Enrique, que así podemos llamar al sobrino del buen Patricio, llevaba una vida envidiable en su género.

Falso Tenorio, ó calavera de segundo orden, cultivaba las novias, jugaba, paseaba en coche y á caballo, y vivía, en una palabra, la vida de café, fonda y posada.

Era un verdadero *tirilla*, de los que no tienen otra carrera que la de San Jerónimo desde la Puerta del Sol hasta el Prado. Relacionado por supuesto con la nobleza, como él decía, por conocer dos ó tres marquesitos y otros tantos empleados de ministerio, frecuentaba los *toros*,

amaba las cacerías y hasta se permitía hablar de fondos públicos en alza, delante de su sastrero sobre todo. Así, pues, revoloteaba de reunión en concierto, y de salón en bohordilla, como si fuera la peste, no perdiendo paseo, ni regocijo público, desde la parada de Palacio hasta los fuegos artificiales de los Campos Elíseos, llegando á hacerse el indispensable, según los chuscos que por tal le reconocían.

De allí que hubiese conseguido trabar relaciones amorosas con cierta chica de medio pelo, de esas que con orgullo se dicen clase media, y más por interés que por otro móvil deseaba atraparla cuanto antes.

La familia era del tipo de coche de estable que se permitían alquilar en días solemnes de revista militar, feria del Santo patron y Carnaval; mañanas en el Retiro y noches en el Prado; piano que tocaba Isabelita, adorado tormento de Enrique, los días de recibo en que las amigas se reunían á cantar y bailar danzas habaneras; amigos de fiestas de iglesia y procesiones, y para complemento banqueros á la minuta, ó sean prestamistas que descontaban el sueldo á los empleados, única industria del tío Pedro, jefe de aquella familia feliz, sueño dorado del sobrino de Patricio, de la cual hablaba con reverencia como si se contase ya á la cabeza formando el número uno.

La oportuna llegada de Patricio le venía á Enrique que ni de molde, pues le garantizaba para con la familia el mejor éxito en la empresa. Componían el cuadro la tía de Isabel, viuda de un militar; el tío Pedro, viudo de su hermana, y la chica, huérfana desde edad temprana, á quien acogiera la familia. Doña Eleuteria era una *jamona* de cuarenta y cinco, pero bien conservada, y el tío Pedro era á los sesenta tímido, avaro y santurrón, enemigo de la política, y solo complaciente con su *sobrinita*, que á los veintiseis en que frisaba contaba más de una docena de amantes que no le habían sido consecuentes ni agradecidos.

Por eso pensaba en Enrique, á quien consideraba como tabla de salvación á la que debía pegarse como una lapa para no naufragar en el mar del hiperismo, pues ya los treinta se acercaban, y solo aquel calavera falsificado fuera capaz de servirle de editor responsable, gracias á la esperanza de manejar las *peluconas* de los tios.

Pero volvamos á nuestros héroes, que es muy importante para el lector.

VI.

Evacuadas las primeras diligencias, tío y sobrino volvieron á la fonda, donde se instalaron mientras se resolvía el modo de vivir bajo la férula de una patrona, de esas que solo admiten pupilos por relaciones, ó tal vez, si era posible encontrando un cuarto barato donde campar por sus respetos. Hablaron de planes y cálculos alegres, y como era natural, dispuesto el tío á reconocer por Mentor á su sobrino, dióle palabra de entregarse á él en cuerpo y alma.

En efecto, ningún *cicerone* podía guiarle por la corte con mejores condiciones que el joven Enrique, y pronto cumplió su promesa, llevando al buen Patricio á remoque por los inextricables vericuetos de perdición que encierran las grandes capitales, y donde naufragan los incautos que en su ignorancia provincial dan rienda suelta á sus deseos.

Muchos días habían pasado. Hallábanse conversando mano á mano tío y sobrino, cuando una visita inesperada cortó su conversación.

Era un *inglés*, vulgo acreedor, del apreciable Enrique, y venía á imponer condiciones sobre el pago de sus antiguos créditos.

—No es este lugar á propósito para arreglar cuentas, le dijo el joven deudor con aire de tono.

—Y sobre todo, márchese Vd., agregó el tío. —Es que estoy en mi derecho, contestó el agraviado, y ya sabré á qué atenerme.

Y una riña del diablo se armó en un *velis no-lis*, cruzándose palabras duras, y el viejo tío tuvo que hacerse respetar, aunque transigiendo con el respetable acreedor. Todo por el hijo de su hermana.

La más silenciosa admiración sucedió al ruidoso incidente. Los dos individuos continuaron su interrumpida conversación acerca del plan combinado contra los bienes pretéritos y futuros de doña Eleuteria Correa de Arganda.

A esa fecha ya, Enrique había catequizado á Patricio para que le hiciera el amor á la tía de su futura Isabelita.

—Pero, muchacho, le decía el tío, yo no sé qué hacer en tal situación.

—Nada más fácil, tío.

—Pero, ¿cómo, diablo?

—Mire Vd. La tía de mi novia es mujer impresionable, no tanto por amor como por interés. Todos ellos saben que Vd. tiene dinero, y desde el día de su presentación en la casa, nos dispensan las mayores consideraciones. Según Isabel, la tía Eleuteria se ha tomado por usted un interés extraordinario.

—¡Hum!... Difícilmente creo que haya quien se enamore de uno á esta edad.

—Ello sí; por conveniencia.

—¿Pues no es nadal...?

—¿Y qué más dá? Nadie como Vd. sabe por experiencia que en el mundo todo se arregla por cuestión de conveniencia. Tanto tienes, tanto vales. Y sobre todo, que ese es el camino de mi felicidad, que Vd. no más, querido tío, puede hacer sin perjuicio de nadie.

—Vamos, por que no digas, convengo, y mañana hablaremos del asunto.

—Bueno. Así me gusta.

—Ahora, á paseo.

—Y después á los Bufos.

—Y á donde prometiste llevarme.

—¡Ah! sí... Concluida la función iremos á cenar al Europeo.

—Como gustes, sobrino.

—Y cada cual procedió al arreglo de su persona para dar comienzo á las tareas de la noche.

Patricio gozaba al verse representando papel en la villa y corte. Quien le conoció en Orihuela y le veía paseándose por la Castellana, vestido como el último figurín, siempre en persecución de las mozas y aparentando un vigor juvenil, que ya hubiera querido poseer en sus buenos tiempos.

Estaba hecho un *viejo verde*, siempre en diversiones y correrías.

El sobrino había visto el cielo abierto con el advenimiento del tío.

Vivían ya juntos, en amigable consorcio, como dos pollos.

Los acreedores de Enrique podían ser burlados con aparentes promesas, y con el prestigio del tío, hasta el noviazgo adquiría cierto carácter á la sombra de un caballero rentado en provincia. De todos modos, el tío Patricio era como el Mesías prometido, viniendo á redimir con su bolsa las flaquezas del joven estudiante.

Este, como prueba de reconocimiento, lo relacionó más pronto de lo necesario con la gente alegre que compone la *Bohemia*; cómicos sin contrata, cantantes sin voz, periodistas sin ocupación, empleados cesantes, y novicios en el arte de la baraja, la botella y la mujer. Así sacaba partido de su buen tío el aprovechado estudiante en situación de reemplazo.

Aquella noche fueron juntos al teatro, diversión que Patricio prefería á las demás, pues su corazón se interesaba tanto por la suerte de los personajes de la escena, que más de una vez salió de mal humor por que el protagonista había muerto, ó un matrimonio no se había verificado.

Su delirio, como pasión de bobos, eran las bailarinas, á cuya vista se conmovían las fibras de su alma, la cual residía en una letra de 50.000 rs. de que aun no había hecho uso, por quedarle algunas onzas de Carlos III de las que en varias talegas había traído consigo.

Gastaba con dolor al principio, pero ya después se fué acostumbrando en fuerza del hábito, porque todo es cuestión de comenzar, y los vicios se poseían con facilidad de la voluntad de los simples mortales. Alucinado por las falsas compensaciones del juego, y preocupado con la manía de echarla de rico, concluyó el pacífico provincial por transformarse en un calavera á la orden del día. Lo que él ganaba en vicios, el sobrino perdía en mala fama, y así iban las cosas caminando por una pendiente cómoda y lisongera para la liquidación del buen Patricio, verdadero paseante en corte.

VII.

Pues, señor, un día, ya á los cinco meses de la llegada de Patricio, la siguiente conversación tuvo lugar en casa de la Isabel, futura esposa del travieso Enrique.

—Decididamente, decía doña Eleuteria, nos marchamos al campo para mayor comodidad.

—Yo lo que quiero, y me encargo de ello, agregaba su viudo cuñado, es que haya buenos dulces en la boda, y convidemos á los amigos.

—Pues yo, agregaba Isabelita, si no queda bien mi vestido, no sabré qué hacerme, porque tengo que llevar corona de virgen y velo blanco. Y cantaba con desenfado al considerar que antes de los treinta luciría su consorte:

No me lleves á Paul...
Que me verá mamá;
Llévame á Capellanes...

—¿No es verdad, Enrique mío? se interrumpió dirigiéndose á su futuro que fumaba tranquilamente.

—Ya lo creo, contestó el pollo, y daba ligeros golpecitos con su baston en el tacón de sus botas.

Hallábanse sentados en el gabinete donde se consagraban las señoras á su costura cotidiana, no sin amenazarla con el juicio crítico de la primera persona que les viniera en mentes. Había allí esparcidos por el suelo vestidos, cintas, patrones, figurines, y todo lo concerniente al oficio de modista.

Patricio, que durante la conversación no había abierto su boca, miraba, como un borracho un panorama, todos aquellos rostros, considerando los preparativos nupciales como un ajusticiado la galanura de la capilla.

Al fin todo se había arreglado, y dos semanas después de Páscoa debían casarse el tío de Enrique con la tía de la novia que pasaba á ser mujer de su sobrino.

Feliz transacción que ni el Parlamento inglés hubiera llevado á cabo con más diplomática estrategia!

La casualidad de venir Patricio á arreglar negocios pendientes, había hecho que se verificasen tan variados acontecimientos del catálogo de lo imprevisible.

Pero una pena abrumaba el sexagenario corazón del buen provincial.

Ketty, la bailarina á quien colmaba de regalos por admiración, haciéndola el amor, no obstante no saber él francés ni hablar ella español, le había proporcionado un disgusto, una queja, un agravio pendiente que podía tener muy malos resultados.

Patricio era hombre de paz. Nada era capaz de incomodarle, ni nadie podría hacerlo salir de sus casillas. Su vida laboriosa se había deslizado entre los emborronados legajos de una escri-

banía, royendo, como los ratones, hasta las uñas que pudieran estorbarle. Más tarde conquistó una posición y escaló el nombre de capitalista, que vale mucho por más que digan.

Y así no más se comprende que, como el agua, hubiese tendido á encontrar su nivel en el seno de la ilustre familia de doña Eleuteria, cuyo abuelo tuvo la alta honra de haber sido *caballero* del Príncipe de la Paz, de donde partía el amor, y reconocimiento que conservaban todos por la dinastía de Borbon.

De allí que la flor de lis fuese el broche de la simpár Isabel, distintivo de sus ideas, que contrastaban con las de su tía, para quien el mejor adorno eran las religiosas *margaritas*.

Por supuesto, no hay que decir nada del tío Pedro, que, soñando siempre con los buenos tiempos del Estatuto, saboreaba la lectura de los periódicos moderados, esperando la restauración con más fe que un monaguillo que oye la palabra del predicador de su parroquia.

Y así iban las cosas marchando á su término, en tanto que aquellas dos familias se fusionarían con la esperanza de estrechar los vínculos de la usura, haciendo la felicidad respectiva de ambos asociados.

Baste, pues, de consideraciones, y mientras nuestros pretendientes se despiden de su amor respectivo, contemplemos á la respetable doña Eleuteria haciéndole las más tiernas caricias á su hermoso perro Corina, en quien pusiera tres años antes todo su cariño, cosa más que compatible para aquella virgen de medio siglo.

—Tú sí que eres mi ilusión, le decía al lanudo amante, besando su amarillento hocico con la mayor ternura.

Y lo apretaba contra su ya blando seno, acariciándole la cola que pasaba por entre sus destruidas manos.

—¿No es cierto que es muy mono? decía á Isabel con esperanza de una respuesta afirmativa.

—No comprendo que se tenga tanto cariño á los animales, la interrumpió el tío Pedro, con tono que indicaba fastidio al par que celos.

Nosotros, á quienes nadie acusará de interesados en el asunto, si tener los segundos, ni causar al lector lo primero, filosofamos en silencio acerca de la importancia de los perros de falda que hacen la delicia de las damas de corazón gastado que componen la *coqueterie blasse* que se *fait servir*, que dicen los franceses.

Y no por que seamos capaces de poner en tela de juicio las virtudes de las niñas, aunque malas lenguas digan sobre el caso cuanto se les antoje, atribuyendo usos secretos, aunque no desconocidos, á los perros lanudos que duermen con sus bellas amas, damos *in partibus* la razón al cuñado de doña Eleuteria, que, de seguro, si hubiera leído á Balzac, habría exclamado ante tal predestinación: «*malheur-vous!*»

VIII.

Serian las tres de la tarde. El día estaba fresco, y la Carrera de San Gerónimo presentaba su singularísimo aspecto, llena de gente que la recorre de arriba abajo, con el solo objeto de impedir el paso á los raros transeúntes que tienen prisa, y que al revés de los mirones (*flâneurs*) no toman raciones de vista en las vidrieras de los joyeros, ni el confortable escaparate de *La Hardy*.

En la esquina de la calle de la Cruz, sitio tan conoocido por las Cuatro Calles, y verdadero atalaya donde sin caña puede pescar el ménos listo desde el pulpo hasta alguna *calamar*, agente de *non sanctas* industrias, hallábanse dos individuos conversando con tan significativos gestos, que parecían no hallarse conformes y en vísperas de alguna grave disputa.

—Es preciso, compañero, moralizarnos, esto es, andar con más economía.

—Pero las exigencias sociales...

—No hay peros que valgan, amiguito, le interrumpió su interlocutor sin dejar concluir la frase.

—Yo no digo que no, tío, pero Vd. bien sabe por experiencia, que en el mundo...

—Sí, en este mundo de Madrid, que no tiene igual, repuso el otro bruscamente, y como cada uno sabe lo que le interesa, desde ahora para luego te aviso que es menester ceñirnos á un plan económico.

—¡Magafico! contestó el más joven. Año nuevo, vida nueva. Al tomar estado ya abandonaremos nuestras disculpables locuras; pero bueno fuera despedirnos cual corresponde á veteranos de la orden. Un Carnaval y Santas Pásocas.

Cualquiera, por lo dicho, y en vista de ciertos antecedentes, habría reconocido á Patricio y su sobrino en nuestros dos actores de plaza.

La manía de hablar secretos en la vía pública es peculiar á nuestros conciudadanos, y el sitio en que los hemos visto es de lo más apropiado para oír cosas inauditas. La Puerta del Sol tiene sus rarezas populares; generalmente si no se habla en ella más bajo se oye ménos; pero en la carrera de San Gerónimo, como más aristocrática, el buen tono acostumbra hacerlo á voces, como camino para el Congreso, y la más árdua cuestión política, administrativa, financiera y hasta de índole tabernaria, se discute allí como para que se entere el público á quien no atañe, pero que saborea por curiosidad cuanto ponen á su alcance los imprudentes.

El corto tiempo de silencio que pasó entre los dos contrincantes, después de aquella prórroga á la vida alegre que pedía el apreciable Enrique en su significativa frase de «un Carnaval», es decir, la despedida á tantas calaveradas con otra de marca mayor (*pour remonter le moral*), fué

interrumpido con un sigao de alegría de parte del joven, que bien claro indicaba ser la impresión causada por la vista de alguna cosa simpática que le sorprendiera.

—¡Dios te guarde, calamar! exclamó abriendo los brazos para recibir á un elegante personaje que se arrojó á ellos con marcadas muestras de afección.

—¡Mi Enrique! ¿cómo te va?...

A lo que, en vez de responder categóricamente el interpelado, contestó con esta salida:

—Tengo el gusto de presentarte á mi respetable tío el Sr. D. Patricio...

—Mi dueño y amigo... con el mayor placer... dijo el desconocido, haciendo una ligera inclinación de cabeza y arqueando el cuerpo á usanza cortesana.

—Servidor de Vd...

Fué la única contestación de Patricio, que examinaba al nuevo huésped con cierta desconfianza, hija de esa preocupación de los lugareños, que aun después de algunos años de corte conservan un no sé qué de aldeanismo que trasciende, y que los amosca, pero que creen disimular con sus salidas bruscas y repentinas.

—Aquí tiene Vd., tío, dijo poniéndole la mano en el hombro y volviéndose á Patricio, en tanto que miraba á ambos con expresión cariñosa, al amigo de mis primeros días en Madrid; el Sr. de Gamboa, tío, que lo mismo baila una polka que acierto un pleno á la ruleta, y que enamora y bebe con la misma calma con que se bate al sable ó pistola.

Admirado Patricio, solo se le ocurrió preguntar, contemplando de hito en hito á su presentado, con extrañeza y respeto:

—¿Es Vd. militar, caballero?

Efectivamente, el Sr. de Gamboa lo había sido, y la suerte, siempre propicia, le reservó un retiro apenas fué comandante, gracias á un resfriado que dejara en Panticosa, por lo cual cobraba suavemente del Estado un sueldo que bastaría á satisfacer las necesidades de una familia necesitada, y que él, por pasearse, tenía para ayuda de sus malas obras.

En una palabra. El tal Gamboa había servido en la guerra de Africa con malos antecedentes y peores resultados, pero la influencia de cierta condesa con quien llevaba relaciones amorosas, le valió para salvar de un salto la escala del porvenir. Realmente tenía mérito. Valiente, guapo, bien portado, pródigo y simpático: ¿qué más para que las niñas lloraran por él? Siempre en recepciones de la más alta aristocracia, donde hacía valer la necesidad como opioión, representaba el papel de disidente con la situación revolucionaria, echándola de alfonsino y queriendo desafiar al mismo rey de Prusia si se oponía á sus intentos.

No hay que decir que esto lo realizaba ante las damas de la nobleza *legitimista*, que suspiraban por su D. Juan, al contemplarlo fiel súbdito de la etiqueta, dirigiendo rigodones y sirviendo de Cirineo á algunos maridos predestinados.

Los pollos le temblaban, los padres le consideraban, y más de una doncella se dió por muy bien servida con alcanzar la alta honra de ser contada como rival de otra señora duquesa. Vefasele en misa en las iglesias de tono, apuesto y cortés, teniendo la amabilidad de dar agua bendita á sus conocidas de salón. Donde quiera que había broma, allí se encontraba el flamante *baratero* de la alta sociedad.

Mas volvamos al asunto, que para muestra basta un boton.

—¿Qué te haces, chico? dijo continuando el diálogo el simpár Enrique.

—He venido de París, contestó Gamboa, y no me hallo fuera de aquellos *boulevares*; Madrid me parece un sepulcro.

—Es verdad. Desde que nuestra aristocracia se ha retraído... y no pudo acabar el pelagato Enrique, por más que se daba tono, con la mano en la cadena falsa de un reloj que poseía á esas horas el prestamista, y molestaba á todo el que cerca de él cruzara con el molinete de su baston.

Patricio callaba admirado ante aquella escena altamente cómica.

—Pues, caballeros, interrumpió Gamboa, les convido. Vamos al *Cercle des Extranjeros*.

—Andando, contestó Enrique.

Y girando sobre sus prominentes tacones tomó del brazo á su buen tío, que solo preguntó con curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Es aquí enfrente; fué la contestación á duo que Patricio oyó al entrar en la fonda y café de *La Perla*.

José MARIA PRELLEZO.

(Concluirá.)

LOS TIRANOS.

NERON.

Si hay algun hombre que pruebe cuánto envilece la tiranía, indudablemente ese hombre es Neron. Su natural no era malo. Pero lo corrompió el poder. Cuando niño lloraba al firmar una sentencia de muerte. Ya hombre no podía vivir sino matando. Grave mal es la tiranía para el que la sufre; mayor aún para el que la ejerce. El tirano degrada á los demás hombres, pero comienza por degradarse así mismo. Amor, familia, religion, amistad, patria, todo fué profanado por Neron. En el hogar modesto de

los ciudadanos hubiera sido un buen padre de familia; en el trono de los Césares fué un monstruo. Comencemos por contemplarle como hijo.

Agripina amaba con delirio á su hijo Neron. Esta mujer, por su fuerza de voluntad, ejercía un poder desmedido en el palacio y aun en el Senado. Neron creía que no reinaba mientras viviese su madre. ¿Quién me libertará de esa vieja? decía todos los días, á todas horas. Agripina conocía demasiado el desamor, el odio que le profesaba Neron. Una noche volvía la emperatriz por el mar de visitar á su hijo, con el cual había pasado toda la tarde.

Las estrellas lucían tranquilas, y la superficie del Mediterráneo, ligeramente rizada por la brisa, reflejaba el celeste firmamento. Deslizábase tranquila y magistral la imperial galera por las aguas; y Agripina, muellemente reclinada en orientales cogines, dejando errar la mirada por el alegre cielo y las tranquilas ondas, se gozaba en hablar con sus esclavas y recordar que su hijo la había festejado por extremo aquel día, dándole al despedirla besos en los ojos, como si quisiera besar el alma de su madre.

Cuando más embebida estaba en estos coloquios, se oye un gran estrépito; la galera se abre, Agripina se hunde en las aguas. Mas su arrojo la salva, y llega á nado, cortando las olas con su brazo, á la tranquila orilla. Allí oye los lamentos de sus esclavas que perecen, los gritos de los marineros, que á remazos persiguen las cabezas femeniles que sobrenadan, queriendo quebrar el cráneo de Agripina. Este espectáculo le revela todo lo que significaba aquel horrible naufragio. Su hijo, su idolatrado hijo se le aparece como vision aterradoras, disponiendo la muerte de su madre. Aquella revelación es una muerte anticipada; más que la desgracia, la aflige la ingratitud del monstruo. Agripina corre á refugiarse á su casa de campo. El pueblo sabe el naufragio, y con antorchas encendidas va clamando por la hija de Germánico, por la madre de Neron.

Este sabe que su madre se ha salvado, teme que subleve á sus esclavos y que pretenda castigar su crimen, y llama á Aniceto, que había preparado el naufragio, y le manda prontamente dar la muerte á la que le había dado la vida. Aniceto se dirige á la quinta, llama, entra. Agripina está en la cama. El pueblo, que tanto se había interesado por ella, huye; hasta sus esclavas la abandonan. Todo es soledad y silencio alrededor de aquella agonía. Agripina vuelve los ojos á la puerta, y ve entrar al emisario. ¿Quiere saber de mi salud mi hijo? Entonces un esclavo le dá un fuerte golpe con un palo en la cabeza. Agripina, quitándose la ropa que la cubre, y enseñando desnudo el vientre, dice: hiere, hiere aquí donde he llevado el monstruo. Y espira al filo de las espadas.

¿Qué esperanza le resta á una sociedad donde tales crímenes se cometen? Séneca, el filósofo estoico, entona alabanzas en loor del parricida; Burro, su maestro, le felicita; el Senado arroja maldiciones sobre el frío cadáver de Agripina, y bendice al emperador; los sacerdotes queman incienso en el ara por haber los dioses emancipado al diuino Neron; las ciudades de la Campania celebran alegres fiestas; el pueblo mismo, cuando Neron vuelve del campo, se pía en las calles, arroja flores á su paso, le saluda con aclamaciones nunca oídas, le acompaña hasta el Capitolio, donde sube á consagrar su crimen á la silenciosa divinidad tutelar de Roma; y mientras todos se alegran, el cielo, las lejanas riberas, los campos, los jardines, las calles de Roma, sus palacios recuerdan al empedernido corazón del emperador la imagen de su madre, y crueles remordimientos le persiguen como las furias á Orestes; y aunque intenta ahogar sus penas, sus dolores, sus remordimientos, en vino, en deshonrosos placeres, en vergonzosas orgías, recrudescen más el mal que devora su cancerosa naturaleza.

Si queremos apartar nuestra vista de estos horribles cuadros, la aflicción es tanta en este tiempo, que no podemos menos de fijarnos en cuadros aun más espantosos. Un día Neron quiere gozar de un espectáculo estético; quiere ver á Roma ardiendo, á la gran ciudad entre las llamas. El incendio comienza; el fue-

go devorador se extiende por calles y plazas; el crugido de las maderas que arden, de los edificios que se arruinan; el viento alimentando el fuego; los bosques, los jardines presa de las llamas; los templos desplómándose; las víctimas que pueblan con sus gritos los aires; los lamentos, los lloros de los que ven arder su familia, su fortuna, su riqueza; el cielo cubierto de humo, que oculta entre sus negras nubes las estrellas; el río reflejando en sus aguas la roja lumbre; todo lo antiguo, todo lo viejo desapareciendo al son de la lira del emperador, que, calzado el coturno y vestido de trágico, canta la ruina de Troya y la dispersión de los troyanos; todo esto forma un espectáculo digno de Neron. Mas ¿quién será el responsable de este incendio? ¡Ah! En el fondo de la sociedad hay unos miserables contra los que puede muy bien la ira del pueblo ensañarse, los cristianos.

El tiempo de Neron empieza á cebarse el viejo mundo en la persecución de los cristianos. Estos hombres, judíos, según unos; magos, según otros; aborrecidos del mundo, según Tácito; estos hombres, á quienes tantos crímenes achacaban sus perseguidores, pues se decía que en sus conferencias secretas profanaban los sepulcros y bebían sangre humana; estos hombres venidos á salvar el mundo, eran blanco de general persecución y pagadores de todas las culpas, como sucede siempre en la historia á todos los que inician una gran idea; y si no llovía, los cristianos eran los culpados, porque tenían dolorido é irritado con sus abominaciones al cielo; si llovía demasiado, los cristianos eran los que habían atraído sobre la tierra aquellos torrentes, porque el cielo quería ahogarlos; si Neron, por gozar de un espectáculo estético, incendiaba á Roma, los cristianos eran los incendiarios; y unos fueron arrojados, cubiertos de pieles frescas, á la voracidad de perros rabiosos; otros colgados de un palo que les atravesaba la garganta; otros cubiertos de resina, de pez, eran encendidos vivos por la noche, y servían de antorchas para iluminar los jardines del emperador; y mientras su sangre caía hirviendo sobre la arena y los gemidos de su agonía poblaban los aires, el tirano volvía del circo, del teatro, en su carroza de marfil, entonando alegres cánticos y riéndose á todo reír de aquellos nunca imaginados tormentos.

Neron se cree principalmente artista. Su imaginación desvariada le llevaba á soñar en ir al Olimpo de los inmortales, coronado de verbena, tañer la cítara, poblar el mundo de armonías como el primer poeta y el primer cantor de su tiempo. Este delirio por las artes, que era una buena cualidad, se convirtió, sin embargo, en una mala cualidad; porque luchando con su impotencia, Neron llegó á ser por amor al arte el más criminal y el más ruin de los tiranos.

Elevado al trono; viendo á sus plantas rendido el mundo; estimando en poco la humanidad, su esclava; rodeado de riquezas, de placeres; lleno el abismo de sus deseos, ociosa su voluntad, Neron se enamoró de un imposible: ardió en ansia de ser el más grande artista de su tiempo; anheló ceñir á su diadema imperial coronas de laurel, vivir la vida del poeta, extasiarse en escuchar los aplausos de todas las gentes conmovidas por sus cánticos, encadenar á las musas como tenía encadenados á los reyes del mundo, arrancar su lira al divino Apolo; mas, cuando su conciencia le decía en secreto que luchaba con un imposible, acostumbrado á verse siempre obedecido como Júpiter con solo fruncir las cejas, no pudiendo sufrir el martirio de su deseo, desahogaba en crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia.

Neron es antes que todo artista, y para convencernos convertid los ojos á su vida. Neron esculpe su propio busto en los edificios públicos, ornado con la corona de laurel y los atributos de Apolo; mata á Trhaseas porque no gustaba de oírle cantar, y á Británico porque la voz de este príncipe era más dulce que su celeste voz, recibe á Tiridates, rey de Armenia, en el teatro que dora y orna para tal solemnidad, extendiendo ricas telas de púrpura que le resguardaran del sol, y bordando en el centro su propia imagen, en actitud de conducir un carro olímpico, circundada de estrellas la alti-

va espaciosa frente; canta en los espectáculos acompañado de su arpa de oro que sostienen de rodillas los patricios romanos; representa frecuentemente el papel de Oreste asesino de su madre, y acaso por este artístico recuerdo manda ahogar á la desgraciada Agripina en las claras aguas del Tirreno, en aquella serena estrellada noche, en que parecía que los astros velaban para testificar al cielo tan horroroso crimen; reduce á cenizas la antigua Roma por gozarse en contemplar un sublime cuadro; va de teatro en teatro, de circo en circo, recogiendo premios; manda derribar un lienzo de muralla para que le reciba dignamente Roma cuando vuelve de los juegos griegos triunfador, envuelto en rozagante púrpura de Tiro, con la corona de oliva en la frente y el laurel pithico en las manos; se indigna de la rebelión de Vindex, no porque el pretor de las Gálias desconociera su autoridad, sino porque se mofaba de su divino génio; y en la hora suprema de morir no siente que se quiebre su cetro y se extinga su poder, sino que se quiebre su lira y se apague su meliflua voz; no llora en su muerte al emperador sino al artista.

La muerte de Neron fué como su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia el último trance de aquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria, y erró en creer que la voluntad consiguiera todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía mi imaginación, que pinta á mis ojos con cierta realidad los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Neron, rompiendo la mesa de comer y quebrando sus más preciados vasos á la noticia de la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los pies de su enemigo ó mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin más patrimonio que su cítara ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus cortesanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta á las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias, cuando tantos le habían seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto roto, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre esparcidas por las áuras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber, ¡el que había pasado su vida en el regalo y la abundancia; llegando por último, á la casa de uno de sus esclavos y tendiéndose en un pobre colchon sin osar darse pronta muerte; y allí, agitado por sus dolores y sus remordimientos, aprendiendo de los labios de un sér compasivo la muerte que le decretaba el infame Senado en cuanto le veía vencido, y que consistía en serrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas; mirando su propia sepultura cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con esfuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira; oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se liberte de la venganza del Senado, y entonces, como poseído de un vértigo, y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdiera en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y á la última luz de su vida ve á sus verdugos, que aparecen á la puerta y que se lanzan sobre su cuerpo, todavía caliente, para arrojarlo como presa codiciada á sus implacables enemigos, que, vivo y poderoso, le adularon, y le maldicían vencido y muerto. Las maldiciones contra Neron no eran universales; no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no; algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Neron, se dolían de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exéquias fueron lujosísimas; y su cuerpo fué envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro; y su sepulcro se alzó en la colina de los jardines, dominando á Roma, tallado en mármoles y pórfiro; y su retrato apareció un día en la Tribuna de las arengas; y el rey de

los Parthos pedía desde su apartado imperio que el mundo honrase la memoria de Neron; y todos los días sobre su tumba aparecían coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Neron, mucho despues de su muerte, ganóse partidarios en el imperio; y algún emperador subió al trono porque en su frente se veía resplandecer el reflejo de Neron, alma de artista, maldecida de Dios, por haber osado romper el límite infranqueable donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza. El pueblo se había acostumbrado á la esclavitud, y era esclavo.

EMILIO CASTELAR.

LA BOLA DE JABON.

En la feliz edad de la inocencia, cuando discurren sin sentir los años, y no osan punzadores desengaños á desgarrar la plácida existencia; en esa edad dichosa que siembra de delicias la esperanza, y el ánimo divisa en lontananza nubes de nacar, de amaranito y rosa, ¡mentido porvenir que nunca alcanza! En esa edad, recuerdo que solía del colegio salir apresurado, y apenas á mi casa era llegado, solícito una jicara cogía, y con agua llenándola del pozo, un menudito trozo de jabon con los dedos desleía. Y el líquido agitando base poco á poco blanqueando, y una sutil pajuela introducida llenábase al momento del agua recogida, que despues, inspirándola mi aliento, del borde de la paja se coleaba, como en un afiler perla brillante. ¡Ay en aquel instante con que gozo infantil la contemplaba! ¡Qué placer tan profundo en mi ánimo inspiraba, aquel pequeño y delicioso mundo que con mi aliento creador formaba! La casa más vecina parecíame exp'dido palacio con sus paredes de luciente plata, el azul del espacio. ¡Cuán bello es en la bomba cristalina de sus nubes aéreas retrata! La antorcha de los cielos rutilante, ¡cuál se muestra en su disco más brillante! ¡Más ay! mientras contemplo enagenado de pueril ventura, triste y fatal ejemplo de lo que el bien á los humanos dura, mientras contemplo la luciente bola, que desprendida de la sutil paja poquito á poco por el aire baja, y á la lumbre del sol se tornasola: de súbito su fábrica deshace, quedando convertida en una gota que se sepulta rápida en el suelo: cual la ilusión que hermosada nace, que nos levanta el ánimo hasta el cielo, y al seguir su derrota, sin que recele apercebido daño, la asesina el funesto desengaño. Que es la ilusión la gota brilladora que á la lumbre del día se evapora, y en el viento despues se desvanece. Alma, no sientas amargor profundo al ver tu hermosa bola destruida, ni pienses en tu vida con una gota de agua hacer un mundo.

EL PADRE.

Quiero, jóvenes, contar el caso de cierto anciano, que con su ragosa mano plantó un extenso olivar. Mientras las hoyas hacia y las ramas enterraba, un jóven que lo miraba burlándose le decía: —Díme, ¿de qué han de valerte esos olivos jamás, si casi tocando estás los umbrales de la muerte? Y el buen anciano le dijo: —No espero coger el fruto, sino que paguen tributo en abundancia á mi hijo. Porque, si su esposa fiel un día llega á ser madre, haga como honrado padre todo lo que hice por él. Y tú, imbécil, que jamás más afanes comprendiste, ó nunca padre tuviste ó nunca padre serás.

GERMAN SALINAS

Madrid: 1872.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde-Floridablanca, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *flores blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrófulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las *Sociedades de medicina*, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tifoidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y **de instantaneamente** al cabello y **de** en su color primitivo, por una simple aplicacion, grasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar **medades de ojos ni Jaquecas.**

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes débiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE aine DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el dia de hoy.

Fábrica en Ruau, rue Saint-Nicolas, 59. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTLY
PURGATIF LE ROY
SECON L'ORDONNANCE
DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Es
des individus recevant nos boi-
bons sophistiques, en est

Signature
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abscesos, goma, marasmo, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asmas nerviosos, úlceras, sarna degenerada, reumatismo, hipocóndrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificación, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D^r CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Eructos
Opresion Pilitas Gases Jaqueca Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ^a, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaíso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquier otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaíso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espantos de sangre, extincion de vox, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Mejico, E. van Wingaert y C^a; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velez; — en Montevideo, Ventura Garaycochea; Laseazes; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaíso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C^a; en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GELIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, em ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las juvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT —Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.

FASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 19 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Resacaos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifóidea.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . 30 » Por comisionado 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.» D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendio-sa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Para Puerto-Rico y la Habana, salen de Cádiz los dias 15 y 30 de cada mes. Prestan este servicio vapores de 3.000 á 3.500 toneladas de desplazamiento.

LINEA DEL MEDITERRANEO

EN COMBINACION CON LA TRASATLANTICA. Salidas de Barcelona para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz los dias 7 y 22 de cada mes. Regreso de Cádiz los dias 1.º y 16. Para pasajes, fletes y otros informes dirigirse á

D. JULIAN MORENO, ALCALA 28.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. Barcelona, Niubó, Espaderia, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid Bailly-Bailliere.—Habana, Chao, Habana, 100.



Jaunetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

JARABE DEPURATIVO

DE CORTICES DE NARANJAS AMARGAS CON IODURO DE POTASIO De J.-F. LAROCHE, 2, rue des Lions-Saint-Paul, París. El Ioduro de potasio es un verdadero alterante, un depurativo de grande eficacia; asociado al jarabe de cortices de naranjas amargas es bien recibido por todos los estómagos sea cual fuere la constitucion del enfermo sin perturbar ni su gana de las funciones. Su composicion siempre igual permite á los médicos fijar las dosis segun los diversos temperamentos en las afecciones escrofulosas, tuberculosas, cancerosas, sifilíticas secundarias y terciarias, aza reumáticas, para las cuales es el más seguro específico.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS, POR ROBERTO ROBERT. POESIAS DE D. EUSEBIO ASQUERINO. UN TOMO, 20 REALES. Se vende en las librerías de Cuesta, Gujardo, Bailly-Bailliere, Leopoldo Lopez, y Gaspar y Roig.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Table with columns for ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS UNIDOS, PERÚ, PLATA, and EXTRANJERO. Lists correspondents for various regions.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68. París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.